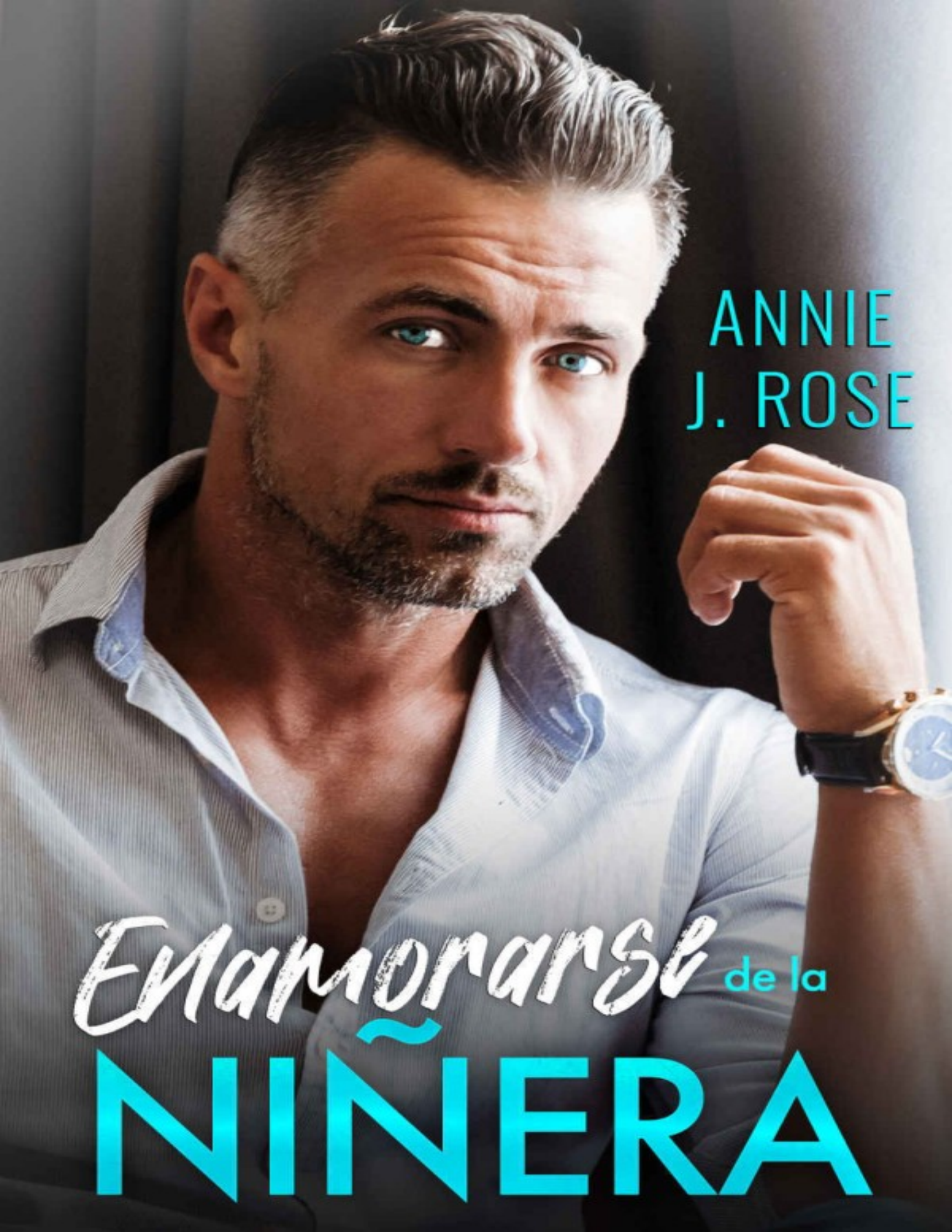

ANNIE
J. ROSE
Enamorarse de la
NIÑERA

ENAMORARSE DE LA NIÑERA

UN ROMANCE ENTRE UN HOMBRE MADURO Y UNA MUJER JOVEN

ANNIE J. ROSE

Índice

ENAMORARSE DE LA NIÑERA
Índice
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Vidas Cruzadas (Vista previa)
Capítulo 1
Capítulo 2
¡Por favor no olvides dejar un comentario!
Sobre la autora

SINOPSIS

Necesito un trabajo.
David King necesita una niñera.
Es un multimillonario tecnológico que firma acuerdos millonarios antes del café.
Soy una escritora sin un duro en el bolsillo, jurándome que iré tras el sueldo, no tras el hombre.
Entonces llega la gripe.
Una noche febril, todas las reglas arden.
Ahora le robo besos cuando dejo a su hija en ballet y procuro no encariñarme aún más con la pequeña que ya me llama su mejor amiga.
Amar a David pone en riesgo mi corazón, mi trabajo, mi primer hogar de verdad.
Prometo irme cuando esto se complique.
Y él acaba de ofrecerme un «para siempre».
Me contrataron para cuidar de su hija.
Resulta que quizá sea yo quien lo salve a él—si logro sobrevivir a amar al King.

Copyright © 2025 Annie J. Rose Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito y expreso del autor, excepto para el uso de citas breves en evaluaciones del libro.

 Creado con Vellum

CAPÍTULO 1

CAT



Estoy atrapada en el atasco eterno de la Route 7 en plena hora punta; me sacudo los últimos restos de purpurina del antebrazo y compruebo mi reflejo en el retrovisor cada vez que el semáforo se pone en rojo. Los viernes conduzco directamente desde la guardería *Little Tykes* en Vienna hasta mi turno detrás de la barra en Great Falls, y no quiero que mis compañeros tengan que arrancarme pegatinas del pelo otra vez.

Solo alcanzo a ver un trocito de mi cara en el retrovisor, lo justo para comprobar que el rímel que me puse a las siete se ha cuarteado y que exhibo una auténtica cara de puro agotamiento. No aparento más de mis veintiséis, pero estoy pálida y demacrada, como si sobre mis hombros pesaran muchos más. Por suerte, este tráfico absurdo me regala el tiempo suficiente para retocarme el eyeliner y recogerme el pelo en una coleta alta que, al menos en teoría, resulta alegre. Y, cómo no, también me deja margen para obsesionarme con el dinero. Esta noche tengo que hacer caja: el alquiler vence en dos días. Mi compañera de piso y mejor amiga, Alyssa, seguramente podría prestarme lo que me falta, pero me da reparo pedírselo. Otra vez.

Giro por una carretera estrecha y serpenteante flanqueada de mansiones y me pregunto cómo será tener ese tipo de dinero. No se trata solo de estar desahogado, como mis padres en la casita que compraron hace treinta años, sino de tener tantísimo dinero que tu entrada sea prácticamente una calle y tu casa se levante sobre una parcela del tamaño de un campo de fútbol. No alcanzo a imaginarlo. Ni siquiera estoy segura de querer vivir en un sitio tan gigantesco

como para extraviar a alguien dentro, pero dejar de preocuparme por el alquiler, las facturas o la compra sería estupendo. Tener lo suficiente para cenar fuera de vez en cuando o, quién sabe, irme de vacaciones.

—Pero tú elegiste esto —me recuerdo en voz alta. —Podrías estar ahora mismo en Chicago con Devon.

Como siempre, el recuerdo de mi exnovio me provoca sentimientos encontrados. Le echo de menos —o más bien echo de menos la idea de él, —pero al mismo tiempo me siento enormemente aliviada de no estar en Chicago con él. Me ofrece todo lo que puedo desear si me mudo con él: ganaría mucho dinero, dice. Yo podría trabajar si quiero o centrarme en escribir. ¿Me da miedo mudarme con él porque solo llevamos un año saliendo? ¿Necesito un compromiso? Podríamos ir a la joyería en ese mismo momento.

Estuve tentada, muchísimo. Pero nunca habría funcionado: simplemente no le quería lo suficiente. Así que me quedé, combiné dos trabajos y escribí a ratos entre uno y otro.

—Yo elegí esto —repito, esta vez con más ánimo. Es mejor estar cansada, llena de purpurina y sin un duro que con la persona equivocada. De eso estoy segura. Demasiados amigos se habían aferrado a sus parejas como a botes salvavidas al empezar el último curso de la uni, convenciéndose de que eran lo único que les impedía hundirse. Cuatro años después siguen atrapados en relaciones que deberían haber durado un fin de semana, y a algunos cuesta reconocerlos.

Cuando entro en el restaurante y veo a Alyssa detrás de la barra, me siento casi eufórica.

—Hola, solecito —saluda al ver mi sonrisa radiante. —¿Buen día con los peques?

—Sí, claro, todos lo son.

Suelta una carcajada, como si yo bromeara, y luego intenta contenerse. —Sigo sin creerme que te *guste* cambiar pañales ni que los bebés te regurgiten encima todo el día —dice, negando con la cabeza. —Y luego vienes aquí para que los borrachos te vomiten encima.

Echo un vistazo alrededor, agradeciendo que la barra esté casi vacía a las cuatro y media. Eso me permite relajarme un minuto mientras Alyssa prepara la estación. —La única borracha que me ha vomitado encima eres tú —le recuerdo, subiéndome al taburete y flexionando los pies dentro de mis zapatillas negras antideslizantes. —Y te quiero, pero prefiero *mil veces* cuidar de bebés que de ti.

Alyssa pone una mueca, pero no discute. Tampoco se molesta en señalar que los cuidados han sido mutuos. En diez años de amistad nos hemos turnado para llevar a la otra sana y salva a casa. Con suerte, pasaremos los próximos diez haciendo lo mismo y, después, quizá encontremos hombres fabulosos, nos casemos, tengamos hijos y hagamos todo ese rollo.

—¿Cómo está Parker? —pregunto, con la esperanza de que me diga que por fin ha cortado con él. Era la mayor amenaza para mi sueño de envejecer —y seguir siendo inmaduras— con mi mejor amiga. Era un tipo estirado, formal y, básicamente, cualquier otro adjetivo aburrido que se te ocurra. Si fuera por él, Alyssa ni siquiera trabajaría aquí conmigo. Al fin y al cabo, me recordaba constantemente, ella no necesitaba el dinero. Había estudiado Informática, como él.

—Parker está… —duda Alyssa. Cuando Tom, nuestro otro barman, apareció cargando dos cubos gigantes de hielo de la cocina, ella se apresuró a ayudarle. El estrépito del hielo hace imposible que conteste a mi pregunta, pero yo aguardo. Hay algo en ese *Parker está…* que me deja un nudo raro en el estómago.

—¿Parker está qué? —pregunto en cuanto Tom vuelve a la cocina con los cubos. —¿Se muda?

—Ehmm. —Alyssa se coloca un mechón detrás de la oreja y empieza a alinear las botellas. —En realidad sí que se muda.

No llego a dar palmas de alegría, pero la satisfacción debe de notárseme en la cara. Alyssa lo ve en los espejos que cubren la pared y frunce el ceño. —Va a comprarse un piso en Reston.

—Oh —digo, decepcionada. Reston no está lo bastante lejos. Alyssa y yo tenemos un adosado en el centro de Herndon, así que, en realidad, se muda más cerca. Al menos cuando vivía en Arlington había media hora de autopista entre nosotros.

—Y… —continúa Alyssa, acelerando como para soltarlo de golpe, —voyavivirmeconél.

—¿Perdona? —me llevo la mano a la oreja.

—Me voy a vivir con él. —Alyssa se gira para encararme, los brazos cruzados a la defensiva.

Me quedo mirándola, boquiabierta. No parecía que estuviera bromeando. Alyssa no era de hacer bromas, y menos con algo tan serio, pero aun así me costaba creérmelo. —¿Parker? —verifiqué. —¿El tipo que, según tú, se preocupa más por su cartera de acciones que por ti?

—Estaba bromeando.

Sabía que no. Llevaba tres Truly's cuando me lo confesó y, aunque Alyssa lloraba tanto como bromeaba, aquella vez le brillaban los ojos. Otro secreto de aquella noche me vino a la cabeza y me aferré a él con esperanza. —También dijiste que era malo en la cama.

—Dije que era técnico.

—Dijiste *egoísta*. Pero, aunque seguía discutiendo, sabía que no servía de nada. Parker marcaba todas las casillas de Alyssa: buena familia, título Ivy League, seis cifras de sueldo y más de metro ochenta. Nada de lo que yo dijera la haría ver que su lista de requisitos estaba equivocada. No podía ganar y, si seguía intentándolo, podía perder a mi mejor amiga.

La observé limpiar la barra con furia, aunque ya estaba impoluta. Parker tenía razón: ella no necesitaba este trabajo. Seguía aquí porque yo seguía. Porque *yo* necesitaba el dinero para pagar mi mitad del alquiler. De pronto me asaltó un pensamiento terrible: si Alyssa se iba con Parker, ¿con quién iba a vivir yo?

—Te ayudaré a encontrar a alguien —dijo Alyssa, aún enfadada, cuando lo mencioné un par de minutos después. —O supongo que podría preguntarle a Parker si…

—Ni hablar. —Levanté las manos. —No hay forma de que él acepte y, además, no pienso ser vuestra sujetavelas residente.

Francamente, no se me ocurría nada peor. Parker y Alyssa eran madrugadores llenos de energía, de los que se levantan y se calzan las zapatillas de correr en cuanto abren los ojos, luego vuelven a

casa y se hacen batidos a la indecente hora de las siete. En las pocas mañanas que podía dormir, me gustaba quedarme en la cama lo máximo posible y desayunar hidratos refinados.

Lo de la "extraña pareja" funcionaba entre Alyssa y yo. Cada una se guardaba sus juicios para sí.

Con Parker no funcionaría.

—Ya me las apañaré —dije, intentando recuperar mi antiguo optimismo. —Quizá pueda permitirme un sitio para mí sola.

Alyssa se limitó a mirarme, dudando si señalar que no había forma de que me lo pudiera permitir. Parker no se habría detenido a pensarlo: habría cogido un bloc y un bolígrafo, habría hecho las cuentas allí mismo y me habría enseñado cómo terminaría con un déficit de trescientos dólares —o lo que fuera— cada mes. Y luego soltaría: "Quizá no sea la decisión más inteligente, Cat", con ese tono casi condescendiente que detesto.

—Puede —dijo Alyssa con amabilidad, y luego asintió hacia algo a mi espalda. —Ha llegado el papá buenorro. ¿Lo acomodas tú o voy yo?

Me giro sobre el taburete y veo entrar a un hombre alto enfundado en un traje carísimo, acompañado de una niña de unos siete años. Mira alrededor con aire imperioso, como si esperara que alguien corriera a atenderle. Cojo una carta y un *pack* infantil y me acerco, aunque todavía no he fichado.

—Hola —saludé al papá buenorro con una sonrisa. —¿Su mesa de siempre?

Él asiente con un gesto y añade: —No te he preguntado cuánto tardarías, McMann; te *he dicho* que tenía que estar listo antes del cierre de hoy.

No necesitaba mirar para saber que llevaba el auricular Bluetooth puesto. Siempre lo llevaba. No siempre estaba hablando, pero siempre estaba ahí, listo para interrumpir lo que fuera que su hija dijera. Cambié la sonrisa hacia ella y, de forma impulsiva, le tendí la mano. Era unos años mayor que los niños de Little Tykes, pero me la agarró igual de entusiasmada, iluminándosele la cara.

Las cejas del papá buenorro se alzaron mientras la conducía a la mesa delante de él, balanceando nuestras manos enlazadas, pero lo

único que dijo fue: —Entonces parece que vas a trabajar el sábado.

Después de acomodarlos, voy a la cocina para buscar yo misma la leche con chocolate de la niña. Cuando regreso, el papá buenorro sigue echándole la bronca a McMann y ella intenta abrir su *pack* de tres ceras. Exasperada, dejo la leche y la ayudo.

—¿Necesitas algo más? —pregunté cuando colocó las tres ceras junto al menú para colorear. Me sonríe dulcemente y empieza a decir algo, pero, de golpe, el papá buenorro suelta: —Que esté listo, McMann, —y, casi sin respirar, añade: —Disculpe, ¿usted es nuestra camarera?

Los he sentado una docena de veces en el último año para luego desaparecer de nuevo tras la barra, pero está claro que él no me recuerda. —No —respondo con mi mejor sonrisa, —pero puedo tomarles nota y pasársela a su camarero si ya lo tienen claro.

No puedo evitar fijarme en que luce un Rolex y que su llavero exhibe una T futurista. Seguro que ese hombre es propietario de una de las mansiones que pueblan Great Falls y McLean. Probablemente extravía a su hija durante días en el laberinto de salas de cine y cocinas de chef.

—Un Manhattan —pidió escuetamente, y de inmediato volvió a dirigirse a McMann.

Cambio la sonrisa hacia su hija y me arrodillo junto a la mesa para no imponérmele. —¿Y tú? —insisto. —¿Tienes todo lo que necesitas?

—Está bien —dice él, exasperado, aunque no sé si se dirige a mí o a McMann.

—Estoy bien —repite ella, bajando la voz como si me confiara un secreto.

—Voy a volver a la barra, pero vigilaré tu leche con chocolate y me aseguraré de que no se quede vacía —le prometo.

—Solo se le permite una, pero puedes vigilar mi Manhattan —interviene el papá buenorro. Aún se oye un zumbido leve en su auricular, señal de que continúa escuchando a McMann, pero sus ojos están puestos en mí. Un leve ceño fruncido le tensa el rostro anguloso, las cejas oscuras formando una V sobre unos ojos verde botella. No parecía enfadado, exactamente, sino muy intenso.

—Así lo haré. —Me pongo en pie y le guiño un ojo a la niña. Ella se esfuerza por devolverme el gesto. El papá buenorro frunce aún más el ceño y gira la cabeza hacia la ventana antes de decir: —Te he escuchado, McMann, pero me importa una mie… miércoles. Sí, estoy con Lily. Tengo que colgar, pero esta noche volveré a llamar.

Me marcho sintiéndome mal por su hija. Mis padres hacían noches de cine los viernes con palomitas y Milk Duds. Nos turnábamos para elegir la película. Tengo la impresión de que sus viernes son muy distintos.

—Guau —comenta Alyssa cuando me reúno con ella detrás de la barra. —Es la conversación más larga que he visto mantener a alguien con el papá buenorro. ¿Le has pedido el número?

Pongo los ojos en blanco. —Ha estado al teléfono todo el rato. Siento pena por su cría.

—La que lo siente soy yo por no ser su esposa —murmura Alyssa, clavando los ojos en la nuca de él con una intensidad que jamás le he visto dedicar a Parker.

Me echo a reír, una burbuja de esperanza hinchándose en mi pecho. Si Alyssa dice esas cosas, seguro que, en el fondo, no quiere irse con Parker. Pero, al segundo, su sonrisa se desvanece y sus palabras pinchan mi burbuja.

—Quizá deberías preguntarle al papá buenorro si tiene una casa de invitados que puedas alquilar.

CAPÍTULO 2

DAVID



McMann me saca de quicio, pero ya no consigo concentrarme en él. No con esa maldita camarera—o *hostess*, o *bartender*, lo que sea—clavándome la mirada por hablar por teléfono.

—Que lo tengas listo, McMann —gruño entre dientes, lo bastante alto para que las cejas de Lily se disparen. Antes de que pueda responder, cuelgo la llamada y me quito el auricular Bluetooth. Resulta extraño, como si me faltara algo. —Perdona, Lils, ya he terminado de trabajar.

Mi hija abre aún más sus ojos verde oscuro —lo único que ha heredado de mí— y se toma la molestia de alargar la mano, girarme la muñeca y clavar la vista en la esfera de mi reloj. Sé que no puede leer la hora desde su ángulo invertido, pero capto la indirecta. Son, sin duda, más de las cuatro y media, y ese es mi límite los viernes. Se supone que ni siquiera debo mirar el correo hasta que se mete en la cama a las ocho y media.

—¿Qué tal si pedimos otra leche con chocolate? —propongo.

—¿Y qué tal si pedimos *dos* leches con chocolate?

—¿Y si tomamos una segunda leche con chocolate y compartimos el brownie de postre?

La sonrisa de Lily se extiende por todo el rostro: dos partes dulzura, una parte suficiencia. Una expresión calcada a la de su madre, estuviera donde estuviera.

—Trato hecho —dice, soltándome la muñeca y tendiendo la mano.

Sellamos el pacto con un apretón y, acto seguido, Lily agita la mano con entusiasmo hacia la barra antes de recostarse, satisfecha. Ya ha conseguido llamar la atención de una de las camareras. No puedo ver quién se acerca, pero espero que no sea la más bajita, la de la larga melena castaño dorado y ojos azul intenso; siempre lleva una mancha de pintura o purpurina en alguna parte. Prefiero a la otra, la pelirroja que parece saberse la ley fiscal de memoria y que no intenta hacerse amiga de mi hija.

Pero, como casi todo hoy, no tengo suerte. La chispeante aparece; su coleta saltarina se balancea mientras se lleva las manos a la cintura e inclina la cabeza para sonreír a Lily.

—Creía que solo podías tomar una —dice mientras retira el vaso vacío de leche con chocolate.

—He negociado —replica Lily.

—Chica lista.

Molesto, sin saber muy bien por qué, suelto:

—Si no eres nuestra camarera, ¿por qué eres la única que se ha acercado desde que nos sentamos hace casi diez minutos?

Eso le borra la sonrisa juguetona de la cara. Mira por encima del hombro hacia la cocina, donde la camarera que nos relevó al sentarnos se ríe a carcajadas con el encargado, como si hubiera olvidado que tiene una mesa—o incluso un trabajo.

—Yo… ¿sabes qué? Puedo ser vuestra camarera. De verdad, lo siento muchísimo. —Saca la libreta del bolsillo del delantal y hace chasquear el bolígrafo. —¿Qué les traigo?

Estoy a punto de decir *al encargado*, pero me topo con los ojos de Lily y cedo. Puede que este sitio, con sus cabinas de vinilo rojo, sus bebidas aguadas y su decoración hortera, no me guste, pero es su restaurante favorito. Y yo hago cualquier cosa por mi hija.



Al volver a casa después de cenar, la señora Barnes nos espera en la puerta. Como siempre, sonríe, y la sonrisa se le ensancha en cuanto ve a Lily. Lleva con nosotros desde que Lily nació y ha sido más madre para ella de lo que mi exmujer lo fue jamás.

Por eso, más tarde, cuando Lily ya está acostada y la señora Barnes toma asiento frente a mí en el despacho, al principio no me preocupo. Ni siquiera me alarmo cuando dice:

—Señor King, me parte el corazón, pero tengo que presentar mi renuncia.

De hecho, me río. Pero al levantar la vista del ordenador y ver la cara de la señora Barnes, se me hiela la sangre: tiene los ojos llenos de lágrimas y los labios fruncidos por el esfuerzo de contenerlas.

—¿Espera, habla en serio? —pregunto mientras cierro la tapa del portátil.

Ella asiente.

—Pero… ¿*por qué*?

Mientras se recompone lo suficiente para volver a hablar, exprimo el cerebro en busca de una razón. Sé que no puede tener nada que ver con Lily: se adoran mutuamente. Y dudo que sea por el sueldo; le pago muy por encima de la media para una niñera interna.

—¿Trabajo demasiado otra vez? —pregunto, aferrándome a la única queja que ha expresado en todos estos años. —¿Te estoy cargando con demasiada responsabilidad? ¿Es eso?

—No —respondió la señora Barnes, y luego se corrigió. —Quiero decir, sí, trabajas demasiado. Pero sabes que quiero a Lily como si fuera mi hija.

—Entonces, ¿qué ocurre? ¿Quieres un aumento? —Vuelvo a abrir el portátil y localizo su contrato. Le tocaba revisión por coste de vida de todos modos, y si tenía que sumarle otros diez mil dólares a su salario, lo haría.

—No es cuestión de dinero, señor King —ahora la señora Barnes suena incluso ofendida. Sus ojos seguían húmedos, pero mantenía la barbilla alta y la espalda rígida. —Me voy a mudar a California.

Estoy a punto de reír de nuevo. Quizá todo sea una broma larga y muy discreta. ¿Quién demonios quiere mudarse a California? Sufren un desastre natural distinto cada dos semanas, por no hablar

del inevitable Big One. Pero entonces recuerdo que la hija de la señora Barnes *quiere* vivir allí. De hecho, *vive* allí, si no recuerdo mal, como guionista. Y acaba de tener un bebé.

Gimo en voz alta cuando la realidad me golpea por fin. No es una broma ni una táctica de negociación. La señora Barnes se muda de verdad a California. Voy a perderla. Nunca he suplicado a una mujer que se quede en mi vida, ni siquiera a mi exmujer, pero inspiro hondo, dispuesto a hacerlo ahora.

—Señora Barnes, por favor. ¿Hay algo que pueda hacer para convencerla de que se quede? Esto va a destrozarle el corazón a Lily.

No lo digo para manipularla. Es un hecho. Unos años atrás mi hija había soportado la deserción de su madre con un aplomo sorprendente. Preguntó por ella casi todos los días durante seis meses, lloró unas cuantas veces y después pareció olvidar que su madre hubiera existido fuera del marco de su iPad. Le atribuía a la señora Barnes el mérito de haberla ayudado a superarlo.

La señora Barnes sabe, igual que yo, que Lily no llevará tan bien esta nueva deserción. Sus lágrimas por fin rompen la barrera y se deslizan por sus mejillas. Le tiemblan los hombros, la nariz se le enrojece, y coge la caja de pañuelos de mi mesa.

—Volveré a verla todo el tiempo —juró. —Pero mi hija me necesita, señor King. He estado cuidando a los hijos de otras personas durante los últimos veinte años, y ahora ha llegado el momento de cuidar al suyo.

No puedo rebatir eso, por más que quiera. Y, de estar en el lugar de la hija de la señora Barnes, yo también la reclamaría. No se podía encontrar a nadie mejor para cuidar de un niño. Jamás conseguiría reemplazarla.

La señora Barnes me dice que me ayudará a encontrar a alguien que ocupe su puesto. Le contesto que será imposible, pero que puede intentarlo si quiere.

—Encontraré a alguien —aseguró con determinación, secándose las últimas lágrimas. —De todas formas, Lily necesita a alguien joven. Alguien que pueda ayudarla a desenvolverse socialmente y que tenga suficiente energía para seguirle el ritmo ahora que está en segundo. No a una vieja como yo.

—Yo quiero a una señora mayor exactamente como usted —la corrijo. No me atrae la idea de que alguna veinteañera descerebrada cuide de Lily. Quiero a alguien sólido, formal, con aire de abuela.

—Necesita una figura materna —la señora Barnes se pone en pie, asintiendo como si se diera la razón a sí misma.

Desde luego, no me está dando la razón a mí. Ni siquiera parece oírme cuando repito, esta vez en voz más alta:

—No quiero a alguien joven. Lily *tiene* una madre.

La señora Barnes jamás ha pronunciado una mala palabra sobre mi ex. Simplemente había recogido el testigo cuando Chloe se marchó, pasando de trabajar a tiempo completo a instalarse en casa como si ese hubiera sido el plan desde el principio. Solo la había oído murmurar una vez, mientras Lily dormía sobre su regazo: «¿Quién podría abandonar a un tesoro como tú?». Ahora la señora Barnes olfatea y dice con repentina seriedad:

—Señor King, Lily va a necesitarle más que nunca cuando yo me mude a California.

—¿A mí? —repito, frunciendo el ceño. —Ya me tiene.

La señora Barnes me lanza una mirada inusitadamente severa, como si yo fuera Lily y le estuviera diciendo que, desde luego, no me he comido ninguna galleta y no tengo ni idea de cómo me he manchado la cara de chocolate. Reprimo el impulso de pasarme la mano por la boca para borrar posibles pruebas. Soy un hombre adulto, joder. Pago el sueldo de esa mujer. No puede intimidarme.

—Va a necesitar más de usted —sentencia la señora Barnes. —Tiene que convertirse en su prioridad.

—Es mi prioridad —espeto. No hay nadie en el planeta más importante para mí que mi hija. Me parto el lomo trabajando para darle la vida que se merece.

La mirada de la señora Barnes no se ablanda.

—Lily no necesita que ganes otro bonus de un millón de dólares, David. Necesita que le hagas el desayuno por la mañana y que la ayudes con los deberes después de cenar.

—Puedo hacer las dos cosas.

—Quizá. Pero si tuvieras que elegir… —dejó la frase en el aire con intención.

—Entonces, obviamente, la elegiré a ella. —Aún sentía el chasquido en mi tono, y me impresionó la capacidad de la señora Barnes para sostenerme la mirada. Con ese tono de voz he hecho apartar la vista a más de una docena de tipos curtidos.

—Más te vale —dice al fin, y sale de la habitación con paso firme.

La sigo con la mirada, preguntándome si acabo de perder un duelo de miradas por primera vez en mi vida. Después, de mala gana, su mensaje empieza a calarme hondo.

¿*Había* elegido siempre a Lily?

Lo medito durante un minuto incómodo y luego aparto la idea. Claro que la había elegido siempre. Lo logro asegurándome de que tenga a la mejor maldita niñera del país, y ahora me ocuparé de que tenga a la segunda mejor.

Otra figura agradable, con aire de abuelita, como la señora Barnes.

CAPÍTULO 3

CAT



El sábado por la mañana me siento a la mesa del comedor con una hoja de Excel abierta en el portátil y la calculadora del móvil en la mano, y me doy cuenta de que estoy jodida. No necesito que Parker me lo diga: no hay forma de cuadrar los números.

Si me mudo sola con los trabajos que tengo ahora, tendré que trabajar al menos diez horas más a la semana. Y aún más en los meses de invierno, cuando el bar se queda prácticamente vacío. Si encuentro nueva compañera de piso, tendría que ser alguien al azar de Craigslist, así que al presupuesto habría que sumarle la posibilidad de que me asesinen. Si vuelvo a casa de mis padres, tendré que empeñar mi dignidad. Y si sigo el consejo de mi madre y me hago profesora de una vez… bueno, mismo precio. Además, probablemente seguiría necesitando el turno de camarera de bar para llegar a fin de mes.

Derrotada, empujo el portátil hacia atrás y dejo caer la frente sobre la mesa. Alyssa me encuentra así veinte minutos después, cuando sale de su habitación. Agradezco que Parker no se quedara a dormir anoche. Si apareciera con su sonrisita autosuficiente de *soy-una-persona-matutina*, tendría que matarlo, y desde luego no podría permitirme un buen abogado.

Aun así, levanto la cabeza para gruñir: —¿Cómo? ¿Sin Parker? Pensaba que ahora erais inseparables.

Alyssa pone los ojos en blanco y me da un toquecito en la frente al pasar. —Estás despierta demasiado pronto, Cat.

Se detiene para mirar lo que hago en el portátil y se le tuercen las comisuras de los labios. —¿En serio eso es todo lo que ganas en Tiny Tykes?

—Little Tykes —corrijo, —y sí. Eso es.

—Es… —Alyssa busca la forma más amable de decirlo mientras saca la batidora del armario.

—Calderilla, lo sé.

Vuelvo a dejar la cabeza sobre la mesa de aglomerado de IKEA que compramos cuando las dos éramos pobres. Antes de que la carrera de Alyssa se tradujera en seis cifras y magníficas prestaciones, y la mía derivara en… ni siquiera lo sé. ¿Satisfacción?

No puedo permitirme vivir sola en el norte de Virginia a base de satisfacción.

Escucho el *brrr* violento de la batidora de Alyssa mientras tritura fresas, hielo y proteína de suero hasta convertirlo en algo que parece un batido pero sabe a tiza. Siento la vibración en la mesa y me rechinan los dientes.

—¿Por qué demonios me dejaste estudiar Bellas Artes? —protesto en cuanto apaga la máquina.

—Eh… porque eres una adulta que toma sus propias decisiones y yo no soy tu madre —Alyssa vierte la papilla en un vaso alto, le pone una pajita reutilizable y se sienta a la mesa. —¿Cuánto tiempo llevas en Little Tykes? ¿Una eternidad?

—Trabajo en *Little* Tykes desde segundo de carrera —la corrijo. —¿Por qué?

Me intriga, porque Alyssa no lanza preguntas al azar; está físicamente incapacitada para el *small talk*. Yo soy la que se queda charlando con los clientes habituales del bar.

—Mi jefe y su mujer tienen una niñera interna, y no sé exactamente cuánto le pagan, pero sospecho que es más que *eso* —Alyssa gira el portátil para volver a comprobar y frunce la nariz ante mi tarifa por hora. —Además, conduce su coche y ellos pagan la gasolina y el seguro. Y vive con ellos.

—Vale, pero ¿no está a su disposición las veinticuatro horas del día, siete días a la semana?

Alyssa niega con la cabeza. —No, tiene un contrato que especifica su horario y cuándo está fuera de servicio. Si intentan hacerla trabajar más, lo comunica a la agencia y ellos pagan una multa enorme.

Me muerdo el labio inferior, intrigada. Si me pagaran lo mismo que en Little Tykes, pero sin tener que pagar alquiler, podría dejar el bar y tendría *mucho* más tiempo para escribir. Y si, además, pudiera conducir su coche, podría vender el mío antes de que exhalara su último suspiro en la Route 7.

—Esto es interesante —admito por fin mientras las cejas de Alyssa se alzan, expectantes.

—Es *muy* interesante —me corrige. —Le preguntaré a mi jefe con qué agencia contrataron a la niñera.

—Vale, pero aunque consiga un trabajo así, no puedes llamarme niñera —me estremezco. La palabra me evoca a una anciana encorvada con cofia blanca. —Y tampoco dejes que Parker me llame niñera.

—Le diré a Parker que eres *au pair*.

—¿Cuál es la diferencia?

Alyssa se encoge de hombros mientras escribe a su jefe. —Una palabra es francesa.

Pongo los ojos en blanco. —No le digas nada a Parker. O dile que he decidido vivir en la calle a modo de protesta.

Alyssa deja el móvil y me lanza una mirada. —No vas a estar así durante todo lo que nos quede de convivencia, ¿verdad?

—¿Todo el tiempo que vivamos juntas? —repito, alzando las cejas. —Voy a estar así *años*, Lys. Seguiré quejándome cuando lea mi discurso de dama de honor en tu boda.

Se ríe a su pesar, pero sigue frunciendo el ceño. —En serio. Quiero que tú y Parker seáis amigos.

Estoy a punto de soltar otra broma, pero algo en su tono me frena. Creo que Alyssa ha aceptado que nunca seremos un trío, como ha ocurrido otras veces cuando una tiene pareja seria y la otra no. Siempre había parecido conforme con que nos lleváramos bien sin prometer una gran amistad. Ahora, sin embargo, parece preocupada.

—No estoy segura de que seamos amigos —digo con cautela, —pero sí amigables. Con eso basta, ¿no? O sea, no es que vayas a casarte con él… ¿verdad?

Alyssa me mira como si fuera tonta. —Cat, me voy a vivir con él.

Una sensación extraña y plomiza se instala en mi estómago. —Vale, pero, o sea, no vais a comprar el piso entre los dos, ¿no?

—No, pero… —Alyssa inclina el vaso para que los restos rosados y viscosos de su batido se deslicen a un lado. —Sigo *mudándome* con él.

—Y si todo va bien, yo me mudaré con alguna familia rica al azar que no sabe cuidar de sus hijos —alzo las manos. —No es un compromiso de por vida.

Un silencio incómodo se instala entre nosotras. Alyssa mira con disgusto su batido y yo la miro a ella, dudosa, y en ese vacío la verdad retumba demasiado fuerte como para ignorarla.

—Oh, Dios. —Vuelvo a apoyar la frente en la mesa. —Vosotros *dos os vais a casar*, ¿no? Esto es la prueba, ¿verdad?

—No lo llamaría una prueba —responde con rigidez. —Tiene sentido asegurarnos de que podemos convivir antes de comprometernos.

—Práctico Parker —murmuro contra la mesa.

—Odio que le llames así.

Levanto la cabeza; me escuece la frente por el golpe contra el aglomerado. Quiero preguntarle a Alyssa si sigue pensando que Parker quiere más a su cartera de acciones que a ella o cómo puede comprometerse a una vida de sexo del montón, pero siento que chocamos contra un muro inamovible. Si la presiono, se apartará.

—Lo siento —digo al final, de mala gana.

Alyssa alza la vista de su vaso para atravesarme con la mirada. —¿Exactamente por qué?

—Por favor, no me obligues a decirlo.

Se le tensan los labios.

—Vale. —Suspiro y suelto una ristra de disculpas. —Siento haberle llamado Práctico Parker. Siento haberlo llamado una prueba. Siento que yo…

—Gruñiste de esa forma horrible cuando dijiste: ‘*vosotros dos os vais a casar*, ¿no?’ —me recuerda Alyssa.

—Gruñí de esa forma horrible —repito dócilmente. Luego alargo el brazo sobre la mesa y le cojo la mano. —De verdad lo siento. Eres mi mejor amiga. Apoyo cualquier— *no digas errores* —decisión que tomes.

—Tomo buenas decisiones —murmura Alyssa, todavía poco dispuesta a perdonar y olvidar.

—Mucho mejores que yo —admito, señalando con la barbilla el portátil. —Mira mi vida, sin ir más lejos.

Alyssa se ablanda, como sé que hará. —Esa no es tu vida, Cat. Es solo… el lugar en el que estás ahora.

—Sí: arruinada.

El móvil vibra sobre la mesa y Alyssa aparta su mano de la mía para leer el mensaje. —Es de mi jefe —dice, mostrándomelo. —Me envía el nombre de la agencia y un enlace a su página. ¿La miramos?

—¿Por qué no? —suspiro, reactivando el portátil. —¿Qué tengo que perder?

CAPÍTULO 4

DAVID



Según el acuerdo de custodia, tengo que enviarle a mi ex, Chloe, una notificación formal del cambio de cuidadora de Lily y hacer un esfuerzo de buena fe para entregársela *en persona*. Es una de esas cláusulas de mierda que sus abogados añadieron para que pareciera que ella estuviera realmente implicada. No me molesté en impugnarla entonces, porque jamás imaginé que llegaría el día en que se aplicara.

Lo pospongo todo lo que puedo y, al final, programo una videollamada. La parte *en persona* es la mayor broma de todas. La madre de Lily no se ha molestado en estar físicamente presente para casi nada desde que se largó hace cinco años. No la veo desde el tercer cumpleaños de Lily y ni siquiera sé dónde vive ahora. Cuando contesta, me sorprende tan poco ver palmeras de fondo como me sorprendería ver glaciares.

—David, qué alegría saber de ti —dice Chloe, irradiando calidez, como si fuéramos viejos amigos que solo se ponen al día de vez en cuando.

Voy directo al grano.

—La señora Barnes se muda a California. Voy a contratar a una nueva niñera.

—¡Fantástico! Yo estoy en California ahora.

Espero un segundo, dándole a mi cerebro la oportunidad de formular una respuesta que no sea *¿Y a mí qué coño?*. Como no se me ocurre nada, digo:

—¿Alguna objeción?

—¿A qué? ¿A que la señora Barnes se mude a California? —El móvil se balancea cuando Chloe se incorpora en su tumbona, de verdad confundida. Tengo la sensación de que intenta recordar si la señora Barnes es la asistenta o la mujer que lo hace todo con nuestra hija. Y por enésima vez me pregunto por qué mi ex peleó por la custodia legal compartida.

—No, Chloe —gruño, —a que cambie la persona que cuida de Lily.

—Oh, no. ¡Claro que no! —Hay una pausa mientras Chloe mira a alguien fuera de cámara con una sonrisa beatífica y alarga la mano. Un segundo después aparece en pantalla una copa alta, espumosa, con una sombrillita. Miro el reloj: aquí son las dos de la tarde, lo que significa que allí apenas serán las once. No es que ya sea asunto mío —amar a Chloe *fue* siempre como un acuerdo comercial. Los labios rosa caramelo de mi ex se cierran en torno a la pajita y da un largo sorbo antes de preguntar: —¿Cómo está ella, David?

—¿Quién? ¿La señora Barnes? —pregunto con sarcasmo, cabreándome otra vez al ver lo que Chloe ha elegido en lugar de nosotros. No era solo el cóctel matutino—Chloe podría haberse tomado uno aquí también, aunque le habría echado la bronca. Era todo. Las frondas de palmera ondeando tras su cabeza. Las risas tintineantes y la música. El servicio de piscina en lo que seguramente era un resort carísimo. La señora Barnes me echaba en cara que pusiera el trabajo por delante de mi hija, pero Chloe había elegido unas putas vacaciones. Una vida entera de ellas. Financiada por cualquier ricachón al que estuviera enganchada. Me había tenido enganchado a mí el tiempo suficiente, aunque cometió el error de convertirlo en un juego de ama de casa y madre.

Ese es un juego al que descubre que no quiere jugar, después de todo.

Chloe se ríe como si estuviera bromeando.

—No la señora Barnes, tonto. ¡*Lily*!

—Está bien —respondo seco. La parte venenosa de mi lengua quería añadir que nuestra hija ya ni preguntaba por su madre, pero me contuve. No tiene sentido discutir con Chloe. Es como embestir a un oponente que te sujeta la cabeza con una mano y, con la otra,

hace *scroll* en Instagram mientras tú te cansas golpeando al aire. Llevamos dos minutos al teléfono y ya noto el agotamiento. Encojo los hombros y busco una excusa para colgar.

—Espera, ¿no puedo verla? —exclama Chloe.

—Está en *el colegio* —digo, sin poder ocultar el sarcasmo. ¿Qué pensaba Chloe? ¿Que Lily se dedicaba a probar la educación como ella había probado el matrimonio y la maternidad? ¿Que ahora mismo Lily estaba tumbada junto a nuestra piscina, bebiendo un batido de fresa con una pajita en espiral?

Los labios de Chloe se tuercen y su voz adquiere un matiz caprichoso cuando dice:

—¿Por qué me llamas cuando no puedo hablar con ella?

Frunzo el ceño, sorprendido de que siquiera le importe.

—El teléfono funciona en los dos sentidos, Chlo —digo—; nadie te impide llamarla.

Legalmente, no puedo impedírselo. Sus abogados se habían asegurado de ello, como si me preocupase que Chloe se implicara *demasiado* en la vida de nuestra hija.

—¿A qué hora llega a casa?

—A las cuatro.

—La llamaré a las cuatro y media.

Consigo no preguntar *¿de qué día?* y colgamos sin discutir. Es todo un logro en el libro del divorcio de Chloe y David.

La tarde pasa volando y, cuando me doy cuenta, el Subaru azul de la señora Barnes aparece en la calle. Aparca en la entrada y Lily salta del asiento trasero.

Como siempre, el amor y el orgullo me hinchan el pecho al ver a mi hija y me dejan sin aliento un instante. Tiene el pelo rubio platino, la naricita respingona y la boca ancha de su madre, pero es toda mía. No es la primera vez que me pregunto cómo puede Chloe ser tan idiota. Ni siquiera pienso decirle a Lily que su madre tiene intención de llamar; así me ahorro explicarle por qué al final no lo hace.

Las recibo en la puerta y Lily se lanza a mis brazos.

—Hora de la merienda —me dice feliz.

—Hora de la merienda —asiento. Cenamos a las seis, así que en cuanto Lily llega, la señora Barnes le prepara algo. Normalmente no me quedo con ellas, pero esta vez llevo a Lily en brazos hasta la cocina mientras la señora Barnes cuelga su mochilita en la percha.

La señora Barnes me dedica una mirada de aprobación al ver que pienso quedarme.

—Tengo buenas noticias —dice mientras coloca apio y pimientos troceados.

—No son buenas —me dice Lily; su ánimo pasa de soleado a nublado en un segundo.

—He encontrado a mi sustituta.

El labio inferior de Lily se adelanta y ella se planta junto a la ventana que da a la piscina. La piscina ya está llena, preparándose para el verano, pero todavía no hace suficiente calor para nadar. No es que eso vaya a detener a Lily cuando se le meta algo en la cabeza.

—Se llama…

—Quiero nadar —interrumpe Lily, como si desviar la conversación fuera a impedir que la señora Barnes se marchara.

—Pues tendrás que esperar —digo.

La señora Barnes añade con suavidad: —Pronto, Lily.

—Se llama Catherine Bowen. Le dicen Cat.

Espero que la señora Barnes añada algo más, pero saca la mantequilla de cacahuete y empieza a untarla en el apio con un cuchillito, como si la conversación hubiera terminado.

—Genial, ¿cuándo puede empezar? —pregunto, conteniendo el sarcasmo al mínimo.

La señora Barnes lo capta al instante y me lanza una mirada arqueada por encima del hombro.

—Le he pedido que venga mañana a las cuatro y media para ver si encaja —añade, casi distraída. —Encajará.

Tranquilizado por la seguridad de la señora Barnes, convencido de que he encontrado a alguien exactamente como ella, me acerco a Lily, que sigue mirando la piscina. Igual que ella, yo también deseo que el agua se caliente pronto. Consulto en el móvil la *app* conectada al termómetro de la piscina.

—Diecinueve grados —le digo.

El labio de Lily se adelanta aún más.

—Eso es prácticamente veinticinco.

Suelto una carcajada y la abrazo de lado.

—Ni de broma, peque. ¿Qué te enseñan en ese cole tan pijo?

La señora Barnes termina de colocar la tabla de frutas y verduras y nos sentamos con ella en la mesa del desayunador, junto al ventanal.

—David —dice pensativa.

Dejo mi tira de pimiento.

—Sí, señora Barnes.

—Espero que mañana mantengas la mente abierta.

—La mantendré, señora Barnes. Mientras sea exactamente como usted, está contratada.

CAPÍTULO 5

CAT



Me sorprende lo rápido que se mueven las cosas desde que presento mi solicitud en la agencia. En apenas dos semanas han terminado la verificación de mis antecedentes, han cotejado mis referencias y ya me han concertado dos entrevistas preliminares.

La primera, claramente, no encaja. La madre trabaja desde casa y prácticamente desenrolla un pergamino de tres metros repleto de normas y requisitos para su bebé de seis meses. No me decepciona no superar esa ronda. Me encantan los bebés, pero disfruto más con niños un poco mayores, preferiblemente los que ya controlan el pis.

La segunda preliminar promete, aunque tampoco resulta perfecta. Después me reúno con Cecilia Barnes, que busca sustituta, y siento una conexión inmediata. Si yo estuviera contratando niñera, ella encabezaría mi lista. Posee un carácter exigente combinado con una calidez serena que, por experiencia, sé que hace que un niño se sienta querido incluso cuando lo corrigen.

Ahora, mientras sigo las indicaciones del GPS hacia la casa de Great Falls, me invade una mezcla de emoción y aprensión. Si encajo, viviré en una de esas mansiones palaciegas. Todos mis problemas de dinero quedarían resueltos. Pero también tendré que llenar el enorme hueco que dejará la señora Barnes. Por lo que me contó, es prácticamente la única figura materna en la vida de la niña.

¿Cómo voy a estar a la altura?

Aparto la pregunta y echo el cerrojo a ese pensamiento: no me sirve bloquearme antes siquiera de conseguir el puesto. Salgo de la

vía principal y tomo una avenida más estrecha, flanqueada por árboles. Al final localizo la dirección que me dio la señora Barnes y recorro la larga entrada asfaltada que conduce a la casa. Es grande, se alza entre los árboles, pero no recuerda a esos mausoleos recientes que parecen cajas frías y perfectas. Este lugar tiene personalidad: ventanas con parteluces, un tejado a dos aguas, contraventanas azul grisáceo sobre muros crema y un estallido de flores en los parterres.

Salgo del coche y me ajusto la coleta. Luego me aliso la camisa y compruebo que el pantalón me quede bien. No tengo ni idea de qué ponerme para algo así —¿*business casual* porque es una entrevista? ¿Algo más relajado para poder jugar con la niña?— y me he comido la cabeza hasta que Alyssa ha elegido mis mejores vaqueros y me ha dicho que los combine con una blusa abotonada y unas bailarinas.

Ella está tan implicada como yo en que consiga este trabajo. Acaba de firmar el contrato de alquiler con Parker y tenemos previsto mudarnos de nuestro piso dentro de dos semanas.

Enderezo los hombros y avanzo por el camino que va del aparcamiento a la puerta principal, intentando no fijarme en lo *alta* que es la casa. Ni siquiera tengo que decidir si llamar o tocar el timbre, porque la señora Barnes me espera en el umbral.

Sonríe al verme y me recorre de arriba abajo con aprobación.

—Lily y el señor King están dentro —dice. —Él está terminando una videollamada y ella está merendando.

—Genial —respondo, conteniendo una oleada de nervios. —¿Debería conocer primero a Lily o espero a que él esté libre?

—Será mejor que conozcas primero a Lily —dictamina la señora Barnes, seca pero amable, como si la decisión fuera suya y no de él. Me guía por el vestíbulo, pasamos ante una puerta cerrada tras la cual se oyen voces, y llegamos a una cocina enorme donde una niña de siete años está encaramada a la barra con una tabla de charcutería delante. Devora lo que parece la versión gourmet de un *Lunchable* deconstruido.

Y me resulta *muy* familiar.

Levanta la mirada y sus ojos verde oscuro se agrandan al verme.

—Te conozco —dice.

—Chica del batido de chocolate —le recuerdo, —pero *solo* uno.

—A menos que negocie —me recuerda con una sonrisa que vuelve sus rasgos dulces casi pícaros.

—Cosa que no va a suceder —sentencia la señora Barnes.

Sonrío como una boba, convencida de que este trabajo ya es mío. Pero entonces oigo pasos en el pasillo detrás de mí y recuerdo quién es el padre de la niña.

El señor King es el «papá buenorro»: alto, moreno, de ojos verdes y ceño perpetuo, el que siempre mira a través de nosotras.

Ya suponía que vivía en una mansión como esta, y acierto. Mis pensamientos dan tumbos mientras me vuelvo hacia él. Tal vez sea diferente en su propio territorio; más relajado, quizá ni siquiera sepa la impresión que causa en público y, una vez que lo conozca…

Pero en cuanto su mirada incrédula se cruza con la mía, esas fantasías se evaporan.

—Señora Barnes —dice con filo. —¿Puedo hablar con usted en mi despacho?

—Mente abierta —le recuerda ella, como si repasara algo que ya hubieran acordado.

Papá buenorro me enseña los dientes en una sonrisa deliberadamente hostil.

—Esperad aquí.

Desaparecen por el pasillo, dejando a Lily y a mí solas. La miro con los ojos muy abiertos y ella me devuelve la misma expresión. Luego se echa a reír y, aunque la situación no me parece nada graciosa, no puedo evitar reír también. Seguro que no voy a conseguir este trabajo, pero *voy* a tener una historia estupenda para Alyssa.

Los nervios se esfuman al darme cuenta de que la presión ha desaparecido. Me descalzo y me uno a Lily en la barra.

—¿Esta es tu merienda habitual, peque? —pregunto, tomando un trozo de apio con crema de cacahuete. —Mi madre también me preparaba esto, pero añadía pasas y lo llamaba «hormigas en el tronco».

Lily frunce la nariz.

—Qué asco.

—¡Estaba riquísimo!

—Si tú lo dices. —Le da un mordisco a otro trozo de apio. Comemos en silencio unos segundos y, al cabo, propone: —¿Quieres ver la piscina?

Me calzo de nuevo y la sigo escaleras abajo. El sótano es fácilmente tres veces más grande que mi piso, y muchísimo más bonito. Una pared entera es de cristal y, al otro lado, la piscina chispea como una joya azul tras el porche cubierto.

—Vamos —dice Lily, entusiasmada al abrir una de las puertas francesas. —Vamos a comprobar la temperatura.

—Podemos mirar, pero te aseguro que todavía está demasiado fría. Alyssa y yo fuimos socorristas en el instituto. En el norte de Virginia el agua no se calienta lo suficiente como para nadar cómodamente hasta mediados de junio.

Pasamos junto a un salón hundido —apuesto a que los muebles de forja y los cojines resistentes cuestan lo que mi carrera— y salimos a la terraza pavimentada. El agua brilla tentadora bajo el sol de mayo, pero cuando meto la mano para coger el termómetro, la sensación helada me sube por el brazo como un guante de hielo.

—Diecinueve grados —leo. Suelto el termómetro, que cae con un chapoteo, y me estremezco. —Demasiado fría, Lily.

—Ya lo sabe. —La voz llega desde arriba y me sobresalta. Me llevo la mano a la frente para protegerme del sol y distingo la silueta de David King apoyado en la barandilla. El contraluz oculta su expresión, pero suena molesto.

Un escalofrío distinto me recorre la espalda al notar su mirada, tan brusca como el agua fría: me resbala como una gota helada desde la coronilla hasta las punteras de mis bailarinas. Lo observo, aunque yo no dispongo de la sombra que oculte mi examen. Impresiona igual con una camisa informal y pantalones que con los trajes impecables que le veo en el restaurante. En su propia casa, su aire de mando es aún más acusado. Es despiadadamente atractivo, absurdamente rico y tremendamente poderoso.

La santísima trinidad en un jefe.

Aparto la mirada y le sonrío a Lily con nostalgia. Sería divertido ser su niñera. Sería fantástico vivir en esta casa.

Pero, por suerte, no hay ninguna posibilidad de que consiga este trabajo.

CAPÍTULO 6

DAVID



—No —le espeto a la señora Barnes en cuanto cruza el umbral de mi despacho, justo después de haber acompañado a Catherine Bowen hasta su coche.

Se acomoda en una de las sillas frente a mi mesa y la gira para mirar por la ventana.

—Yo creo que sí —dice con firmeza. —Esa es la persona que quiero que cuide de Lily.

—Pues qué pena. Yo quiero que sea usted quien cuide de Lily, y eso tampoco es posible.

La señora Barnes suelta un suspiro, como si ya contara con esta respuesta.

—David, tengo que empezar a preparar la cena en un instante, así que, por favor, no prolonguemos esto.

—Creo que he sido bastante conciso, la verdad.

—Hay una forma aún más rápida de zanjar esta conversación: acepta darle a Cat un periodo de prueba.

Un periodo de prueba equivale a contratarla.

—No —respondo, tajante. —A Catherine Bowen, no.

La señora Barnes me lanza una mirada severa.

—Es lo mejor que puedo ofrecer, señora Barnes. Por favor, no deje que la entretenga ni retrase la cena.

—¿Por qué no?

—Porque tengo hambre.

Ni siquiera esboza una sonrisa.

—¿Por qué no Catherine Bowen?

—Porque ella misma es prácticamente una cría —gruño. —Quiero una empleada, no una hija adoptiva.

La expresión de la señora Barnes se crispa, como si captara la frivolidad de mi respuesta. Ambos sabemos que es imposible confundir a Cat Bowen con una niña. Su atuendo es recatado, pero no oculta sus curvas: primero la cintura estrecha, luego la generosa curva de sus caderas. Desde mi posición, incluso alcanzo a ver sin querer el interior de su blusa y atisbar los pechos generosos que la tela intenta disimular.

Y, por supuesto, está el obstáculo insalvable de su belleza. Ya me había fijado en que era guapa en el restaurante, pero aquí resulta aún más evidente. No puedo tenerla aquí todo el tiempo. Viviendo conmigo, bañándose en la piscina con Lily. Inevitablemente acabaría mal, y eso es lo último que necesito.

La señora Barnes se pone en pie.

—No quería llegar a esto, pero no me dejas otra opción, David.

La veo cruzar la estancia con la espalda erguida como un mástil.

—Por favor, dime que soy tan terco que te obligo a decirle a tu hija que tendrá que contratar a su propia maldita niñera porque tú te quedas en Virginia —suelto con ironía.

La señora Barnes no se digna a contestar. Se dirige a las dobles puertas de mi despacho y empuja una. Lily está justo al otro lado. Mi hija entra de puntillas, con aire culpable y esperanzado. Solo sus pequeños dientes blancos mordiendo el labio inferior delatan que algo pasa.

—Lily, los dientes —decimos la señora Barnes y yo al unísono.

Es extraño: Lily tenía poco menos de dos años cuando Chloe se fue. Tan pequeña que no recordaba una época en la que su madre viviera con nosotros y no dentro de las dimensiones de una pantalla. Pero tres días después de que Chloe se marchara, Lily había empezado a roer cosas. Su cuna, las orejas de sus peluches, incluso su propio pulgar a veces. Ahora casi ha superado la costumbre, pero reaparece cuando está nerviosa por algo.

Y me temo saber por qué está ansiosa ahora.

—Quiero mucho a Cat —murmura, colocándose en el extremo de mi mesa. Su incisivo superior vuelve a atacar el labio inferior, pero lo

detiene con esfuerzo y aprieta los labios.

—¿Quieres mucho a Cat? —repito. —Sabes que es una persona, ¿verdad, Lils? No es como si fuera una muñeca que pudiéramos envolver y dejar bajo el árbol en Navidad.

—Lily no te está pidiendo que la conviertas en una sirvienta —interviene la señora Barnes, muy seca. —Te pide que la contrates. Con un periodo de *probation*.

—Sí —asiente Lily. —Sin sirvientas. *Probation*.

Me debato entre la diversión y la irritación.

—¿Qué tal si te doy un no provisional y me traes un par de candidatas más? Después tomaré una decisión. Dirijo la propuesta a la señora Barnes, pero, por supuesto, es Lily quien responde.

—Por favor, papi. —Cuando la miro, su incisivo vuelve a hundirse en el labio.

Me siento atrapado entre las dos.

—¿Por qué quieres tanto a Cat, cariño? —Giro mi silla y Lily rodea el escritorio para colocarse a mi lado. Me toco el diente delantero como recordatorio y ella esconde el suyo tras el labio.

—Es amable conmigo —dice Lily con voz clara y, acto seguido, susurra, como si temiera que la señora Barnes la oyera: —y es guapa.

—Probablemente haya otras niñeras guapas. «O al menos que lo fueran hace cuarenta años y ahora resulten suficientemente maternales y abueliles». Me guardo ese comentario. Lily decide claramente que la juventud es una ventaja. Y quizá tenga razón. Alguien de la edad de Cat seguirá mejor su ritmo.

—El problema —continúo, como si Lily y yo estuviéramos en una reunión de estrategia— es que no sé cuánta experiencia real tiene trabajando con niños.

—Jamás te traería a alguien que no estuviera cualificada —interviene la señora Barnes, ofendida. —Tiene ocho años de experiencia trabajando con niños de entre tres meses y diez años.

—¿Así que lleva trabajando desde los… doce? —bufo. Se supone que la agencia comprueba la experiencia laboral de esta gente, pero claramente se les ha colado esta candidata. O quizá cuenta como experiencia cuidar de sus hermanos.

—Tiene veintiséis, David, y trabaja en un centro acreditado desde que salió de la universidad —responde, ya exasperada. —Pareces creer que la he reclutado a la salida del instituto local.

Cat me parece más cercana a la edad de una recién graduada de instituto que a los veintiséis, pero para mí es lo mismo. Por debajo de cincuenta no hay nada que considerar.

Y, aunque me mata ver la cara de decepción de mi hija, se lo dejo claro a ambas, sin rodeos.

Lily y la señora Barnes salen de mi despacho enfadadas.

—Por debajo de cincuenta —repite la señora Barnes, negando con la cabeza, molesta.

—De verdad la quería —dice Lily, desolada.

La señora Barnes cierra las puertas dobles de mi despacho con un golpe innecesario, y la cena de esa noche se convierte en un asunto solemne. Ella sigue enfadada, Lily sigue disgustada y yo sigo firme. No hay ninguna posibilidad de que contrate a Cat Bowen.

La señora Barnes acuesta a Lily esa noche y se marcha enseguida. La casita de la piscina es toda para ella. Cuando Chloe se marchó, la reformé para convertirla en un pequeño apartamento de un dormitorio: una estancia lo bastante grande para una cama de matrimonio, un baño y un espacio multifunción algo mayor. No cuenta con una cocina completa, pero esa no es la razón por la que la señora Barnes prefiere quedarse en una de las habitaciones de invitados en lugar de mudarse allí. Le gusta estar cerca de Lily, incluso ahora que la niña ya no se despierta por la noche.

Así que, cuando insiste en pasar junto a mí rumbo a la terraza de la piscina, sé que sigue enfadada. Confuso, la dejo ir sin decir una palabra. No hay nada más que añadir. No entiendo por qué la señora Barnes se ha metido en la cabeza que tiene que ser Cat Bowen o nadie, pero se equivoca. Si tengo que ir yo mismo a la agencia y encontrar a una candidata más apropiada, lo haré.

Pero cuando paso por delante de la habitación de Lily y oigo un sollozo apenas audible tras la puerta, no puedo ignorarlo. Giro el pomo y abro la puerta apenas una rendija.

—¿Lils? —susurro. —¿Estás despierta?

Espero haber confundido un ronquido, pero no. En la franja de luz que cruza su cama veo que tiene los ojos abiertos. Y húmedos. El corazón se me parte, como siempre que Lily llora. No es como esos niños que lloran por todo. De hecho, tiende al extremo contrario, en mi opinión. Una niña de siete años no debería mostrarse estoica cuando su madre la deja plantada, pero la mía lo hace.

Pero ahora no está nada estoica. Abro más la puerta y me siento a su lado. Lily se hace un ovillo más apretado, abrazada a un conejo de peluche que compramos en Disney World el año pasado.

—¿Qué pasa, Lils? —pregunto, como si no lo supiera.

—Quiero que la abuela Barnes se quede —susurra.

Se me afloja un poco el nudo del estómago. Esto, al menos, escapa a mi control. Puedo culpar a la hija guionista de la señora Barnes y a su extraña decisión de tener un bebé en la tierra de sequías e incendios forestales.

—Yo también quiero que se quede, cariño, pero tiene que ayudar a su familia.

—¿No somos nosotros su familia? —pregunta Lily lastimosamente, mientras nuevas lágrimas le brotan.

—Sí, claro que lo somos, pero no la necesitas tanto como la va a necesitar el bebé. —Le aparto el fino cabello rubio de la frente. Yo lidio con grandes personalidades, suelto verdades duras y negocio con tiranos todo el día en el trabajo, pero aquí estoy completamente perdido. Siempre se me han dado mejor los CEOs del *Fortune 500* que mi propia familia. Por eso contraté a la señora Barnes hace siete años.

—¿Es que no me necesita a mí? —pregunta Lily, y el golpe directo al estómago es instantáneo.

Abro la boca, pero no sale nada. ¿Cómo le explicas a una niña de siete años que alguien puede quererla por encima de todo y aun así tener que marcharse? ¿Por qué demonios tenía que aprender esa lección por segunda vez antes de cumplir ocho?

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor? —pregunto al fin. Quizá por fin podamos comprar el maldito poni que cree querer

o volver a Disney en verano. Cualquier cosa con tal de distraerla de la marcha de la señora Barnes.

Lily se gira boca arriba y se queda mirando el techo, donde hay pegadas pequeñas estrellas que brillan en la oscuridad.

—Bueno —dice despacio, —quizá… —Me lanza una mirada furtiva para medir cuán generoso estoy.

Y yo me siento muy generoso. Podemos ir a Disney en París si hace falta. Comprar dos malditos ponis. Solo tiene que decirlo.

—Creo que ayudaría si…

Otra mirada para asegurarse. Asiento con ánimo.

—…si tuviera a Cat —termina.

Se me queda la cara paralizada. Lily no es de las que piden más de una cosa. Si escoge una muñeca *American Girl* para su cumpleaños, no me arrastra luego al escaparate de otra tienda para suspirar por un unicornio eléctrico. Si está eligiendo a Catherine Bowen por encima de todo lo demás que sabe que podría pedir, eso significa algo.

—¿Y Disney World? —pruebo.

Niega con la cabeza.

—¿Un poni?

Una larga vacilación y luego niega con decisión.

Suelto el aire, intentando no verbalizar la letanía de palabrotas que me ronda por la cabeza en ese momento.

—Catherine Bowen, ¿eh?

Una pequeña sonrisa se dibuja en el rostro de Lily. Sabe que me tiene. En el fondo sigo convencido de que es una mala idea, pero ahora manda el corazón.

Voy a contratar a Cat Bowen, me guste o no.

CAPÍTULO 7

CAT



A primera hora, Parker me explica algo llamado la Ley de Moore con una minuciosidad innecesaria cuando recibo la llamada de la agencia. Echo un vistazo al móvil y respondo distraída:

—Sí, Parker, lo pillo.

Me levanto y salgo a nuestro diminuto balcón, esquivando a Alyssa, que se dispone a preparar una doble ración de esos grotescos batidos de fresa con proteína de suero. Me lanza una mirada inquisitiva, pero niego con la cabeza y pongo los ojos en blanco para dejar claro que no va a ser una buena llamada.

La mañana está fresca, y agradezco que vaya a ser una conversación breve porque ni siquiera me he puesto la sudadera. Me abrazo a mí misma y sujeto el móvil entre el hombro y la oreja.

Y casi se me cae cuando escucho:

—Hola, Cat, tenemos una oferta. ¿Quieres aceptarla?

—¿Tenéis una oferta de…?

—La familia King. Quieren que empieces lo antes posible.

Se me queda la boca abierta. No puede ser. El papá sexy prácticamente me dijo que no iba a conseguir el trabajo. «Estoy seguro de que se te dan genial los niños, pero busco a alguien un poco mayor.» Aquel comentario viene acompañado de una mirada claramente escéptica.

—¿Seguro? —pregunto, frotándome los brazos desnudos para espantar el frío. Miro hacia el aparcamiento y los setos de árboles. Al fondo se oye el tráfico de la Fairfax County Parkway. Apenas hay

dieciséis kilómetros hasta la mansión de los King en Great Falls, pero parece otro mundo.

—Segurísima —se ríe la mujer de la agencia. —Te he enviado el contrato por correo electrónico. Léelo y fírmalo antes de que acabe el día si quieres aceptar. Avísame cuanto antes si hay cualquier problema.

Vuelvo a entrar como hipnotizada.

—¿Y bien? —pregunta Alyssa, expectante, mientras reparte el contenido de la batidora en dos vasos. Al ver mi cara, deja el recipiente a un lado. —¿Qué?

—Me acaba de contratar —digo, todavía sin creérmelo ni siquiera al decirlo en voz alta. —Me han mandado el contrato.

Me apoyo en la encimera y compruebo el correo en el móvil. Ahí está. No me detengo a leerlo a fondo; deslizo directamente hasta su nombre. *David Alexander King*. *Lily Sophia King.* La fecha de incorporación propuesta es dentro de dos semanas. Justo el tiempo para avisar a Little Tykes. Ni un solo día libre entre trabajos para asimilar este gran cambio.

Levanto la vista hacia Alyssa; el teléfono cuelga de mi mano tan flojamente que ella lo coge y lo deja sobre la encimera.

—¿Debería aceptarlo?

—Claro que deberías —grita Parker desde la mesa.

Alyssa duda.

—Lily te ha caído muy bien. Y probablemente ni siquiera te cruces mucho con él.

—Eso es verdad. —Recuerdo de nuevo su mirada verde oscura. Un escalofrío me recorre la espalda al recordar cómo me observaba. Vuelvo a estremecerme y Alyssa entrecierra los ojos, preocupada.

—Pero no tienes por qué hacerlo —añade en voz baja, como si así evitara que Parker escuche y opine.

—¡Pero debería!

—Hazle caso a tu instinto.

—¡Es una *mansión*, Cat!

Los dos son como el ángel y el demonio en mi hombro. Quiero taparme los oídos y darme un minuto para pensar. Lo hago, caminando hasta el fondo de nuestra cocina alargada.

—Cállate —ordena Alyssa a Parker, —está pensando.

No necesito mirar a Parker para saber que acaba de poner los ojos en blanco con todo el dramatismo posible.

—Creo… —digo despacio.

Alyssa se inclina hacia delante. Parker se aparta de la mesa y se asoma por encima de la encimera para ver dentro de la cocina.

—Creo que voy a aceptarlo —concluyo al fin, decisión firme.

—Inteligente —aprueba Parker.

—Si es lo que de verdad quieres —añade Alyssa con cautela.

Lo es. Sé que es una mala idea, pero también sé que lo *deseo* muchísimo. La mansión. El coche. La niña. Y, aunque jamás lo admitiría, también me atrae el hombre responsable de todo ello. Es oscuro, sarcástico y grosero, sí. Pero tiene algo que anula cualquier objeción.

Dejaré que Alyssa crea que digo sí *a pesar* de él, pero yo sé la verdad.

Es, en parte, *por* él.



Me mudo el viernes siguiente, muy temprano, antes de mi último día en Little Tykes. La lógica es sencilla: voy a llevar mi vieja ropa de deporte hecha polvo, y a esa hora no hay forma de encontrarme con David King. La señora Barnes ya me ha dado las llaves y los códigos. Pasaré las cajas por la puerta lateral, la que da directamente a la casa de invitados, y estaré lista antes de que él se vaya al trabajo.

El sol empieza a salir por el este, pero el cielo aún está oscuro cuando aparco la pequeña furgoneta de alquiler. Alyssa va en el asiento del copiloto, irritantemente despierta. Parker, encajado atrás, ya está enviando correos desde el móvil. No ha prestado atención durante el trayecto y, ahora, al alzar la vista y ver la casa por primera vez, dice:

—Joder, Cat.

Siento un ligero orgullo, aunque lo único que he hecho es conseguir el empleo. No es habitual que algo impresione a Parker. Miro a Alyssa para captar su reacción, pero su expresión es más difícil de leer.

—¿Qué te parece? —la animo.

—Es grande —dice con una sonrisa extraña que revela que se guarda algo. Antes de poder sonsacarle más, se baja del coche. El ruido de las puertas al cerrarse rompe el silencio de la mañana; pongo una mueca y los tres nos quedamos congelados mirando hacia la puerta principal. Para mi alivio, el sonido no parece molestar a los habitantes.

Cogemos cada uno una caja y rodeamos la casa hasta la puerta lateral.

—¿Seguro que la alarma está desconectada? —pregunta Alyssa antes de que teclee el código.

—Segura. La señora Barnes la ha quitado a primera hora para que pueda mudarme. Tecleo la larga combinación y, para mi tranquilidad, la luz del cerrojo se pone verde y el picaporte gira en mi mano. Lo último que quiero es tener que llamar a esa puerta imponente y arriesgarme a que David King la abra.

Dejamos la puerta entornada y descargamos deprisa mis cosas. No tengo gran cosa: sobre todo ropa y los pocos utensilios de cocina que son míos. Le dejo a Alyssa las lámparas y las mesas que compramos juntas, ya que la señora Barnes deja sus muebles. Lo más grande es el colchón, que entra el último.

Aunque vamos rápido y el aire sigue fresco, termino sin aliento y con una fina capa de sudor en la frente. Mientras me giro para cerrar la puerta de la casita de la piscina, Alyssa mira con anhelo el agua.

—Ahora mismo vendría genial un baño.

—No lo recomiendo.

Es una voz masculina, pero sé al instante que no es la de Parker. Tiene un timbre más grave, y la voz de Parker jamás me provoca un escalofrío. Tengo un segundo para imaginarme: el pelo en una coleta desordenada, el rímel de la noche anterior corrido, unos

shorts de toalla con los que duermo y una camiseta tan vieja y suave que casi se transparenta.

David King, por supuesto, parece recién salido de una reunión del consejo, preguntándose por qué unos vagabundos han invadido su jardín. Sus ojos verde oscuro me recorren sin expresión.

—Ha llegado pronto, señorita Bowen.

Trago y lucho contra el impulso de arreglarme la coleta.

—Se lo advertí a la señora Barnes. Quería mudarme antes de ir al trabajo, porque después de Little Tykes voy directa al restaurante, y no creo que quiera que llegue aquí a medianoche.

Su mirada se agudiza.

—Creí que el contrato era claro. Cuidar de mi hija es su único trabajo.

Por el rabillo del ojo veo cómo la boca de Alyssa se tensa. Noto que yo misma enderezo la espalda.

—El contrato *es* claro —digo, con una firmeza que solo reservo para los clientes excepcionalmente maleducados del bar. —A partir de mi fecha de inicio, que es el *lunes*, cuidar de Lily será mi único trabajo.

Aunque el corazón me late a toda velocidad, le sostengo la mirada firme sin pestañear.

Su expresión no se suaviza, pero asiente y esboza una ligera sonrisa sardónica. Luego mira el reloj inteligente que lleva en la muñeca, bajo unos gemelos carísimos, y añade:

—Asegúrese de cerrar cuando se marche.

Los tres contenemos la respiración hasta salir del jardín, cruzar la puerta y volver al coche, y entonces soltamos un *whoosh* colectivo.

—¿Siempre es tan intenso? —pregunta Parker, entre la incredulidad y la admiración.

—Sí —responde Alyssa por mí.

—Pide un Manhattan como si estuviera interrogando a un terrorista —coincido mientras tomo la curva del camino circular hacia la calle.

Alyssa se gira en su asiento para mirar a Parker. Se consultan en silencio, y Parker dice a regañadientes:

—Eh… si necesitaras vivir con nosotros unos meses mientras encuentras otra cosa, supongo que estaría bien.

—Estaría más que bien —añade Alyssa, volviéndose de nuevo hacia mí. —¡Sería divertido!

La cara de Parker opina lo contrario.

—Tendrías que pagar alquiler, pero sí, podría ser divertido —murmura.

El corazón aún me va a mil, pero hago lo posible por sonar despreocupada:

—Gracias, pero esto va a ir genial.

—Genial —dice Parker, aliviado.

—Genial —repite Alyssa, poco convencida.

—Genial —corroboro yo. Y lo será.

Solo tengo que demostrarle a David King que no puede mangonearme.

CAPÍTULO 8

DAVID



Entre una reunión y otra, repaso el contrato de Cat preguntándome por qué demonios no he incluido un código de vestimenta en ninguna parte. Nunca lo había necesitado antes. Mrs. Barnes lleva conjuntos a juego con florecitas bordadas en los bolsillos, no unos *shorts* tan cortos que casi puedo ver la curva de su culo al comienzo de sus largas y torneadas piernas. Y luego esa maldita camiseta que, en teoría, no debería resultar sexy y sin embargo lo es. El contorno de su sujetador bajo la tela fina envía mi cerebro a lugares a los que los conjuntos a juego de Mrs. Barnes jamás lo han llevado.

Como si la hubiera invocado, Mrs. Barnes aparece con un modelo clásico azul marino, y de pronto parece la abuela que nunca tuve.

—¿Y si te doblara el sueldo? —pregunto retóricamente sin apartar la vista de la pantalla.

Emite un carraspeo exasperado.

—Ya es un poco tarde para negociar el salario, ¿no crees, David? He venido para asegurarme de que aún puedes llevarme al aeropuerto mañana por la mañana.

—Por supuesto, Mrs. Barnes —respondo, resignado. Sale de Dulles en un vuelo a las diez. Lily y yo la llevaremos y luego iremos directamente a un *brunch*. Podremos ahogar nuestras penas en un cubo de sirope de arce.

Mrs. Barnes echa un vistazo a mi pantalla.

—¿Por qué estás mirando el contrato de la señorita Bowen? No pensarás doblar *su* salario, ¿verdad?

—Bien supones que no —cierro el documento y me recuesto en la silla. No puedo decirle el verdadero motivo por el que lo he estado mirando. Es difícil explicar por qué no quiero que Cat Bowen ande por aquí en *shorts* y camiseta.

Mrs. Barnes me lanza una mirada perspicaz, como si me leyera el pensamiento, pero se limita a decir:

—Será buena para Lily, ya lo verás.

Gruño sin comprometerme. Dudo que llegue a ser buena o mala para Lily. Va a complacer a mi hija unos meses, pero después encontraré la manera de que Cat Bowen siga su camino. Aún no sé cómo, pero ya se me ocurrirá algo.

Siempre lo hago.



El fin de semana pasa demasiado rápido. Lily y yo llevamos a Mrs. Barnes al aeropuerto el sábado por la mañana y, por primera vez en mucho tiempo, afrontamos el fin de semana sin ella. La casa se siente extraña sin su presencia. Desequilibrada. Menos mal que nos hemos zampado nuestro peso en tortitas en el *brunch* y no necesitamos comer hasta la cena, porque ya no estoy acostumbrado a cocinar. Todos los viernes saco a Lily a cenar porque es la noche libre de Mrs. Barnes.

Casi me siento aliviado cuando Cat llega el domingo por la tarde. Observo por la cámara de seguridad cómo se despide de la misma amiga que la trajo el viernes por la mañana. Luego la amiga se va y Cat la observa marcharse. No puedo leer su expresión, pero intuyo cierta aprensión cuando por fin se da la vuelta y recorre la casa con la mirada. ¿Se estaría arrepintiendo de haber aceptado el trabajo? ¿Iba a hacerme la vida mucho más fácil presentando su dimisión?

Antes de que pueda ilusionarme, se gira y empieza a caminar hacia el lateral de la casa. Piensa entrar por la verja en lugar de hacerlo por la puerta principal. Frunzo el ceño al ver cómo su silueta

se pierde en la oscuridad. No hay luces allí y la valla linda con el bosque. Great Falls es bastante segura, pero como cualquier zona acomodada, atrae su cuota de problemas oportunistas.

Antes de pensarlo dos veces, aparto la silla y salgo a su encuentro. Está abriendo la verja cuando llego y veo el estremecimiento que la recorre al darse cuenta de que hay alguien al otro lado. La asusto.

—Me has dado un susto —susurra, aferrando la correa del bolso con fuerza.

—Entra por la puerta principal de noche —digo con brusquedad. —Al menos hasta que ponga luces en esta parte de la finca.

Cat alza la barbilla.

—Prefiero usar la verja.

—Y yo prefiero que no pasees por el bosque de noche —señalo la oscuridad a su espalda y añado, demoledor: —a no ser que se te olvidara poner en el currículum que eres cinturón negro de tercer dan y puedes matar con las manos desnudas.

—Puedo cuidarme sola —replica con tozudez.

Es tan evidentemente falso que suelto una breve carcajada.

—Entra por la puerta principal de noche —repito, dándome la vuelta hacia la casa. —Y cuando tengas un minuto, pasa dentro. Quiero asegurarme de que estás lista para mañana.

Cat entra quince minutos después, con aire dubitativo mientras sube desde el sótano.

—¿Es así como…? —gesticula a sus espaldas.

—Ahora eres miembro de esta casa. Puedes entrar por la puerta que quieras.

—Pero no por la verja lateral.

—No. De noche no.

No entiendo por qué está siendo tan obstinada con esto. Es una cuestión de seguridad. Quizá se ha confiado por el hecho de que estamos aislados y bien protegidos, pero mis vecinos y yo tenemos estos sistemas por una razón. La riqueza no equivale a seguridad; a veces es lo contrario.

—¡Hola, Cat! —saluda Lily con alegría, irrumpiendo en la habitación. Está tan aliviada como yo de tener a alguien más con

nosotros. Por muy unidos que estemos, la casa es demasiado grande para estar solos los dos. Antes de que me dé cuenta, ambas desaparecen escaleras arriba para ver la habitación de Lily y me quedo en la cocina vacía. Me pongo a fregar los platos de la cena—pizza recalentada—intentando averiguar por qué estoy tan irritado. Debería alegrarme de que Lily estuviera tan contenta con Cat, y lo estaba. No quiero a Cat merodeando por la casa; quiero asegurarme de que conoce el horario de Lily y mis expectativas y luego mandarla a lo suyo.

Pasa una hora antes de que Cat baje de nuevo. Desde mi despacho oigo sus pasos por la escalera. Entra en la cocina y, al encontrarla vacía, se acerca hacia la parte delantera de la casa donde me localiza.

—Hola, ¿querías hablar conmigo sobre mañana?

Me esfuerzo por componer una expresión que parezca amable. No es culpa de Cat que esté cuarenta años por debajo de mi candidata ideal. Y no es culpa suya que me resulte más atractiva de lo que quiero. Hoy lleva vaqueros y camiseta, el pelo en su habitual coleta. Ella no está haciendo nada para que me pregunte cómo se vería su melena si le quitara la goma; eso es cosa mía.

—Solo quiero asegurarme de que no tienes dudas —digo. —¿Tienes las llaves del Subaru? ¿Sabes a qué hora empieza el colegio de Lily y cómo llegar? ¿A qué hora recogerla?

Cat asiente.

—Pasé un día de prácticas con Mrs. Barnes la semana pasada. Sé cómo funcionan la entrega y la recogida. Sé que tiene ballet los martes después del colegio. Sé que el viernes tiene "muéstralo y cuéntalo" y que el sábado por la tarde tiene una fiesta de cumpleaños.

—Genial —respondo, procurando que no se note que ahora mismo ella conoce mejor la agenda de mi hija que yo. —¿Y tienes mi número guardado por si hay una emergencia?

Asiente, pero sus ojos se desvían.

—¿De verdad? —exijo. Saco mi teléfono y busco su contacto. —Déjame ver tu móvil.

Lleva la mano protectora al bolsillo delantero donde se ve la silueta del dispositivo.

—Lo tengo —insiste, pero sus mejillas se tiñen de rojo.

—Señorita Bowen, prefiero que admitas que no tienes mi número y lo guardes ahora a que no puedas localizarme cuando lo necesites —espeto. La llamo y aguardo, la mano extendida.

Cat saca lentamente el móvil del bolsillo y asiente hacia la pantalla sin dejármela ver.

—Ya está.

—Déjame ver —repito impaciente. Cristo, ¿qué tiene esto de difícil? Una cosa es meter la pata al no guardar el número cuando estás a punto de convertirte en la principal cuidadora de mi hija, pero los errores ocurren.

Cat tiene las mejillas encendidas y mira al techo cuando por fin pone su teléfono en mi mano.

—Ahí —dice entre dientes, —¿ahora me crees?

Miro hacia abajo y compruebo que, efectivamente, ha guardado mi número.

Bajo el nombre de «David Papá Sexy King».

CAPÍTULO 9

CAT



Si no moría de vergüenza, iba a matar a Alyssa. Ella había sido quien guardó su número en mi móvil, junto con la larga lista de otros números que Mrs. Barnes me había dado. El colegio de Lily, sus clases, los padres de sus mejores amigas, su pediatra, su dentista. Me lo había enseñado y se había reído, y yo había dicho: «Dios mío, Alyssa, cambia eso ahora mismo. ¿Y si lo ve él o Lily?»

Por lo visto, no lo había cambiado, porque cuando saqué el teléfono del bolsillo, se cumplió mi peor pesadilla. Allí, en letras bien grandes en la pantalla, aparecían las palabras *David Papá Sexy King* con la foto que Alyssa encontró en la web de su empresa. Y el original estaba sentado delante de mí, con el ceño cada vez más fruncido a cada segundo que yo tardaba en reaccionar.

Sin saber qué otra cosa hacer, dejé caer al fin mi móvil en su mano extendida y levanté los ojos al techo, negándome a mirarle.

Hubo un largo y horrible silencio.

—Veo que me equivocaba —dijo por fin David, con una voz completamente carente de emoción. —Sí que tienes mi número guardado.

—Mi mejor amiga lo hizo como una broma —le expliqué al techo. —Porque así te llaman en el restaurante. Cuando entrabas todos los viernes era algo como: «Papá sexy en la mesa 42».

Dios, sonaba peor cuanto más lo explicaba. Necesitaba salir de allí, matar a Alyssa, dormir bien y olvidar que esto había pasado. Me arriesgué a mirarlo de nuevo, esperando encontrar al menos un

amago de sonrisa, algo parecido a diversión, lo que fuera. Pero su cara era tan inescrutable como el granito.

—Era una *broma* —subrayé otra vez y recuperé el móvil.

—Lo sé —David no sonaba enfadado, pero se inclinó hacia delante en la silla, clavándome una mirada intensa. —Pero sabes que Lily sabe leer, ¿verdad? ¿Cómo le explicarías esa broma si la viera?

—No la verá —murmuré, desbloqueando el teléfono y cambiándolo allí mismo. Lo arreglé y levanté la pantalla para que lo comprobara.

En el breve instante en que apartó los ojos de mi cara para mirar el móvil, sentí que se me quitaba un peso del pecho. Tan solo la fuerza de su mirada me había dificultado respirar. Ahora volvía a entrar oxígeno en mi cerebro y pude ver la situación a través de sus ojos.

Estaba a punto de mudarme a su casa, conducir su coche, ser la única responsable del bienestar de su hija… y había sido tan inmadura como para tenerle guardado como *Papá Sexy* en el móvil. —Lo siento —dije en voz baja. —Ha sido poco profesional y, aunque no lo creas, muy fuera de mi carácter.

David volvió a mirarme, y de inmediato volvió a faltarme el aire. Parecía buscar algo y yo sostuve el contacto visual, esperando que lo encontrara. Finalmente asintió imperceptiblemente y se recostó.

—Te creo —dijo. —Te he visto trabajar, ¿recuerdas? Y tus referencias de Little Tykes eran impecables. No habría dejado que Mrs. Barnes… no te habría contratado de haber tenido alguna duda.

No pasé por alto su desliz. Confirmaba lo que sospechaba: que Mrs. Barnes me había elegido y de alguna forma le había convencido de darme una oportunidad. Él no había querido. No podía estar equivocada respecto a nuestra primera entrevista. Abrí la boca para asegurarle que cuidaría de Lily tan bien que no tendría que preocuparse más por ningún desliz, pero antes de que pudiera hablar, David continuó.

—Creo que no hace falta decirlo, Cat, pero eres mi empleada. Y hay líneas que no cruzo. Nunca. Sobre todo cuando podrían afectar a mi hija.

Esperé a que la ola de vergüenza me aplastara la cabeza. Llevaba allí una hora y ya mi jefe sentía la necesidad de explicarme que nunca podría ser mi novio. Pero la ola no llegó, y fue por la forma en que lo dijo. No había condescendencia ni reprimenda en su voz.

Quizá fuera una loca, pero creí oír un matiz de *lástima*.

Le miré a los ojos verdes oscuros y asentí para mostrar que lo entendía. Consideré mentir y decirle que tenía novio, pero algo me detuvo. No quería mentirle. No quería que pensara que había alguien más.

Quería que lamentara no poder cruzar esas líneas.



Mi primera semana como niñera de Lily fue estresante por varias razones. Para empezar, me costaba conciliar el sueño. Estaba acostumbrada a hacerlo con la sinfonía de la vida en un suburbio concurrido: el zumbido constante de los coches a lo lejos, el chillido ocasional de los frenos, el rugido de carreras clandestinas a medianoche, el sonido de chicas volviendo tarde de fiesta, voces apagadas y risas agudas.

Aquí, en este pequeño paraíso de Great Falls, solo había el murmullo suave del bosque y el ladrido esporádico de un perro en la distancia para arrullarme. Y no funcionaba. La primera noche di vueltas y más vueltas, reproduciendo una y otra vez en mi cabeza la expresión de David al ver su apodo en mi móvil. Cómo sus ojos se habían alzado, ominosos, para encontrarse con los míos.

Tendría que haberme intimidado.

Me *intimidaba*, sí. Pero, por encima de eso, me intrigaba. Intenté sonsacarle a Mrs. Barnes algo sobre su vida sentimental preguntándole si había más habituales en la casa.

—Nunca —me respondió.

Pero no la creí. Con esos ojos no necesitaba ni un dólar para que las mujeres corrieran tras él. Y con su dinero, podría haber sido un

ogro y aun así vendrían. La combinación de esa belleza implacable y su riqueza era demasiado potente para que durmiera solo. Decidí que simplemente se le daba muy bien ocultárselo a Mrs. Barnes, lo cual tenía sentido, porque se lo ocultaría también a Lily.

Me quedé dormida imaginando qué tipo de mujeres se escabullían dentro y fuera de la casa de David.

Me desperté al frenético ritmo de la agenda de Lily.

Lily asistía a un colegio privado que, según había visto en Internet, costaba cuarenta mil al año. Aunque no lo supiera con certeza, lo habría adivinado. El colegio estaba en un pequeño campus a unos diez minutos de la casa y no se parecía en nada al público al que yo había ido en Reston. Parecía arrancado de la campiña inglesa, con sus muros de ladrillo cubiertos de hiedra, pero por dentro era totalmente moderno, equipado con la clase de tecnología que se ve en una película de Marvel. Aulas acogedoras, algunas con chimenea, albergaban entre seis y ocho niños. Los alumnos llevaban uniforme, y los padres que los dejaban iban vestidos de punta en blanco aunque apenas fueran las ocho de la mañana. Me alegré de haber hecho el ensayo con Mrs. Barnes la semana anterior para saber que no podía presentarme con menos de una blusa decente y la cara maquillada.

Mientras Lily estaba en clase, yo volvía a la casa —aún me costaba pensar en ella como mi hogar— y trataba de descifrar la web del colegio, a la que ahora tenía acceso. Allí podía consultar todas las asignaturas, tareas y notas de Lily. Mrs. Barnes me había dicho que Lily se las arreglaba bien para llevar su trabajo al día, pero que ella siempre se aseguraba de conocer los plazos para poder ayudar.

Navegando por el portal ParentVue, no podía creer que estuviera revisando la carga lectiva de una niña de segundo de primaria. No recordaba tan atrás, pero estaba bastante segura de que la palabra *polinomio* no aparecía en mis deberes de matemáticas.

Después de recogerla el martes, fuimos directamente a clases de ballet. Llevaba una mochila rosa para acordarse de que dentro estaban el maillot, las medias y las zapatillas. Después de ballet, volvimos a casa y nos sentamos en la mesa de la cocina para que

pudiera desplegar sus carpetas mientras yo le preparaba la merienda.

—Esto es mucho trabajo, peque —dije cuando terminé. Costaba encontrar un hueco para el plato: la colección de carpetas de colores ocupaba toda la mesa.

—Es hora punta —explicó Lily distraída, rascándose la nariz y abriendo primero la carpeta roja.

Me atraganté de la risa. —¿Qué has dicho?

—Hora punta —repitió, lanzándome una mirada curiosa. —Ya sabes, cuando estás muy ocupada porque se acerca una fecha límite.

—Sé lo que es; solo que nunca había pensado que el final de segundo de primaria fuera hora punta. —Rodeé la mesa para sentarme a su lado, intrigada por lo que tenía que crujir en la carpeta roja. Me decepcionó ver que era matemáticas y que, efectivamente, los polinomios estaban implicados. —Eh, ¿Mrs. Barnes solía ayudarte con los deberes, Lil?

—Solo con inglés, sociales y ciencias; mi papá ayuda con mates. —Lily me sonrió como si supiera por qué preguntaba.

Abrí la carpeta naranja y suspiré aliviada al ver trabajo de inglés apropiadamente básico. Lo mismo con sociales y ciencias, aunque necesitaría algunos tutoriales de la web para la parte de ciencias. —¿Eres algún tipo de prodigio de las mates, chiquilla? —le di un codazo. —Estoy casi segura de que a tu edad yo seguía sumando dos más dos.

—Flintrose no es un cole cualquiera.

El sonido de la voz de David en la entrada de la cocina me sobresaltó, aunque Lily claramente le había oído venir. Ya tenía un examen corregido en la mano y se lo giraba orgullosa. A través del papel se distinguía un *98 % —¡Estupendo trabajo, Lily!* escrito en grande.

David, sin embargo, frunció el ceño. Tomó el papel y localizó el ejercicio en el que había fallado.

—Lily, perdiste estos dos puntos porque te olvidaste de hacer una parte del problema, no porque no supieras.

—Lo sé —dijo ella, y su cara pasó de orgullosa a contrariada.

La indignación me subió al pecho. —Pero aun así lo ha hecho de maravilla. —Señalé las palabras en morado oscuro por si necesitaba pruebas.

—En el 98 % —respondió David con desdén. Me lanzó una mirada dura, para callarme, pero me negué a hacerlo.

—En mates que yo no vi hasta, no sé, segundo de bachillerato —repliqué, sosteniéndole la mirada. Odiaba cómo a Lily se le había borrado la sonrisa de orgullo. Y peor aún, que no fuera por la reacción de él —que era alucinante, —sino por ella misma.

—Como he dicho, Flintrose no es un colegio cualquiera y Lily no es una alumna cualquiera.

—Voy a cambiarme —anunció Lily, deslizándose fuera de la silla.

David y yo nos quedamos en la cocina, atrapados en un pulso de voluntades.

—Puede que Lily no sea una alumna cualquiera, pero sigue teniendo siete años.

—Sé la edad que tiene mi hija, Catherine.

—Entonces ¿por qué esperas que actúe como si tuviera el doble, *David*? —Era la primera vez que usaba su nombre. No me resultaba del todo cómodo, pero me negaba a agravar aún más la dinámica de poder entre nosotros llamándole señor King.

Sus ojos verde oscuro titilaron y apretó la boca. Me alegraba de que la mesa nos separase. No porque le tuviera miedo, sino porque la tensión en la habitación iba en aumento y tener algo sólido en medio evitaba que me pusiera cara a cara con él. Y era lo bastante lista para saber que eso era bueno.

Aunque hubiera ido a un colegio *normalito*.

—Te contraté para cuidar de mi hija como yo te diga que la cuides, no para cuestionar cómo la educo —dijo David. Su voz era una advertencia sedosa que dejaba claro que debía echarme atrás.

Cuadré los hombros y levanté la barbilla, deseando haberme puesto de pie cuando lo hizo Lily. Él era tan alto y tan imponente, sobre todo estando yo todavía sentada detrás de aquella colección de carpetas. —Me contrataste para cuidar de Lily como si fuera mía. Yo no permitiría que alguien hiciera sentir mal a *mi* hija por perder dos puntos en un examen muy por encima de su nivel.

David negó con la cabeza, un movimiento seco. —No, Catherine. Te contraté para que la cuidaras como si fuera *mía*. No te confundas sobre lo que es mío y lo que no en esta casa. *Todo* es mío.

Abrí la boca para replicar, pero no había terminado.

—*Todo.* Incluida tú.

CAPÍTULO 10

DAVID



Hacía mucho tiempo que nadie me plantaba cara. Conforme Cat persistía mucho más allá de donde cualquier persona sensata se habría detenido, recordé por qué la gente había aprendido la lección. Me jodía muchísimo. Me hervía la sangre. Mi mente se desviaba de cualquier otra prioridad hacia un plan de cinco pasos para destrozar su argumento y, tal vez después, su carrera.

Pero con Cat era distinto. Estaba furioso; el calor me subía por el pecho y amenazaba con nublarme la cabeza, pero no quería destruirla. Quería callarla, sí, pero no con una lógica fría y brutal. Apenas oía lo que decía; solo podía mirar sus labios mientras formaban las palabras.

Y una vocecilla razonable susurraba al fondo de mi mente: *Esto ha sido una mala idea*. Lo sabía desde el principio. No era porque Cat fuera hermosa; trabajaba con mujeres hermosas todo el tiempo. El mundo estaba lleno de ellas. Era porque, por alguna razón absurda, me atraía su tipo particular de belleza. Ojos de cierva que se volvían suaves y amables cuando miraba a Lily y se entrecerraban con frustración cuando me miraba a mí. Cabello caoba que parecía teñido en oro, siempre recogido en esa coleta sensata. Una boca de arco de cupido que podía pasar de la sonrisa al ceño en un instante. Era el tipo de belleza que no podía ignorar ni admirar desde lejos. Era la clase que me picaba en las palmas de las manos. Quería abarcar su nuca con la mano para comprobar si su piel era tan suave como aparentaba. Quería trazar el contorno de su labio superior con la lengua. Saborearla.

Era el tipo de belleza que quería poseer.

—Tú… —balbuceó ella, mientras un rubor le subía por las mejillas a medida que mis palabras calaban. —Tú no me posees. Soy una empleada, no un elfo doméstico.

Me encantaba verla ruborizarse así.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunté retóricamente y obtuve justo la reacción que buscaba. Me pregunté si sabía que, cuando se enfadaba, los ojos se le agrandaban y los labios le temblaban de indignación de una forma que, lejos de frenarme, me encendía todavía más.

—La diferencia es que puedo irme cuando me dé la gana —espetó Cat, levantándose de un salto.

Alcé las cejas y esperé. Parte del rubor se le evaporó del rostro al contemplar la posibilidad. Se irguió con vacilación y alzó la barbilla, y casi pude leerle la mente. Estaba a punto de marcharse por principios. La había acorralado. En efecto, había ganado. Un alivio incómodo y una punzada de decepción me invadieron a la vez. Si Cat se marchaba, me ahorraría una jodida tormenta de problemas. Pero si Cat se iba…

Lily irrumpió de nuevo en la habitación, con unos shorts, una camiseta rosa y una expresión preocupada mientras nos miraba de uno a otro.

El rostro de Cat se suavizó instintivamente al girarse hacia Lily.

—Hola, Lils —dijo, y hubo una larga pausa en la que los tres contuvimos la respiración, preguntándonos si iba a decir que no podía quedarse, que había surgido algo, que lo sentía mucho.

El labio inferior de Lily quedó atrapado entre sus dientes.

—Eh, dientes —le recordó Cat, y de pronto la tensión se rompió. Con esa simple orden volvió a ser la niñera de Lily, y ya no estaba al borde de renunciar. Se negó a mirarme, pero sonrió para tranquilizar a mi hija. —Vamos, déjame ayudarte con inglés y ciencias. Tu padre puede ayudarte luego con mates mientras yo preparo la cena.

Lily se abalanzó sobre la mesa, visiblemente aliviada. Al sentarse me lanzó una mirada que claramente decía *no lo estropees, papá*.

—Estaré en mi despacho si alguien me necesita —dije con indiferencia. —Trabajando como un elfo doméstico.

Cat alzó la cabeza ante eso, pero siguió negándose a mirarme.

Perfecto.

Ya lo arreglaríamos más tarde.



Cat me sorprendió. El resto de la semana consiguió estar en todas partes y en ninguna. Podía oírla reír con Lily mientras trabajaba en mi despacho, pero tenía un sexto sentido para saber cuándo acababa. Cada vez que entraba en una habitación, ella ya iba de salida. Se aseguraba de que Lily terminase los deberes y estuviese lista para cenar —cena que preparaba ella, —pero invariablemente se esfumaba hacia la casita de la piscina en cuanto llegaba la hora de sentarnos a la mesa.

—Puedes cenar con nosotras, ya lo sabes —le dije una de las pocas veces que la pillé de camino a la puerta. Yo estaba revisando la piscina cuando ella se deslizaba hacia fuera por el patio. —Mrs. Barnes siempre lo hacía.

—¿Es una orden? —preguntó con sarcasmo, aún dolida por mi comentario.

—Solo una invitación.

—Declinada cortésmente.

Se movió para pasar junto a mí, pero le agarré el brazo. Fue un gesto instintivo que lamenté al instante porque, aunque la frenó, también la acercó demasiado. Solté enseguida y di un paso atrás.

Cat me observó con cautela, dando su propio paso atrás.

—Esto no funciona —dije, aclarándome la garganta. —No podemos convivir en la misma casa si ni siquiera soportas estar en la misma habitación que yo.

Sus ojos avellana se abrieron indignados.

—Entonces quizá deberías dejar de esforzarte por hacerme sentir incómoda cada vez que compartimos habitación.

No podía fingir que no lo había estado haciendo; lo sabía. Era la mejor manera que se me ocurría de mantenerla a distancia. Me froté las manos, fastidiado. Era de las poquísimas situaciones en la vida en las que no sabía qué hacer.

—Esto no funciona —repetí al fin.

Cat cruzó los brazos sobre el pecho, creando involuntariamente un escote en el modesto cuello en V de su camiseta.

—Si intentas que renuncie, no va a funcionar. Tendrás que despedirme para que al menos pueda cobrar el paro mientras decido qué hacer.

—Pues no voy a despedirte porque Lily me mataría —repliqué, —así que tendrás que dimitir tú.

Negó con testarudez.

—No va a pasar.

—Entonces tendremos que aprender a estar en la misma habitación, Catherine. Empecemos por la cena.

Entré en la casa antes de que pudiera discutir. No tenía ni idea de si pensaba unirse. Cuando apareció en lo alto de las escaleras del sótano, con la coleta de siempre y la barbilla alzada, tuve que esconder la sonrisa. Se lo tomaría como un triunfo, la señal de que podía ordenarle lo que quisiera y ella aguantaría.

—¡Cat! —exclamó Lily. —¿Vas a cenar con nosotras?

—Sí, esta noche —concedió. Recalcó *esta noche* y yo lo pasé por alto adrede.

Nos sentamos a cenar: ella y yo frente a frente, con Lily entre los dos. Cat se esforzó por hablar solo con y a través de mi hija, pero no podía ignorarme cuando le hacía preguntas directas, y me aseguré de hacer muchas.

En un momento dado se rió para encubrir su irritación y dijo:

—Me siento como si estuviera en otra entrevista.

Después de cenar, Lily subió a ducharse y a prepararse para dormir, y Cat dijo:

—Yo friego.

Comenzó a recoger los platos, pero me adelanté con el mío.

—Te ayudo.

Visiblemente frustrada, llevó el suyo y el de Lily al fregadero.

—Gracias —musitó cuando dejé el mío junto a los demás. —Yo me apaño.

De forma perversa, me quedé donde estaba.

—Yo lavo y tú secas.

Cat lanzó una mirada hacia la entrada de la cocina para asegurarse de que Lily no estuviera escuchando, y luego se quitó los guantes. Alzó la barbilla y dijo con brusquedad:

—No quiero tu ayuda.

—Entonces dimite.

—No voy *a* dimitir. —Por primera vez en días me miraba directamente, y se estaba formando una tormenta en esos ojos avellana.

—Entonces seca —dije, invadiendo su espacio hasta obligarla a apartarse del fregadero para no rozarme.

Lavamos y secamos los platos en un silencio tan denso que casi se podía tocar. El único sonido era el correr del agua y el tintinear de la porcelana y el metal. Ella se cuidó mucho de que nuestros dedos no se rozaran mientras le pasaba plato tras plato. Al final, su expresión rezumaba sublevación y a mí me dieron ganas de reír.

—Dile a Lily que le he dado las buenas noches —dijo con frialdad, secándose las manos y colgando el paño en su sitio.

—¿Qué? ¿No hay últimas palabras para mí? —No pude evitar provocarla. Había algo perversamente satisfactorio en cabrearla, en empujarla al límite de renunciar. Me decepcionaría que lo hiciera, pero quizá sería lo mejor para todos.

—No —respondió Cat, y desapareció escaleras abajo hacia el sótano.

Me acerqué a la puerta corredera que da a la terraza de la piscina y la observé mientras cruzaba bajo la plataforma y bordeaba el agua. La luz azul ondulante la hacía parecer una nadadora en mitad de la oscuridad. Había sombras profundas alrededor de la puerta de la casita de la piscina y tomé nota mental de instalar una luz.

Mientras pensaba en ello, ella se volvió. Tal vez creyó que no podía verla en aquel pozo de oscuridad, pero yo sí podía. Y sabía

que ella me veía, porque no me había molestado en apagar la luz de la cocina.

Nos quedamos mirándonos, con algo sin palabras flotando entre los dos.

CAPÍTULO 11

CAT



A finales de la segunda semana, estoy agotada por culpa de Lily. No entiendo cómo consigue mantener semejante ritmo implacable. El horario es el mismo de lunes a jueves —colegio, alguna actividad, merienda, deberes, cena y, cuando te das cuenta, casi es hora de irse a la cama. —El viernes es distinto: no tiene actividad después del colegio y David la lleva a cenar porque yo disfruto de la noche libre. El sábado toca clase de natación por la mañana y lecciones de mandarín por la tarde. Después del mandarín, quedo fuera de servicio hasta el lunes por la mañana, aunque sé que ella y David reciben clases particulares de tenis en su club los domingos.

Es un calendario agotador para cualquiera, y más aún para una niña de siete años.

Mientras conduzco de vuelta a casa, la escucho repasar con la mirada clavada en su *tablet* en lugar de perderse en la ventanilla, como habría hecho yo de niña. Cuando me caza lanzándole miradas furtivas por el retrovisor, me regala su sonrisa más dulce, aunque juro que hay sombras azuladas bajo sus enormes ojos verdes.

—¿Estás cansada, Lils?

Se encoge de hombros, como si no estuviera segura. ¿Está previsto cansarse? ¿Es siquiera una opción?

—¿Qué vas a hacer esta noche? —paso a una pregunta más fácil.

—Fiesta de pijamas —responde casi sin inflexión, —como si fuera otro punto más en su lista de tareas. Intento no reírme al oír a una niña de siete años mostrarse tan indiferente ante la idea de una fiesta, pero fracaso.

Mi carcajada le arranca a Lily una leve sonrisa, aunque no entienda por qué me río. Deja la *tablet* y espera a que la ponga al corriente. Como no digo nada, pregunta:

—¿Por qué te ríes?

—Es que me resulta gracioso —intento explicar—; normalmente los niños se emocionan con las fiestas de pijamas.

—Sí que me emociono —dice, y las comisuras de sus labios se curvan. —Solo que… no me gusta la madre de mi amiga; es rara.

Se me encienden todas las alarmas.

—¿Cómo que rara?

Lily se remueve y mira por la ventanilla.

—Siempre se queda demasiado tiempo después de dejar a Mackenzie y trae botellas de vino y le pide a mi padre que las abra. Entonces él se pone muy gruñón y dice que tiene que trabajar.

No puedo evitar soltar otra carcajada. Yo, preocupada, pensando si aquella mujer era algún tipo de depredadora. Bueno, lo era, pero su presa era David, y eso me parecía estupendo. Él podía defenderse. Aplasto un conato de celos y sonrío, disfrutando de la idea de que Mackenzie y su madre, armadas con vino, lo persigan hasta hacerlo esconderse.

—¿De qué te ríes ahora? —pregunta Lily, exasperada.

—De nada, Lils; es que… apuesto a que eso le pasa mucho.

Asiente y apoya la frente en el cristal. Después suspira dramáticamente:

—Todas quieren ser mi nueva madre.

No puedo evitarlo; suelto otra carcajada. Esta vez Lily se ríe también.

—Quieren —insiste.

—Te creo.

Seguimos riendo cuando llegamos a la casa. David, que aguarda en la entrada, me lanza una mirada interrogante.

—Hablamos de su fiesta de pijamas —explico, entregándole su *Saturday backpack* —una cosa que no debería existir, si me preguntáis a mí. —Está muy ilusionada.

David se cuelga la pequeña mochila rosa; las correas resultan ridículamente cortas para sus hombros musculosos. Su gesto ya

serio se frunce todavía más.

—Lo había olvidado.

—Apuesto a que la madre de Mackenzie no —no puedo evitar provocarlo.

Sus ojos se clavan en los míos con brusquedad, pero yo ya me alejo. A partir de ahora, estoy oficialmente fuera de servicio.



Lo primero que hago al volver a la casita de la piscina es echarme una siesta. Aunque Lily no la necesita, yo sí. La semana ha sido agotadora. Su calendario es una trituradora, y las interacciones con su padre, aún más. Con todo, me alegra haberle lanzado esa última pulla. Cualquier reproche posterior compensa con tal de ver sorpresa en esos ojos esmeralda en lugar de burla y condescendencia.

Duermo una buena siesta y, al despertar, dispongo de una hora para arreglarme antes de encontrarme con Alyssa y unas amigas de la universidad en Old Town Alexandria. Celebramos varias cosas —mi trabajo, el nuevo piso de Alyssa y el ascenso de otra amiga— y estoy deseando salir. Llevo meses sin sentir que tengo tiempo ni dinero suficientes para salir de verdad y, después de vivir al ritmo de Lily unos días, necesito este respiro.

Invierto la hora entera en arreglarme. Me quedo bajo el agua caliente hasta que se agota y luego me seco el pelo con secador. El pelo siempre se me ondula, y hoy recurro a la tenacilla en vez de alisarlo. Después reviso mi ropa de salir, olvidada durante demasiado tiempo. La mayoría es de la época de la universidad y ya no va conmigo, pero encuentro un vestido negro sencillo de tirantes, perfecto para el buen tiempo. Mientras me miro en el espejo, no puedo evitar preguntarme qué pensará David. Ya me ha visto con el uniforme, con los vaqueros y las blusas que uso para llevar a Lily de un sitio a otro y, por supuesto, aquella vez horrible en que me pilló

con ropa de deporte, sudando a mares mientras movía cajas. Pero nunca me ha visto cuando *me* esmero.

Me tomo mi tiempo con el maquillaje: rizador de pestañas y varias capas de máscara para que mis ojos azul celeste parezcan aún más grandes. Me pongo pintalabios, luego lo retiro y opto por brillo. Quizá porque llevo tiempo sin arreglarme así, me siento bien. No tan espectacular como Alyssa con su impresionante melena roja, pero sí lo bastante guapa.

Como para que alguien me invitara a una copa.

Pruebo unas sandalias de tacón y enseguida las cambio por unas planas. No quiero parecer que me esfuerzo demasiado —aunque procuro no pensar en quién podría verme y hacerse una idea. —A mis amigas les da igual —unas irán en vaqueros, otras en lentejuelas—; puedo ponerme lo que sea y encajaré.

Aun así, mis pensamientos vuelven a David.

Mientras compruebo que móvil, tarjeta, DNI y llaves quepan en mi minibolso, me pregunto cómo será la madre de Mackenzie. Ojalá sea de esas mujeres que se rellenan los labios hasta dejarlos enormes y brillantes y llevan extensiones de pestañas hasta las cejas; por alguna razón, siento que ese no es el tipo de David.

¿Y cuál crees que es su tipo? me increpa una vocecilla.

Pero incluso al permitirme pensarlo, tengo que preguntarme si estoy loca por creer que existe tensión sexual entre David y yo. Quizá solo sea tensión, y de la que debería preocuparme si me interesa conservar el trabajo. Tal vez yo sea igual de evidente a mi manera y, por tanto, tan irritante para él como la madre de Mackenzie.

Dios, es agotador. El *pinball* emocional de pensar en David me zarandea de un lado a otro. Al salir por la puerta principal de la casita de la piscina y cerrarla, me hago una firme promesa: esta noche no hablaré de él. No obligaré a mis amigas a decirme lo que ya sé: que estoy loca por siquiera pensarlo; al fin y al cabo, es mi jefe.

No, aún mejor —me digo con determinación: —esta noche encontraré a alguien que me haga dejar de pensar en él.

Y entonces mi vida será mucho más sencilla.

CAPÍTULO 12

DAVID



Miro hacia la piscina cuando se abre la puerta principal de Cat. Lleva un minivestido negro que alarga aún más sus piernas y, por una vez, luce el pelo suelto. Parece… distinta. Las ondas castaño dorado le caen por la espalda. Su piel, en brazos y piernas, brilla color miel, como si hubiera pasado el verano tumbada al sol junto a la piscina, aunque todavía estamos a mediados de mayo. La observo mientras abre la cancela y se escabulle, lanzando una mirada por encima del hombro para asegurarse de que nadie la vea. Mira directamente hacia mí, pero, por la inclinación del sol, dudo que pueda distinguirme tras el cristal.

Yo, en cambio, la veo con toda claridad; está arreglada para salir esta noche. ¿Una cita? Aprieto los puños dentro de los bolsillos. Más le vale no volver con ningún niñato de fraternidad. No incluí nada en el contrato sobre invitados nocturnos, pero aún está en periodo de prueba. No necesito un motivo para despedirla.

Le doy demasiadas vueltas a dónde irá y con quién se encontrará, más de las que quiero admitir. Quince minutos después, casi me siento aliviado cuando Melissa aparece con Mackenzie, cargando una botella de vino.

Casi.

—Guau —dice Lily, mirándola de arriba abajo. —¿Vas a una fiesta?

—Sí, a una *fiesta de pijamas* —se ríe Melissa y me guiña un ojo. Intenta averiguar si me prestaría a convertir la broma en realidad.

Sonrío sin comprometerme. Melissa me cae bastante bien. Tiene una mente afilada como un bisturí y destaca en su trabajo como

CFO de una *tech*; dos cualidades que valoro muy por encima de su físico, que esta noche luce a conciencia. Está impresionante. Debería sentirme tentado, pero no lo estoy. Ni un ápice. Cojo la botella sin ofrecerme a abrirla e ignoro el destello de decepción en sus ojos. Todo indica que quiere que le pida que se quede, pero, en cuanto Lily y Mackenzie escapan escaleras arriba, alego educadamente que tengo que trabajar.

—Trabajas demasiado, David. Es sábado por la noche.

Le dedico una sonrisa autocrítica.

—Informes trimestrales.

Sonríe para disimular la decepción y se marcha sin complicar las cosas más de lo necesario, y eso lo aprecio en Melissa. No le da reparo dejar claro que le intereso, pero no se pasa de la raya. Los dos sabemos que nunca saldremos juntos: no merece la pena intentarlo y complicaría la relación entre Lily y Mackenzie cuando, inevitablemente, todo se vaya al traste.

Así que paso la velada pensando en otra situación que complicará la vida de Lily y acabará, irremediablemente, en desastre. Cat no debería ser tan jodidamente atractiva con ese pelo siempre recogido en coleta y esos comentarios pasivo-agresivos tan irritantes. No me gusta la gente que me desafía. Prefiero a quienes entienden que sé lo que hago o se apartan de mi camino, especialmente en lo referente a la crianza de Lily.

A pesar de su belleza, Cat no cumple ni uno solo de los requisitos que busco en una mujer… salvo que no consigo sacármela de la cabeza. Es casi como una enfermedad, un resfriado que no termina de curarse. Creo que ya lo he superado y, de pronto, vuelve el picor en la garganta. Se lo achaco a una reacción extraña al hecho de ver que Lily la adora, pero Lily también adora a la señora Barnes y jamás me he preguntado qué lleva la señora Barnes bajo el vestido.

A las nueve paso a ver a las niñas y les doy treinta minutos de aviso para apagar las luces; luego salgo a sentarme en la terraza. Ha sido un día caluroso para ser mayo, pero la noche empieza a refrescar. Lo necesito para despejarme, aunque no estoy seguro de conseguirlo, empeñado como estoy en vigilar la casita de la piscina y preguntarme dónde estará Cat.

Pienso en los locales a los que iba con veintitantos y me maldigo por ello. No necesito imaginar a Cat en algún bar pijo insoportable donde los tíos apestan a Axe y presumen de su plaza de becarios en el fondo de inversión de su tío. Tampoco necesito imaginármela *en ningún sitio*, y menos con esos brazos ajenos rodeándole el cuello, ciñéndole la cintura, invitándola a copas.

Quizá seguiría devanándome los sesos, pero la puerta corredera a mi espalda chirría al abrirse. Lo primero que pienso es que Cat ha vuelto pronto. Habrá entrado por la puerta principal, como le pedí, y ahora se dirige a la casita. Se habrá aburrido. Habrá descubierto que esos capullos no merecen la pena. Una satisfacción salvaje me invade, pero, al instante siguiente, me desengaño.

—¿Papi? —pregunta Lily con cautela. —Ha pasado una hora.

—¿Qué? No, no ha pasado —respondo. Un vistazo rápido al móvil me demuestra que tiene razón. He perdido la noción del tiempo, aquí fuera, dándole vueltas a la cabeza. Cualquier otro crío lo habría dejado pasar, pero Lily vive pegada a un horario. Seguro que Mackenzie ha tenido que darle un empujoncito para impedir que saliera a buscarme antes.

A regañadientes, devuelvo la mente al presente. Cat sigue por ahí haciendo vete tú a saber qué coño, pero tengo que concentrarme.

Espero en el pasillo mientras Mackenzie y Lily se cepillan los dientes; luego las sigo hasta la habitación de Lily, donde comparten la cama-castillo.

—¿Ya sois demasiado mayores para la hora del cuento? —pregunto.

Mackenzie asiente —esa cría siempre intenta crecer demasiado deprisa, —pero Lily niega con la cabeza y señala su libro favorito.

—*The Paper Bag Princess* —leo, mostrándoles la portada.

—Es un cuento de bebés —protesta Mackenzie con un mohín.

—Matar dragones no es cosa de bebés —corrijo. —Es para niñas de siete camino de ocho años, así que es el cuento perfecto para vosotras.

Mackenzie pone los ojos en blanco, pero enseguida se apoya en un codo para ver las ilustraciones mientras se las enseño. Cuando la

princesa vive feliz para siempre sin su príncipe, cierro el libro y apago la luz.

—A dormir —advierto. —Mañana tienes equipo de natación, Lily.

Oigo a Mackenzie susurrar:

—Siempre tienes equipo de natación por la mañana.

—No, no siempre —responde Lily, también en un susurro. —Tengo ballet, bádminton, mandarín, tenis y natación en distintos días.

Cierro la puerta, sabiendo que Mackenzie intentará convencer a mi hija de quedarse despierta toda la noche, pero también que Lily caerá rendida en menos de una hora. Abajo, voy directo al despacho para adelantar algo de trabajo. A pesar de pasar un tiempo récord en el escritorio desde que Cat se mudó, sigo atrasado. No me concentro como antes, cuando la señora Barnes estaba aquí. Quiero fingir que es porque confío plenamente en ella para cuidar de mi hija, pero sé que no es eso: la señora Barnes no me distrae. Nunca me pregunto qué trama tras su mirada entrecerrada ni qué hará cuando no está.

Exactamente lo que hace ahora, impidiéndome avanzar. Con un gruñido de frustración, desisto y voy a la cocina a abrir la botella de vino que ha traído Melissa. Ni me molesto en mirar la etiqueta; sé que será bueno. Tiene el paladar de una sumiller y el presupuesto de una reina. Me sirvo una copa y salgo de nuevo a la terraza. Siempre vengo aquí para relajarme. Hay algo en la luz azulada de la piscina y en los sonidos del bosque nocturno que me deshace los nudos de los hombros. Los ruedo hacia atrás mientras sorbo el vino.

Casi estoy relajado cuando, tan bajo que apenas lo oigo, chirría la cancela lateral. Me incorporo, los dedos deslizándose hacia el móvil. Tengo una pistola guardada bajo llave, por si acaso, pero prefiero que se encargue la policía.

Pero *resulta* ser una chica esbelta con un vestido negro que se funde con la noche. Solo su pelo castaño dorado y su piel de miel la delatan.

La irritación me recorre mientras bajo las escaleras, decidido a recordarle las normas.

Olvidando la que me impuse a mí mismo: no acercarme a Cat cuando estemos a solas.

CAPÍTULO 13

CAT



El pesado golpeteo de los pasos de David sobre los peldaños de madera retumba como disparos. Doy un brinco; el corazón se me trastabilla en el pecho. No se calma cuando comprendo de qué se trata aquel ruido. Al contrario, se acelera todavía más.

Avanza rodeando la piscina. La luz azulada del agua proyecta sombras sobre su rostro, afila sus pómulos y hace que sus ojos reluzcan con un brillo aún más peligroso.

—Catherine —dice, —creía haber dejado claras las normas: no entres por esa cancela lateral por la noche.

Se me tensa la espalda al instante. No importa que sea mi jefe y el hombre más despiadadamente atractivo que he visto jamás. Nadie me habla como a una cría.

—Entraré y saldré por la puerta que me dé la gana —suelto con firmeza—; debería poder llegar tarde sin preocuparme de despertarte a ti y a Lily.

David sigue avanzando; solo aminora el paso cuando está a escasos metros.

—A partir de ahora entrarás y saldrás por la puerta principal, o mandaré poner un candado en la valla para que no tengas opción.

Me quedo boquiabierta. Seguro que bromea, pero su expresión me dice que habla completamente en serio.

—Creo que eso infringe la normativa contra incendios —atino a decir.

Su sonrisa es cortante.

—Pagaré la multa.

Dios, y sé que lo haría, además. Para eso sirve el dinero: convierte casi todo en legal, solo que a un precio que la mayoría no podemos pagar. Me enfurece y me amarga al mismo tiempo.

—No soy una prisionera, David —arremeto, doy un paso hacia él y elimino la distancia entre ambos. Tengo los puños cerrados a la altura de la cintura y siento que me brotan chispas de los ojos. No es justo, esa disparidad entre él y yo. Una cosa es fijar las condiciones de mi empleo, pero otra muy distinta ordenarme por qué puerta entrar.

—No, eres mi responsabilidad —responde sin retroceder; ya casi nos rozamos los pies, algo que tampoco esperaba.

—*No*, soy tu empleada, de lunes a sábado por la tarde —alzo la barbilla, —y desde el sábado por la tarde hasta el domingo por la noche no soy *asunto tuyo*.

El rostro de David cambia mientras me mira desde arriba. Al principio es duro como el granito, pero poco a poco su expresión se vuelve perpleja, como si no supiera qué hacer conmigo.

—Eres asunto mío los siete días de la semana, porque si alguien sale de ese bosque y te rodea el cuello con un brazo, te arrastrará dentro de nuevo…

Para mi sorpresa, levanta la mano y desliza el índice por el centro de mi garganta, como si quisiera demostrar lo frágil que soy. Luego extiende los dedos hasta abarcar mi clavícula. El corazón me retumba en el pecho, pero el aliento se me corta por completo. Nunca me ha tocado antes. Ahora sé por qué. Su contacto es eléctrico. Peligroso. Con unas manos así, tengo que ir con cuidado; a una chica le entran ganas de sentirlas por todo el cuerpo.

Al menos, a *esta* chica se le antojan.

—Tendré que buscarle una nueva niñera a Lily.

Al principio mi cerebro está demasiado revuelto para comprender sus palabras, pero poco a poco el significado se asienta. No está preocupado por mí; le preocupa que mi asesinato le suponga más trabajo.

Indignada, le aparto la mano de un manotazo y trato de empujarlo hacia atrás. No funciona; es tan fuerte como parece. Su cuerpo parece tallado del mismo granito que su rostro.

—Cuidado —advierte David mientras me sujeta los brazos antes de que pueda intentarlo de nuevo.

—¿Por qué? —suelto. —¿Porque tendrás que buscar otra niñera para Lily si te empujo a la piscina?

—No, porque me cabrearé de cojones si me empujas a la piscina —gruñe David mientras pone fin a mi forcejeo, tirando de mí con fuerza contra su cuerpo, sin dejarme espacio alguno para pelear. Me agoto sin conseguir moverme ni un centímetro.

Le lanzo una mirada cargada de odio —soy consciente de lo inapropiado de la situación, pero me da igual. —Desde el principio nuestra relación jefe-empleada no ha sido normal. Siempre hay algo volátil cociéndose bajo la superficie. Ahora está a la vista. No se siente mal, solo postergado.

—Suéltame, *jefe*.

—Deja de pelearte por todo lo que te digo, *elfo doméstico*.

Nos miramos con ira, a escasos centímetros, y de pronto su boca cubre la mía, aplastando mis labios entreabiertos. Su sujeción no cambia; sigo atrapada contra la longitud dura de su cuerpo, pero ya no intento escapar.

Las emociones me estallan dentro como fuegos artificiales. Lujuria, anticipación e incredulidad de que, por fin, esté sucediendo. De que no he estado loca todo este tiempo. Él *también* lo ha sentido. Ambos nos hemos contenido, pero esta noche la presa se rompe. Lo aprieto contra mí y abro más los labios bajo los suyos. Saco los brazos, antes atrapados entre nuestros cuerpos, y los paso alrededor de su cuello. Mi fino vestido de algodón apenas es una barrera entre mis pechos y su potente torso. Mis pezones ya son picos tensos por el frío, y la fricción de su cuerpo contra el mío resulta casi insoportablemente erótica.

Poco a poco, me empuja fuera de la luz azulada de la piscina y hacia el pozo profundo de sombras que envuelve la entrada a mi casita. Agradezco la sensación de hundirnos en la oscuridad, de que el mundo real se desvanezca. Lo único que existe en ese capullo sombrío es la presión de su boca sobre la mía, la barba áspera de sus mejillas rozando las mías, sus manos de dedos largos ciñendo mi cintura y, después, bajando aún más.

Y entonces, justo cuando estoy dispuesta a subirme el dobladillo y dejar que me tome allí mismo, apoyada contra la pared de la casita, la razón atraviesa mi cerebro como un relámpago.

«Esto es una idea muy mala.»

Lo sé en teoría, pero ahora lo *siento*. Si no lo detengo, irá demasiado lejos. No sé qué clase de hombre es David. Quizá sea del tipo al que le gusta la persecución y se aburre tras la conquista. Y si me dejo conquistar, se acabará este pequeño y cómodo arreglo mío. Sin trabajo, sin coche, sin lugar donde vivir.

Apartarlo es lo más difícil que he hecho en mi vida. No físicamente: en cuanto siente que la presión de mis manos cambia de atraerlo a empujarlo, es como si se rompiera un hechizo. Se aparta por sí mismo, dejando un brazo de distancia entre nosotros. Permanece en silencio, con el pecho subiendo y bajando mientras nos miramos en la oscuridad.

—Esto es una mala idea —susurro, todavía con la sensación de sus labios sobre los míos.

—Lo sé.

—Me gusta cuidar de Lily. No quiero estropear algo que funciona.

La voz de David desciende diez grados.

—Espero que no creas que tienes que acostarte conmigo para conservar tu puesto, Catherine. No suelo follarme al servicio.

Niego con la cabeza.

—No. El problema es que *quiero*. Pero sé que complicaría demasiado las cosas.

Sus ojos relucen en la oscuridad.

—No tiene por qué complicarse. Podríamos limitarlo a cuando estés fuera de servicio.

Es tan tentador que casi me inclino hacia él. Imagino a los dos comportándonos como jefe y empleada durante cinco días y medio, conteniéndonos, para luego soltarnos el sábado por la noche. Embriagador. E imposible. Niego con la cabeza, a mi pesar.

—No soy la clase de chica que se conforma con una noche a la semana. Y tú no eres el tipo de hombre que se permite complicaciones innecesarias.

Por la expresión de su rostro sé que quiere discutir, pero sabe que tengo razón. Suelta una maldición entre dientes y se vuelve hacia la piscina. Veo que sigue duro por mí, y mis entrañas se calientan y se licúan de nuevo ante la idea de David encima de mí, dentro de mí, detrás de mí.

—Tienes razón —gruñe, —pero si esto va a funcionar necesitamos reglas.

Asiento mientras lo observo de espaldas.

—De acuerdo.

—Regla número uno: usa la maldita puerta principal cuando llegues por la noche, o pondré focos con sensor de movimiento a lo largo de la cancela.

—Bien.

—Regla número dos: no quiero verte con ningún capullo de fondo de inversión.

Se me escapa una sonrisa, a mi pesar.

—No puedes prohibirme salir con alguien, David.

—No, pero sí puedo decirte que no traigas tu vida personal aquí.

—Vale —alzo la barbilla. —Pues lo mismo para ti. No quiero tener que prepararte a ti y a tu novia el desayuno en la cama.

Él se gira hacia mí y, a la luz de la piscina, veo una diversión oscura en su rostro.

—¿Desde cuándo me preparas el desayuno en la cama, Cat?

Se me seca la boca.

—Tampoco quiero verla en la mesa del desayuno. Si tienes una invitada a pasar la noche, avísame para que pueda irme a dormir a la casita.

David lo piensa un instante y luego asiente.

—¿Algo más?

Niego con la cabeza.

—Tengo una más —añade, y sus ojos oscuros me recorren de arriba abajo. De pronto soy consciente de que el tirante del vestido me cuelga del hombro y de que la curva de mi pecho queda expuesta.

Espero, sin aliento. Su mirada es tan potente que se siente como dedos rozando mi piel y hundiéndose en mi pelo.

—¿Cuál es?
Sus labios se tuercen en media sonrisa.
—Si vuelves a ponerte ese vestido, el trato se acabó.

CAPÍTULO 14

DAVID



La he cagado con Cat. Lo sé, pero no tengo ni idea de qué podría haber hecho distinto. Follármela sería un error, pero alejarme de ella me hace sentir como una mierda. Lo único que podría hacer sería retroceder en el tiempo y negarme a contratarla. Pero la idea de que otra persona durmiera en la casita de la piscina tampoco me cuadra. Lily la adora y es condenadamente mala suerte que yo también la desee. No puede funcionar.

Entro en casa, agradecido al oír la respiración profunda y regular detrás de la puerta de Lily. No hay forma de que ella y Mackenzie se hayan escabullido en busca de un tentempié nocturno ni de que hayan visto lo que ocurría fuera.

Estoy demasiado inquieto para dormir, pero aun así me voy a mi habitación. Es más seguro que bajar al sótano a ver la tele—allí estaría a poco más de treinta metros de la puerta de Cat, y eso es demasiado cerca. —Agradezco al arquitecto que orientara el dormitorio principal hacia el jardín delantero en lugar del trasero. Eso significa que *debería* conseguir algo de paz en cuanto cierre la puerta tras de mí. Necesito concentrarme en cualquier cosa que no sea la última persona en la que debo pensar.

Pero, en lugar de eso, la veo a ella en todas partes.

Me desnudo deseando verla a ella hacer lo mismo. No tardaría nada: ese vestidito es tan ligero que le dibuja la silueta de las piernas hasta la parte más alta de los muslos. Si no llevara sujetador, podría ver dónde la piel de sus pechos se oscurece y cómo se erizan los picos de sus pezones. Entro en el baño con la idea de darme una ducha fría, pero cambio de opinión en cuanto el agua me golpea. No

quiero sacar a Cat de mi cabeza; quiero mantenerla allí, desnuda y abierta de par en par bajo mí. Inclinada sobre el pie de la cama, mirándome por encima del hombro mientras la embisto sin tregua.

La imagen es tan dolorosamente exquisita que mi polla, que apenas empezaba a ceder, vuelve a erguirse al instante. Deslizo la mano desde el vientre hasta la base de mi polla.

«¿Cuántos chavales torpes e inexpertos se habrán hundido en su interior?»

«¿Ha tenido alguna vez un hombre de verdad que le enseñe lo que significa hacer el amor?»

«Eso espero. Quiero ser el primero.»

Cierro los ojos y dejo que el chorro me golpee el pecho mientras muevo la mano arriba y abajo por mi eje, imaginando lo que le haría a Cat si me dejara. Si las cosas no fueran tan condenadamente complicadas. Si de verdad estuviera aquí, de rodillas ante mí en la ducha, me tomaría mi tiempo. Tal como están las cosas, me corro rápido, imaginando su cara bajo la mía, los ojos aún cegados por el impacto de su orgasmo, la forma en que su coño apretado se cerrará alrededor de mi polla al recorrerla la oleada de placer y, después, la sacudida de mi propia liberación.

Y entonces, cuando la tensión se disipa, espero que la perezosa satisfacción la sustituya. Supongo que el mundo volverá a encajar y que todo tendrá sentido otra vez. Sí, Cat es preciosa, pero esta atracción se debe, sencillamente, a que necesito follar. Una vez liberado, recuerdo que hay cientos de mujeres atractivas que puedo tener sin la tormenta de mierda que supone tirarse a una empleada.

En cambio, para mi desgracia, la deseo todavía más.

CAPÍTULO 15

CAT



Si creo que la tensión sexual latente entre David y yo es agotadora, esta semana me demuestra que lo tenía fácil. Ahora que hierve a borbotones, siento como si hubiera minas terrestres por todas partes. Cuando subo las escaleras del sótano a la planta principal, basta con que levante la vista un segundo para encontrármelo esperando arriba. Una vez él ya venía bajando cuando empiezo a subir y no me doy cuenta hasta que es demasiado tarde. Tenemos que girar el cuerpo para deslizarnos el uno junto al otro, y el leve roce de su hombro con el mío, el destello en sus ojos verde oscuro, me impiden concentrarme en el desayuno de Lily.

Después de dejar a Lily en Flintrose, o bien me quedaba fuera haciendo recados, o me colaba de nuevo en la casita de la piscina por la verja lateral. Cuando volvemos a casa, David encuentra sistemáticamente alguna excusa para pasar por la cocina mientras tomamos la merienda y yo la ayudo con los deberes.

El miércoles por la tarde le estoy ayudando con inglés cuando él entra. Era su asignatura más floja y la mía más fuerte. Su clase lee la novelización juvenil de un libro sobre la industria alimentaria y Lily lo odia. Yo también lo detesto, pero cubre todos los elementos de la no ficción.

—No entiendo la diferencia entre tema e idea principal —gruñe Lily, inusualmente irritable. Acababa de leer que el colorante rojo se hacía con insectos triturados y ahora estaba asqueada. No la culpaba.

—La idea principal es específica del libro, como *girl goes on an adventure to save her kingdom and her sister*. El tema es el mensaje o la moraleja de la historia, como *you can always count on family*.

—¿Y cuál es la moraleja de esta historia? —pregunta Lily, dando golpecitos al libro. —¿Que no vuelva a comer comida rápida jamás?

—Eso es lo que *tú* tienes que averiguar.

Lily suspira de manera dramática. —Creo que el tema es que nada que esté rico es bueno para ti.

David la observa, las cejas fruncidas. —¿Te encuentras bien, Lils?

—Me duele la tripa de leer sobre bichos aplastados y *e. coli* en las hamburguesas —murmura, abrazándose el abdomen como si de verdad le doliera.

David se acerca y le apoya la mano en la frente. Sus ojos vuelan a los míos al instante. —Tráeme el termómetro del cajón de arriba —ordena.

Subo corriendo a por él y, cuando David lo pasa por su sien, se ilumina en rojo. Los números digitales parpadean *101,6* en la pantalla. Las comisuras de su boca se tuercen en un mohín de simpatía. —Estás enferma, peque.

Aunque David acaba de confirmarlo, casi no puedo creerlo. Parece perfectamente normal. Puedo ver las sombras azuladas bajo sus ojos, que de hecho siempre están ahí. La pobre niña está perpetuamente falta de sueño. Sin embargo, cuando apoyo la mano en su frente, noto el calor latente contra mi palma.

—No puedo estar enferma —musita Lily, casi en tono monocorde. —Mañana tengo ajedrez.

Pongo los ojos en blanco. —Mañana tienes reposo en cama, Lils.

Pero David replica: —Veré si tu instructor puede venir a casa.

Por primera vez desde nuestro beso del sábado, lo miré sin recordar cómo se sentían sus labios sobre los míos. Cuando él me devolvió la mirada, las cejas alzadas en señal de interrogación, dije: "Está *enferma*, David. Necesita líquidos y *Dora la Exploradora*, no clases de ajedrez."

—No me gusta *Dora la Exploradora* —replica Lily con el mismo tono. Ahora, sin embargo, su voz estaba amortiguada porque había

apoyado la frente sobre la mesa. Un simple desplome, como si fuera un robot que se apaga por la noche.

David me devolvió la mirada por encima de la cabeza de Lily, los ojos oscurecidos por la irritación. —Sé cómo cuidar de mi hija cuando está enferma, Catherine. No es la primera vez que tiene fiebre.

—Una fiebre alta, y… —hago un gesto amplio que abarca el cuerpo encorvado de Lily.

Cuando la miró, su irritación conmigo desapareció y la simpatía suavizó su expresión. —Si mañana no se encuentra con fuerzas, por supuesto que cancelaré el ajedrez.

Apreté los labios para no contestar que *por supuesto* Lily diría que se encontraba bien. El mundo podía estar ardiendo a su alrededor y ella seguiría practicando su mandarín o sus *pliés*. Probablemente ambas cosas a la vez.

"Venga, Lils." Le aparté el pelo de la cara. "Vamos arriba."

"No he terminado los deberes de inglés."

"Creo que la señorita Edwards lo entenderá."

Lily levantó la cabeza a medias. "¿Le mandarás un mensaje y le dirás que lo haré mañana?"

"Claro, le mandaré un mensaje." No añadí que ni de coña le diría a la señorita Edwards que Lily lo tendría hecho para mañana.

Lily se recuesta en la silla, pero ahora puedo ver la curva en su espalda que antes no estaba. Era como si hubiera estado esperando a que alguien reconociera que estaba enferma para poder admitirlo ella misma. Se me parte un poco el corazón por ella. Cuando se levanta, intento pasarle el brazo por los hombros, pero de repente David ya está allí. La alza de un modo que normalmente la hace reír, pero ahora simplemente apoya la cabeza en su hombro y se deja llevar. La sube por las escaleras como si no pesara nada y, aunque no estoy segura de que quiera que lo haga, lo sigo. Cuando llegamos arriba, me adelanto para abrir la puerta de su dormitorio y destapo las sábanas de su cama.

David la acomoda en la cama. Yo agarro su peluche favorito e intento subir las mantas. David y yo intentamos hacer lo mismo al mismo tiempo y acabamos estorbándonos.

—Me ocupo yo, Cat —dice con un tono que a cualquiera le parecería educado, pero que para mí suena a advertencia.

Empiezo a retroceder hacia la puerta, pero la voz de Lily me detiene. —Quédate, Cat. Léeme un cuento.

Vacilo. Nunca le he leído un cuento para dormir. Ese terreno siempre ha sido de David. Desde el pie de la cama, me estaba lanzando una mirada de *lárgate a la mierda*. Pero enseguida veo la carita pálida de Lily, sus grandes ojos brillantes suplicándome que me quede. —Vale, Lils. —Cojo lo primero que veo: *The Paper Bag Princess*.

Lo leo, girándolo para mostrarle las ilustraciones a Lily. Sus ojos ya están cerrados cuando llego al final, cuando el dragón queda vencido y la princesa vive feliz para siempre. Todavía sonrío cuando levanto la vista de la última página y me topo de lleno con la mirada de David. Me mira con tanta intensidad que la sonrisa se me borra de golpe y articulo en silencio *¿qué?*

Él hace un gesto brusco con la cabeza, señalando la puerta. Vuelvo a mirar a Lily y, al comprobar la regularidad de su respiración profunda, avanzo hacia la puerta. Espero en el pasillo mientras él apaga la luz de Lily y cierra suavemente la puerta.

—Ya puedes irte —dice escuetamente al girarse hacia mí.

Enarco una ceja por su tono. —Gracias por despedirme, pero ni siquiera son las siete. Probablemente se despierte otra vez.

—Me encargo yo a partir de aquí.

Su voz se mantiene en el lado frío de la neutralidad y lleva las manos apretadas en los bolsillos. Casi parece enfadado porque he ayudado con Lily. Pero ese es mi trabajo y, además, me importa. —¿Estás…? —frunzo el ceño, intentando encontrar las palabras. —¿Molesto porque le he leído un cuento?

Los ojos de David parpadearon como si considerara negarlo, pero luego dijo: —Es *mi* hija. *Yo* soy quien lee *The Paper Bag Princess* en esta casa.

Quiero reír, pero él tiene un aspecto demasiado serio. —¿Me estás diciendo que la señora Barnes nunca le leía antes de dormir? No puedo imaginarlo. Seguro que hay muchas noches en las que

David trabaja hasta tarde o sale en citas, aunque me retuerce el estómago pensarlo.

—La señora Barnes era diferente.

Me parecería forzado preguntar por qué; no hace falta mirar mucho para ver las diferencias entre la señora Barnes y yo. Tiene más de cuarenta años más que yo y dudo que jamás haya sentido las manos de David sobre ella como las he sentido yo. Mi mirada regresa a esas manos, apretadas en lo profundo de los bolsillos. —¿Por qué era diferente? —pregunto de todos modos. Siento verdadera curiosidad. ¿Por qué David no quiere que me acerque demasiado a Lily cuando para eso me ha contratado?

El ceño de David se marca y luego dice: —Quiero enseñarte algo.

Intrigada, lo sigo por el pasillo y atravesamos las puertas dobles que sé conducen a su habitación. Sin embargo, no es como entrar en su espacio más privado: la estancia resulta demasiado grande e impersonal. Metros y metros de paredes gris humo sin una sola foto. Una cómoda enorme de roble que no tenía ni un solo marco encima. En una de las mesillas gemelas veo una foto enmarcada de Lily; es lo único que me indica en qué lado de la cama duerme. No había ningún otro objeto en ninguna superficie.

Era más que minimalista. Era espartano. Su despacho tiene más personalidad. Cada vez más intrigada, lo sigo hasta el extremo opuesto del cuarto, donde un pequeño pasillo conduce a su baño en suite. Antes de llegar al baño, hay dos puertas enfrentadas. Abre una y veo un vestidor más grande que mi habitación en la casita de la piscina. Está prácticamente vacío salvo por unas cuantas cajas de mudanza apiladas una sobre otra con la palabra *Chloe* escrita con letra pulcra y precisa en un costado.

—Es la madre de Lily —dice, asintiendo hacia ellas.

—¿En las cajas?

David me fulmina con la mirada. —No, no en las cajas. Esa es la mierda que dejó cuando decidió que estaba harta de ser madre.

Se me encoge el corazón por Lily. Me he preguntado muchas veces qué le pasó a su madre, pero nunca he tenido valor para preguntar. Pienso que quizá ha muerto y eso explicaría la reserva de David. Nunca imagino que simplemente se haya marchado; me

resulta inconcebible. —¿Decidió que estaba harta? —repito. —¿Fue depresión posparto?

—No —responde David con brusquedad. —Fue un deseo posparto de vivir en California y llamar a su hija solo una vez al mes.

—Eso podría ser…

—No era depresión, Cat —me interrumpe David. —Era, *es*, un egoísmo innato que siempre estuvo ahí, pero yo fui lo bastante estúpido como para pensar que maduraría. Que tener a Lily lo cambiaría. Pero no lo hizo.”

Asiento para demostrarle que ya no discuto. Lo miro en busca de permiso, me acerco a las cajas y compruebo que la de arriba no está precintada. Deslizo el dedo bajo la solapa de cartón y la abro. Allí están las fotos. La de arriba muestra a una mujer preciosa, de pelo rubio dorado, labios carnosos y cálidos ojos castaños. Apoya la cabeza en la de David, que parece más joven, más feliz.

—Wow —susurro. —Es preciosa.

—Para Lily es solo un puñado de píxeles en una pantalla —dice David, nada impresionado. —Es una postal de cumpleaños en el mes equivocado. Es una promesa de venir en Navidad que siempre se rompe.

No sé qué decir, así que aparto la primera foto y cojo la siguiente. En esta aparecen Chloe y un bebé que sé que tiene que ser Lily. —Parece feliz —observo.

—Es buena actriz.

Reviso unas cuantas fotos más, consciente de la mirada de David sobre mí. Por fin, me vuelvo hacia él. —Entonces tu punto es que no quieres que Lily me vea como una figura materna porque su madre real fue una decepción tremenda.

Él inclina la cabeza en señal de asentimiento.

—Lo entiendo, pero, David, no puedes esperar que no me preocupe por ella. Levanto las manos, impotente. —Si está enferma, voy a querer leerle un cuento si me lo pide, ¿vale?

—No estoy seguro de que *lo sea*. Sus ojos verde oscuro se alzan a los míos y, de repente, soy consciente de lo solos que estamos. No era como las sombras permeables de la casita de la piscina con la vasta noche extendiéndose a nuestro alrededor. Estamos en su

dormitorio, en su armario. El silencio es tan estruendoso que me zumban los oídos.

—¿No quieres que la quiera? —pregunto en voz baja. —Quiero decir, no querrías que la cuidara alguien que *no* la quisiera, ¿verdad? Impulsivamente doy un par de pasos hacia él. Estamos a la distancia de un brazo.

Terreno peligroso.

—Admito que quiero lo imposible. La voz de David es un murmullo grave; sus ojos, fijos en los míos. Tengo la sensación de que ya no hablamos solo de Lily y yo. La corriente subterránea de la conversación cambia de sentido.

—Quizá yo también —susurro. Aunque estemos en el corazón de su dormitorio, dentro de la fortaleza de su casa, rodeados por hectáreas cercadas, sigue resultando peligroso decirlo en voz alta. Al fin y al cabo, puertas, muros y rejas no pueden mantener fuera las consecuencias.

—Entonces, ¿qué debería hacer al respecto? David cruza los brazos sobre el pecho, pero aún puedo ver cómo sus puños se aprietan contra los pliegues de sus mangas. Como si se contuviera.

Todas las alarmas suenan en mi cabeza: esas que proclaman los peligros de acostarse con tu jefe. Pero las ignoro y doy un paso que me deja a escasos centímetros de él. Lentamente, alzo la mirada hacia él y poso la mano sobre su antebrazo en tensión.

—Lo que tú quieras, David. Tú mandas.

CAPÍTULO 16

DAVID



Lleva una de esas malditas camisas abotonadas que esconden sus curvas, pero, cuando da el último paso, puedo atisbar su escote. Respiraba deprisa y con poca profundidad, y la mía se detuvo por completo. Deseaba con todas mis fuerzas arrancarle la camisa de un tirón, desabrochar el corchete del sujetador de un chasquido y llenar mis manos con sus pechos. Ella también lo deseaba; lo veía en la bruma de sus ojos y en el temblor de sus labios.

Relajo el puño y le acaricio la mejilla, hundiendo los dedos en su pelo para sujetarle la nuca. Tenemos un acuerdo: no podemos acostarnos. Pero besarla, sí; esa línea ya la cruzamos. Deslicé la otra mano entre su melena, despacio, para darle la oportunidad de apartarse o indicarme de alguna forma que no lo deseaba.

Cat se balancea hacia mí; sus dedos recorren mi pecho y se anclan a mis hombros. Incliné la boca, quedándome apenas a un aliento de la suya, pero antes de que pudiera tomar la decisión definitiva, fue ella quien eliminó la distancia. Su cuerpo se pegó al mío cuando se puso de puntillas y sus labios se fundieron con los míos.

Fue una liberación en sí misma. El torrente de deseo acumulado por fin encontró un cauce y, aunque el beso empezó despacio, no pude mantener ese ritmo. Apreté el agarre y deslicé la lengua entre sus labios. Ella responde con un gemido que me golpea directo en la polla. Podría tomarla ahora, en el suelo. O quizá aguantar hasta llegar a la cama. Mi erección se endurece aún más al imaginarla

debajo de mí, encima, apoyada contra el cabecero. Por fin podríamos saciar la necesidad que nos corroía a los dos.

Pero ¿qué demonios haríamos si ni siquiera eso nos saciaba? Y ahora mismo no podía imaginar que una sola ronda en el suelo del armario exorcizara esta montaña de deseo contenido. La querría una y otra vez, y acabaríamos en una versión retorcida de familia. Se difuminarían los límites. Solo podía acabar de una forma, y era mala.

Lily sufriría.

Joder, yo también.

A regañadientes, rompo el beso antes de que vaya demasiado lejos.

Cat me miró, los labios aún brillantes, los ojos turbios. —¿David?

—Tenemos un acuerdo —susurro, aún aturdido. —Pusimos unas reglas.

—Lo sé —asiente, —pero creo que no pusimos suficientes.

Suelto una breve carcajada. —No, desde luego. Nueva regla: no podemos quedarnos solos.

—Con eso bastará —susurra.

Me pregunté si sentiría la misma mezcla de frustración y decepción que yo. Sabía que, con el tiempo, me alegraría de no haber cedido esta noche. Por la mañana, cuando las cosas no fueran tan complicadas, me daría una palmadita en la espalda. Pero de momento estaba cabreado conmigo y con ella. Desde el principio sabía que no era buena idea. Era demasiado hermosa. Pero si no se le diera tan bien con Lily, tal vez podría despedirla y acabar con esta tortura.

En lugar de eso, estaba atrapado con ella. Era como si los dos estuviésemos rodeados por un anillo de fuego cuyo calor nos empujara inexorablemente el uno hacia el otro.

Pero, si cedíamos, podría abrasarnos vivos.



Paso gran parte de la semana siguiente en mi despacho, procurando no coincidir con Cat en la misma habitación. No era sostenible—alejarme de ella implicaba distanciarme también de Lily, —pero era todo lo que podía hacer de momento, hasta averiguar qué demonios hacer con este lío.

Estaba tan centrado en Cat que otro problema me cayó limpiamente en el regazo. O, mejor dicho, apareció en la puerta de casa con tres baúles de viaje y una sombrerera.

—Hola, cariño —dice mi madre en cuanto abro la puerta principal y me quedo mirándola, desconcertado. —¿No recibiste mis mensajes?

—No. No los he recibido, aunque no dudo que los enviaste. El problema es que eres famosa por mandar mensajes al fijo o correos al departamento de RR. HH. de mi empresa en lugar de a mí.

La radiante sonrisa de mi madre se ilumina un grado más. —Entonces, ¿no es una sorpresa agradable? —me dice mientras me tiende la sombrerera y se agacha para levantar un transportín que no había visto. Dentro había un perrito que desde luego tampoco había visto. Parecía un caniche *taza de té* o algo igual de absurdo. Pequeño, blanco y de ojos enormes, pegó el hocico a los barrotes y gimoteó.

—Ya está, pequeño —arrulla mi madre. —Ya estamos en casa. Se arrodilló y abrió el pestillo. El caniche asomó el hocico y echó un vistazo alrededor con lo que parecía una gran desaprobación.

—Mamá —gruño con tono peligroso, —¿qué demonios es eso?

—¡Un yorkshire! —se irgue mientras se sacude las manos. —Te va a encantar; lo he llamado como tú. Ahora sé útil y ayúdame a meter mis cosas.

Antes de que pudiera procesar qué parte de su frase era la más absurda, escuché unos pasitos ligeros bajando la escalera. Lily apareció en el rellano, con los ojos brillantes y casi recuperada del todo. —¡Abuela! ¡Has llegado pronto!

—¿Sabías que venía? —suelto, sorprendido.

—Me mandó un correo.

—Curioso, teniendo en cuenta que cada vez que le pido que me escriba *a mí* jura que no sabe. Me di cuenta de que Cat estaba en el

descansillo, observándolo todo con expresión divertida. Llevaba su uniforme habitual de trabajo, vaqueros y una blusa bonita, pero por alguna razón inexplicable tenía el pelo suelto sobre los hombros en vez de recogido en su coleta de siempre. Vi que mi madre también se percataba de su presencia y hacía un doble gesto.

—Pero, señora Barnes —mi madre se lleva una mano al pecho, —está *fantástica*. Tiene que decirme dónde se lo ha hecho.

Cat le sonrió con naturalidad. Noté que se movía cómoda con casi todo el mundo que no fuera yo; debían de ser los años detrás de la barra. —¿No le ha contado David? La señora Barnes se mudó a California.

—Le envié un correo —añado con calma, y veo que a Cat le cuesta no reír.

—¡California! —exclama mi madre. —De verdad, David, ¿qué tienes que todas las mujeres de tu vida salen huyendo al otro extremo del país?

No me ofendí lo más mínimo, pero vi cómo la sonrisa de Cat se borraba. —Su hija tuvo un bebé —dice, como si me defendiera.

Negué con la cabeza. Pronto se acostumbraría. Mi madre me adoraba, pero también creía que era su obligación asegurarse de que yo no me adorara a mí mismo. Se tomaba la libertad de decirme que mi casa era demasiado grande, que la moqueta de mi despacho resultaba *un poco* apagada y que si me había planteado cortarme el pelo. Repitió su rutina habitual mientras la acompañaba al cuarto de invitados, que por suerte siempre estaba preparado. El rostro de Cat se fue ensombreciendo cada vez más, hasta que finalmente inventé una excusa para bajar los dos mientras Lily ayudaba a mi madre a deshacer las maletas.

Inclino la cabeza hacia mi despacho y, una vez dentro, cierro las puertas francesas. Es casi una violación de nuestra última regla, pero, como seguimos a la vista del descansillo por si mi madre o mi hija bajan, supongo que estamos a salvo.

—Cat, tienes que dejar de fulminar a mi madre con la mirada —digo sin preámbulos.

—Pero es que…

—Sí, y va a hacerlo todo el día, todos los días que esté aquí. Es su manera de demostrarme cariño.

La ceja de Cat se arquea, escéptica. —¿Decir que las paredes de la habitación de invitados le recuerdan a una celda es su forma de demostrar cariño?

—Sí, porque tiene razón —concedo. Las paredes del cuarto son de un gris oscuro bruñido que, según la luz, resulta elegantísimo… o idéntico a una celda. Con la ropa de cama totalmente blanca y los muebles minimalistas, podía entender la comparación.

—Vale, pero no tenía razón cuando aseguró que tu corbata no estaba de moda desde antes de que naciera Lily —protesta Cat. —Eso ha sido pura maldad.

Me sentí extrañamente conmovido de que Cat se pusiera en pie de guerra por mí, pero no era en absoluto necesario. Después de todo, ella no era mi niñera. Yo era un hombre hecho y derecho que se había criado ante el pelotón de fusilamiento que suponían las críticas de mi madre. No me afectaban de niño y no me afectan ahora. Di un paso adelante, acortando la distancia entre nosotros.

—Mírame, Cat. ¿Parezco molesto? Le dediqué mi mirada más impasible.

—No —admite Cat, —pero nunca lo pareces.

No puedo evitar una media sonrisa. —Hace falta una tormenta de mierda para alterarme; perder millones en un mal negocio, que las acciones se desplomen o que mi director financiero falsee las cuentas y huya a México dejando la deuda a mi nombre.

Cat asimila la información; la terquedad de su barbilla se diluye un poco. Luego comenta: —Básicamente acabas de describir tres formas distintas de perder dinero.

—Eso es —asiento. —Mientras el negocio vaya bien y Lily sea feliz, nada me toca las narices. *Excepto cuando te metes bajo mi piel y no puedo sacarte.*

Como si hubiera escuchado la parte no dicha de mi declaración, dio un paso más. Ahora solo unos centímetros nos separaban. Una violación absoluta de la última regla.

—¿Y yo? —susurra. —¿Te molesto?

Mi entrepierna reaccionó al instante a su susurro. —Me molestas una barbaridad —admito. —Por eso tenemos reglas.

Cat echó un vistazo a la habitación vacía como para señalar que ya estábamos incumpliendo una. Me ardían las palmas; deseaba tocarla. Quería sentir su pelo suave y sedoso entre mis dedos y sus labios cálidos debajo de los míos, abriéndose para dejarme entrar.

Pero, antes de ceder, el destino interviene en forma de una sucesión de golpes secos—rítmicos e irritantes—en las puertas francesas.

—Es mi madre, ¿verdad? —pregunto entre dientes mientras Cat mira por encima de mi hombro.

Asiente. —Lily no está con ella.

Me alegré por ello. Demonios, incluso me alegré de la oportuna interrupción de mi madre. Unos minutos más y me habría pillado rompiendo cada norma que me había impuesto. Su visita inesperada era irritante de narices, pero quizá fuese lo mejor.

Quizá *esto* sea justo lo que necesito para mantener las manos alejadas de Catherine Bowen.

CAPÍTULO 17

CAT



Nunca me molesto en imaginar cómo es la madre de David. Él no parece el tipo de hombre que tenga madre, sino alguien surgido, ya formado, del ojo de un dios, con un traje de tres piezas y un Rolex. Si lo hiciera, la imaginaría austera y altiva. Una mujer capaz de indicarme cómo toma el café—como si yo fuera la criada—y de advertirme que mantenga las manos lejos de su hijo.

Francesca King no encaja en absoluto en ese perfil. Pese a mi primera impresión—dominante y poco amable—esa misma tarde me demuestra lo contrario. Fuera del alcance del oído de David, su orgullo se cuela en todo lo que dice acerca de él. Empiezo a preguntarme si su forma de actuar ante su hijo tiene más que ver con refrenarse a sí misma que con él.

—¿Lo ha diseñado tu padre? —pregunta en cuanto Lily le muestra la casita del árbol, al borde de la finca. ——Apuesto a que sí; es el genio de mi David en acción. Luego se inclina hacia mí y susurra: —Pero no le digas que he dicho eso.

—No lo haré —le respondo en el mismo tono. —¿Por qué no se lo dices tú misma?

—Porque toda su vida todos le han repetido lo estupendo y listo que es —Francesca arruga la nariz. —¿Sabes lo que eso hace con un hombre? Lo convierte en un matón autosuficiente.

No puedo evitar reír. —Menos mal que estás aquí.

—Y tú —añade, midiéndome con una mirada aguda. —Tengo la sensación de que sabes defenderte.

Me encojo de hombros mientras observo a Lily regar las flores de las jardineras de su casita. Está muchísimo mejor que hace unos días. Me invade un alivio cálido. También estoy agotada, lo cual resulta extraño si se tiene en cuenta que, por fin, hemos podido tomarnos un respiro de su agenda frenética. —Lo intento —le contesto. —Me encanta este trabajo.

—Claro que sí. Pasas todo el día con mi nieta perfecta en esta casa preciosa que él mismo diseñó —me guiña un ojo. —Pero no le.

—diré que lo has dicho —remato entre risas. —Prometo no transmitirle ningún cumplido.

Después, Francesca me hace sostener a Davy, su yorkshire en miniatura, mientras ella sube a la casita del árbol. Me muerdo la lengua para no advertirle nada; no parece de las que aceptan que les sugieran que quizá sean demasiado mayores para algo. Y, efectivamente, trepa la escalera con soltura y, en cuestión de segundos, se planta junto a Lily.

Abrazo al perro, pequeño y frágil, contra mi pecho. Ya he subido un par de veces a la casita, pero me alegro de que ahora no me pidan hacerlo. Me siento… rara. El simple hecho de inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlas me provoca dolor, y la visión de las nubes deslizándose sobre las copas de los árboles me revuelve el estómago.

Con cuidado de no zarandear a Davy, me dejo caer al suelo y me siento con las piernas cruzadas, fijando la vista en el tronco firme e inmóvil que sostiene un lado de la casita. Me estoy poniendo enferma, y tan de repente como Lily. Un pavor frío y pesado me llena el estómago, ajeno al malestar físico. *No puedo* contagiarme de lo que ha tenido Lily. Para ella está bien —es una niña. —Pero yo no lo soy, y apenas llevo tres semanas en el trabajo. No hay nadie que pueda mandarle un correo al profesor diciendo: *Lo siento mucho, pero Cat está indispuesta, ¿podría darle una prórroga?*

Sigo allí sentada, viendo cómo la corteza del árbol parece moverse y cambiar mientras la vista se me nubla, cuando Lily y Francesca bajan la escalera, sus piernas cortando mi campo de visión.

—¿Cat? —pregunta Lily. —¿Estás bien?

—No me encuentro muy bien —respondo; la voz me sale pastosa. Dios, había sido tan repentino. Recordé a Lily doblándose sobre la mesa del desayuno. Ojalá estuviera en un lugar donde pudiera hacer lo mismo.

Siento una mano fría y elegante en la frente, y luego Davy desaparece de mi agarre flojo. —Tienes fiebre —dictamina Francesca. —Lily, lleva a Davy dentro. Yo ayudaré a Cat.

—No necesito ayuda —protesto, incorporándome para demostrarlo, —pero me cuesta más de lo que debería.

—Oh, no seas orgullosa. —Me rodea la cintura con un brazo sorprendentemente fuerte y me llega una bocanada de perfume caro. Al principio mantengo el cuerpo rígido, intentando no apoyarme en ella. Al fin y al cabo, debe de tener al menos sesenta y cinco años. Pero el césped se extiende interminable y acaba venciendo mi resistencia.

—Eso es —aprueba Francesca al notar cómo aflojo. —No te esfuerces en hacerte la dura conmigo, Catherine. Veo a través de eso. Las mujeres siempre intentan ser demasiado fuertes. ¿Sabes que mi sobrina salió del hospital al día siguiente de tener al bebé? *Al día siguiente*. ¡Yo conseguí que me retuvieran una semana!

No sé mucho sobre estancias posparto, pero ambas opciones suenan extremas. No tengo fuerzas para contestar, y a Francesca le basta. Me habla del reposo que se impuso cuando tuvo la gripe y de las vacaciones terapéuticas que se regaló después de un gran susto. Sigue con sus historias mientras abro la puerta de la casa de la piscina.

Me meto directamente en la cama, pero la sigo oyendo hablar, incluso cuando entra en el baño para mojar un paño con agua fría. Solo cuando me coloca el paño en la frente y corre las cortinas su voz se reduce a un susurro. —Descansa, Catherine.

Y lo hago.



Cuando me desperté, fuera de las ventanas reinaba la oscuridad, pero una fina rendija de luz se colaba por debajo de la puerta del dormitorio. Mientras me incorporaba en la cama, con el corazón desbocado y la cabeza dándome vueltas, oí a alguien moverse en la pequeña sala de estar. Me inundó una calidez al darme cuenta de que Francesca se había quedado conmigo todo el tiempo. Una mirada al reloj me dijo que habían pasado casi tres horas desde que me acosté.

Con la intención de decirle que podía volver a la casa principal y estar con su familia, abrí la puerta con cuidado. Para mi sorpresa, no era Francesca quien estaba sentado en la diminuta mesa con un vaso de bourbon y un portátil abierto frente a él: era David. Horrorizada, intenté cerrar de nuevo la puerta con sigilo. No podía verme así. Sería peor que cuando me vio mudándome y estaba hecha un desastre. Ahora era un desastre en *pijama*. Unos shorts viejos con el logo de mi universidad justo sobre el bajo y un top de tirantes de satén que se me escurría de un hombro. Sentía que mi pelo había cobrado vida propia en las últimas tres horas y—me pasé frenética la mano por la cara mientras su barbilla se alzaba a cámara lenta—la máscara de pestañas debía de estar hecha trizas alrededor de mis ojos.

David me miró un momento como si no me reconociera. Luego se le torció la boca por un lado y gruñó: —Vuelve a la cama, Cat.

—Necesito agua. Alcé el vaso vacío como si necesitara pruebas. Abrí del todo la puerta y avancé tambaleándome hacia el pequeño frigorífico. El suelo, helado bajo mis pies desnudos, y la mirada de David clavada en mí a cada paso me hicieron estremecer. No habría sabido decir si por el suelo, su mirada o la enfermedad. Quizá por las tres cosas.

Saqué la jarra y tuve que sujetarme a la encimera con la mano libre mientras intentaba servir. Sentía que, si la soltaba, me iría hacia un lado y no podría enderezarme. David vio el esfuerzo y estuvo a mi lado antes de que pudiera fingir lo contrario. Me quitó la jarra con movimientos bruscos.

—Estás enferma —explica, como si fuera Lily empeñada en hacer sus deberes de inglés. —Vuelve a la cama. Dime qué necesitas y te lo traeré.

—No soy una inválida —carraspeo.

David me recorrió con la mirada desde el revoltijo de mi pelo hasta los pies desnudos. —Ahora mismo sí lo eres —zanja. —¿Vuelves a la cama por tu cuenta o tengo que llevarte?

Incluso en la neblina de la enfermedad, sus palabras lanzaron un latigazo de calor directo a mi centro. La idea de que David me llevara en brazos a la cama era insoportablemente erótica. Esos brazos fuertes apretándome contra su ancho pecho, la sombra de barba de las cinco al alcance de mis labios. Era delicioso.

Y aterrador.

Me encogí. De ninguna manera podía tocarme en ese estado. Estaba casi demasiado enferma para preocuparme de lo mal que debía de verme, pero no del todo. Tendría que estar muerta para que dejara de importarme lo que pensara David.

Él sonrió de medio lado mientras me separaba de la encimera y avanzaba tambaleándome hasta el dormitorio. Allí hacía más fresco, y agradecí quedar envuelta en las sombras azul oscuro. Sobre todo cuando me di cuenta de que David me seguía. Dejó el vaso de agua en mi mesilla y recompuso con eficacia el caos de sábanas y mantas fruto de mis retorcimientos. Luego se apartó y esperó.

—No hace falta que me arropes —susurro, pero ya estaba demasiado cansada para avergonzarme. Así que David me estaba viendo en mi peor momento; quizá fuera lo mejor. Después de todo, teníamos un acuerdo. Me deslicé en la

cama y me recosté contra las almohadas, subiéndome la manta hasta la cintura.

—Quizá quiera hacerlo —musita. Tiró de las mantas para cubrirme mejor y apoyó el dorso de su mano en mi frente. —Sigues con fiebre.

"La de Lily no bajó hasta el segundo día."

David asiente, recordándolo tan bien como yo. No se sentó en el borde de la cama, pero estaba tan cerca que era casi lo mismo. Casi de mala gana, como si hubiera librado una batalla consigo mismo y la hubiese perdido, dejó que su mano pasara de mi frente a mi mejilla. La yema fresca de su pulgar acarició mi pómulo y descendió hasta la comisura de mi boca. Giro la cara lo justo para que su pulgar rozara mis labios.

De pronto se me ocurre algo. —Tú también vas a enfermar —digo, alarmada, intentando apartarme.

David me sujeta la barbilla y no me deja. —Puede —concede, sin apartar la vista de mi boca. —Pero puede que merezca la pena.

—Nada merece esto —exhalo, aunque en realidad no quería convencerlo. Quería que mandara la cautela y las reglas al diablo y me besara. En mi semi-delirio, pienso que incluso podríamos esquivar las consecuencias.

Despacio, acerca su boca a la mía y me besa tan suavemente que sus labios se sintieron como un soplo sobre los míos.

—Probablemente ha sido seguro —susurro cuando se apartó.

—Casi ni ha sido un beso —coincide. —Creo que hemos encontrado una laguna en las reglas.

—Y en las leyes del contagio. Me hundo contra las almohadas mientras el agotamiento me envolvía.

David sonríe de medio lado. —Probablemente no eso, pero tengo un buen sistema inmunitario. Luego su expresión se vuelve seria mientras me estudiaba la cara. —Duerme —ordena.

—Ahora no quiero. Intento llevar su mano de nuevo a mi cara, pero no me deja.

—Necesitas dormir.

Quiero protestar, pero los párpados ya se me cierran. La palabra *quédate* flota en mi mente, aunque no sé si llega a mis labios.

En vez de eso, siento los suyos sobre los míos, brevemente, y después nada.

CAPÍTULO 18

DAVID



No pienso dejarla sola con casi treinta y nueve de fiebre y esa irritante manía que tiene de sobrepasar sus límites. En cuanto se queda dormida, vuelvo a la casa principal para darle las buenas noches a Lily y pasar revista con mi madre. Su llegada inesperada resulta de lo más oportuna.

Las encuentro a las dos en la cama de Lily. Francesca está sentada con las piernas cruzadas a los pies de la cama, aplicándose su carísima crema de manos mientras Davy rebusca entre las mantas.

—Estamos de pijamada —me informa Lily, la voz rebosante de entusiasmo.

—Lils, la abuela tiene su propio cuarto.

—No pasa nada, David. Además, puede que este colchón sea mejor; el otro tiene bultos.

Le leo un cuento a Lils y luego bajo a cenar algo rápido antes de volver. Mi madre me encuentra en la cocina.

—¿Cómo está Catherine? —pregunta, acomodándose en la silla frente a mí.

—Enferma.

El rostro de mi madre se frunce con compasión. —Lo sé. Me refiero a cómo está para Lily. Sé que perder a la señora Barnes no fue fácil.

Sopeso mi respuesta mientras mastico y trago el último bocado. —Es muy buena —digo al fin. —Lily parece feliz.

—Maravilloso —dice mi madre. Dibuja círculos distraídos con el pulgar sobre el dorso de la otra mano, como si aún se estuviera

aplicando la crema. Su mirada se va entornando sobre la mía y la expresión que trae me incomoda. —¿Y tú qué? —pregunta por fin. —¿Eres feliz?

Le dedico mi mirada más neutra. —Por supuesto.

—No pareces feliz desde hace tiempo —observa.

Fuerzo la boca en una parodia de sonrisa. —¿Mejor?

Mi madre frunce el ceño. —No seas cínico, David. Estoy preocupada.

Llevo el plato al fregadero, dejando que sus palabras calen. —No tienes que preocuparte por mí —digo al fin. —Tengo todo lo que necesito.

—Oh, más que todo lo que necesitas —concede. —Pero, sinceramente, no has sido el mismo desde Chloe.

Sus palabras me detienen. Creía haber llevado la deserción de Chloe de forma bastante correcta. Al fin y al cabo, lo vi venir. Sin pestañear, pedí a la señora Barnes que se quedara a tiempo completo como niñera interna y seguí adelante. Estaba enfadado con Chloe, sí, pero más por dejar a Lily que por dejarme a mí. Se lo expliqué a mi madre y ella negó con la cabeza.

—No, no me refiero a desde que Chloe se marchó. Quiero decir que no has sido el mismo desde que conociste a esa mujer abominable.

Instintivamente salgo al gran salón para asegurarme de que Lily no esté escuchando desde la pasarela de arriba. Seguramente algún día ella encontrará sus propias razones para resentir a Chloe, pero no va a heredar las mías. Ni las de mi madre.

—Estoy bien —digo con un tono que deja claro que la conversación ha terminado. —He estado bien. No tienes que preocuparte por mí.

Por fin, mi madre sube y yo vuelvo a la casa de la piscina. Me he ausentado más de lo previsto, así que abro la puerta del dormitorio con cuidado para echar un vistazo a Cat. Un único rayo de luna se cuela por una rendija de la persiana. Cae sobre la cama y, cuando mis ojos se acostumbran, veo que Cat está acurrucada de lado. Le da la espalda a la ventana y el pelo se derrama sobre la almohada. En algún momento se ha destapado y aquella diminuta camiseta de

tirantes que resalta más de lo que oculta se le sube, dejando a la vista su vientre plano. Se me seca la boca solo de mirarla. Incluso dormida, incluso enferma, era preciosa, y la deseaba.

Planeo dormir en el sofá de la sala, pero la última palabra que ha susurrado al quedarse dormida vuelve a mí.

«Quédate».

Una invitación. Me aferro al marco de la puerta, luchando con la decisión. Quiero meterme en la cama junto a ella, sentir cómo se acurruca contra mí, acariciar ese pelo sedoso y quedarme dormido a su lado. Pero la tentación es demasiada. En su lugar, arrastro la butaca cómoda que hay junto a la ventana y me quedo observándola.

Una parte de mí sabe que Cat se está volviendo una situación inmanejable, pero es una parte pequeña, fácilmente ahogada por la necesidad inesperada que ruge dentro de mí cada vez que estoy tan cerca de ella.

Me mantengo cerca de ella los dos días siguientes. Duerme, o permanece medio inconsciente, la mayor parte del tiempo. Su fiebre dura más que la de Lily. Estoy a punto de llevarla al médico cuando, por fin, la tercera noche, cede.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto en cuanto abre los ojos, más despejada y coherente de lo que ha estado desde que cayó enferma.

Cat pone una mueca. —Asquerosa. Tira de las sábanas hasta la barbilla y me lanza una mirada débil. —No me mires.

Un bufido de alivio me vibra en el pecho. Por fin suena a sí misma. Es una sombra pálida de su descaro habitual, pero mejor que la muñeca lánguida que ha sido durante días.

—No te rías de mí —ordena Cat. —Y vete. Tengo que ducharme.

—Iré a la otra habitación, pero no pienso salir de la casa de la piscina, aviso. No hasta que hayas comido y sepa que puedes caminar tres metros sin desmayarte. Fiel a mi palabra, me voy a la otra sala. A través de la puerta oigo sus pasos vacilantes. El chorro de la ducha se abre. Escucho mientras trabajo, temiendo oír el golpe de una chica que lleva días sin probar bocado contra el suelo de la ducha. Pero, aunque parece tardar una eternidad, sale del

dormitorio un rato después, el pelo mojado sobre los hombros, los ojos enormes, vestida con un short y una camiseta de pico.

—Se te ve mejor —digo sin más.

Cat se estremece. —Prefiero no imaginar cómo estaba antes.

Está jodidamente preciosa.

Me pongo en pie y señalo la puerta. —Vamos. A ver qué están cocinando mi madre y Lily para cenar.

Cat se mueve más despacio de lo normal y tengo que meter las manos en los bolsillos para no pasarle un brazo por la cintura y decirle que se apoye en mí. No puedo hacer esa mierda. No es mía para sostenerla. Ni siquiera nos hemos acostado juntos. Y por muy buenas razones, aunque cada vez me costaba más recordarlas.

Dentro, mi pequeña familia se alegra de vernos. Pienso que mi madre soltará al menos un par de comentarios sarcásticos sobre mi faceta de Florence Nightingale, pero no dice ni pío. Ella y Lily revolotean alrededor de Cat, asegurándose de que tenga todo lo que necesita, contándonos hasta el último detalle de lo que han hecho esos días.

—¿Fuisteis a tomar el té el martes? —frunzo el ceño. —¿Y ballet?

—Lo han cancelado —dice mi madre con toda inocencia. Es una mentirosa de hielo. La única razón por la que sé que no dice la verdad es que me llegan correos cuando cancelan las clases de Lily, y esta semana no he recibido ninguno.

Capto una sombra de sonrisa en la cara de Cat. Siento que ella y mi madre están compinchadas en algo, pero ni idea de qué. Entorno los ojos, ampliando mi ceño para abarcar a las dos.

—Deja que la cría pase tiempo de calidad con su abuela —murmura Cat. —Ya se sabe cada paso de la coreografía para el recital.

—Déjame a mí decidir en qué emplea mi hija el tiempo y en qué no —le rebato en voz baja. Cat ha estado enferma, pero eso no le da carta blanca. Como ya le he dicho, *yo* decido qué es lo mejor para mi hija.

Sé que mi madre no puede habernos oído, pero nos mira alternativamente con sumo interés. A la hora de recoger, se levanta de un brinco antes de que Cat pueda incorporarse del todo.

—No, no, querida. Tienes que volver a la cama. Puede que te encuentres mejor, pero sigues débil. Me hace un gesto imperioso. —David, asegúrate de que llega bien.

—Lo haré, pero volveré para asegurarme de que Lily hace los deberes —aviso, en un tono que no surte el menor efecto en mi madre. Bastante suerte tengo si no está aprovechando las noches sin mí para enseñarle a Lily a jugar al blackjack o al póker cerrado.

Otra vez veo la sombra de diversión en la cara de Cat mientras salimos a la terraza.

—No te rías, Cat —advierto. —Mi madre no tiene gracia.

—Yo creo que sí.

—Te equivocas.

Bajamos las escaleras despacio. La escasa energía de Cat hace que tardemos varios minutos en cubrir la corta distancia hasta la casa de la piscina. Yo mismo abro la puerta y le indico que pase delante.

Espero que se meta directa en el dormitorio y se encarame a la cama, pero, para mi sorpresa, se queda en el centro de la estancia. Gira despacio para mirarme. —Gracias por cuidarme.

Acabo de cerrar la puerta; todavía tengo el pomo en la mano. Un chispazo de alarma se enciende en mi cabeza. Si quiero salir de aquí sin saltarme mis propias reglas, este es el momento.

—No hay de qué —digo sin expresión. —Has sido una paciente fácil. Incapaz de contenerme, la miro fijamente. El pelo se le ha secado en ondas desordenadas. Sus ojos ya no parecen enormes; están entornados y directos. Se ha mordido los labios para darles color y, sin una pizca de maquillaje, en shorts y camiseta, está deslumbrante.

—¿Esperas aquí mientras me cambio? —pregunta de pronto.

Sorprendido, suelto el pomo y asiento. Quizá se encuentra peor de lo que creo. Ahí estoy yo, follándomela con la mirada, sacando conclusiones, y lo único que quiero es que alguien le lleve su medicina y un vaso de agua a la cama. Cuando entra en su cuarto, voy a la kitchenette, lleno un vaso y saco dos pastillas del blíster.

Sigo sintiéndome un auténtico imbécil hasta que me giro y me doy cuenta de que no me está esperando en su cuarto. Ha vuelto al

centro del salón, la cabeza ladeada, el labio inferior atrapado entre los dientes. Pero antes de que pueda preguntar por qué demonios no está en la cama, algo me detiene. Es como si un tráiler cargado de lujuria se estrellara contra mí, dejándome la polla dura como una piedra.

Cat no se ha puesto el pijama.

Se ha puesto aquel pequeño vestido negro que llevaba la primera noche que la besé.

El que dice que todas las apuestas están canceladas.

CAPÍTULO 19

CAT



He estado en el salón el tiempo suficiente para verlo llenar un vaso de agua y forcejear con esos malditos blísteres imposibles del antigripal. Esa imagen mezcla ternura con el deseo brutal que me inspira: una combinación demoledora.

¿Cómo puedo tenerlo sin quererlo todo de él?

Pero entonces, ¿cómo voy a dejar pasar la oportunidad de tomar lo que me conceda?

Ni se me pasa por la cabeza salir disparada al dormitorio para cubrirme con la bata sobre el vestido negro, pero cuando él se da la vuelta, la oportunidad se esfuma igualmente. El corazón se me acelera al ver cómo le cambia la expresión. Pasa de una neutralidad medida a una leve contrariedad por no encontrarme ya en la cama, y termina en sorpresa al captar mi mensaje.

David me recorre con la mirada, absorbiendo cada curva. Deja el vaso de agua en la encimera y se queda quieto, estudiándome. Sus ojos brillan, pero en lugar de acercarse, se apoya en el borde. Entrelaza los dedos, como si necesitara mantener las manos ocupadas en algo que no sea tocarme.

Me parece bien. He llegado hasta aquí… puedo ser yo quien dé el paso. Avanzo, el azulejo frío bajo mis pies descalzos, hasta quedarme justo delante de él. Sé que nadie puede vernos: me he asegurado de cerrar las cortinas antes de salir.

No hay nada ni nadie que pueda detenernos.

Excepto él.

Poso las manos sobre su pecho, preguntándome si me apartará o me atraerá. No hace ninguna de las dos cosas, y lo tomo como una buena señal. Si estuviera decidido a resistirse, no me permitiría tocarlo así. Deslizo las manos por sus anchos hombros y a lo largo de sus brazos tensos y musculosos. Mi respiración se vuelve entrecortada y olvido que camino sobre la fina línea que separa la mejor de la peor noche de mi vida. Solo quiero seguir tocándolo. Quiero enredar los dedos en su pelo y rozar con mis labios el punto palpitante de su cuello.

Aunque no me he tomado el antigripal que él me ha preparado, me siento drogada mientras me permito este capricho. No resulta extraño tocarlo como si fuera una estatua incapaz de corresponderme; es… erótico. Percibo la tensión en cada tendón, cada ligamento, cada músculo de su cuerpo y me embriaga el poder: soy yo quien lo ha puesto así. Sus labios están tan comprimidos que palidecen por las ganas que tiene de besarme.

Casi me divierte su negativa a ceder. Que se quede rígido y estoico. *Yo* pienso disfrutar todo lo que haga falta.

Sus brazos me rodean tan de repente que doy un respingo. Se cierran a mi alrededor como anillos de hierro. Su boca cae sobre la mía, dura y exigente. Con ansia respondo a sus demandas con las mías, y el calor que me recorre el cuerpo me deja temblando.

En cuanto mis labios se abren bajo los suyos, deja de importar que sea mi jefe o que esto pueda cambiarlo todo. Por primera vez en mucho tiempo, no me preocupo por hacer lo inteligente, lo financieramente responsable, lo *correcto*. No pienso; solo siento. Sus manos empujan los finos tirantes de mi vestido negro por mis hombros. No llevo nada debajo y escucho su murmullo de satisfacción cuando desliza la tela hasta mi cintura.

Durante lo que me parece una eternidad, me sujeta las muñecas a los costados, atrapadas por el vestido, y se limita a contemplar mis pechos desnudos. Mis pezones se endurecen cuando el aire frío y su mirada ardiente pasan sobre ellos.

—Tócame —casi suplico.

Como si hubiese estado esperando permiso, David suelta la tela de mi vestido y me cubre los pechos, acariciando con las palmas mis

pezones sensibles.

Gimo cuando el calor me atraviesa entre las piernas. Lo busco, desesperada por sentir más de él.

—Joder, Cat —gruñe David cuando empiezo a forcejear con la hebilla de su cinturón. —Tienes que ir más despacio.

—Y tú necesitas darte prisa —ruego. Llevo tanto esperando esto que la sola idea de aguardar un minuto más es tortura.

David parece sentir lo mismo. Solo aparta las manos de mis pechos para empujar el vestido, que resbala por mis caderas y se amontona en mis tobillos. Ahora estoy completamente desnuda delante de él y ni siquiera le he desabrochado el primer botón. Ávida por equilibrar el poder, empiezo a desatar los botones de su camisa. Él me ayuda y nuestras manos chocan por la prisa.

Cuando desabrocho el último botón, le quito la camisa de los hombros. Sus hombros anchos y su torso musculado demuestran que el gimnasio del sótano no está solo de adorno. Paso las manos por sus bíceps y lucho contra las ganas de lamerme los labios.

Casi olvido que aún estamos en la cocina hasta que me alza y me sienta sobre la encimera. El granito está helado bajo mí, pero su boca arde cuando desciende de mi garganta a mi pecho y regresa para atrapar mi pezón entre sus labios. Gimo y clavo las uñas en sus hombros. Estoy tan húmeda y tan lista que creo que voy a enloquecer si no se da prisa. Por supuesto, David es desesperantemente minucioso. No es hasta que mis huesos se vuelven gelatina y estoy a punto de resbalar que por fin me permite desabrocharle el cinturón. Lo abro con rapidez y enseguida deshago el cierre de sus pantalones. En cuestión de segundos, está tan desnudo como yo. Parte de mí desea contemplarlo, pero mis piernas se enroscan solas a su cintura.

David me alza de la encimera entre sus brazos, sosteniendo mi peso como si nada. El contraste de su pecho duro contra mis pechos blandos es insoportablemente erótico. No puedo apartar la boca de él. Me deleito en su hombro, en su cuello. Cuando deslizo la lengua por su oreja, gruñe y aprieta aún más su abrazo.

—Despacio.

—Date prisa —replico. Encuentro su boca y me hundo en la oscuridad tumultuosa de su beso. Apenas soy consciente de que nos movemos; podría llevarme al bosque y me daría igual. Nada me haría soltarlo. Dejamos atrás la cocina iluminada para entrar en la penumbra del salón y luego en la oscuridad del dormitorio.

Cuando cierra la puerta de una patada, siento como si sellara una promesa. Pase lo que pase, ya no hay vuelta atrás. Me deposita sobre la cama y tiro de él para que se tumbe encima. Parte de mí quiere alargar esto: seguir besándolo, sintiendo su peso sobre mí, toda la noche. Abro las rodillas, ansiosa por su polla dura, pero él niega con la cabeza. En lugar de saciar la necesidad que me consume, me sujeta las muñecas por encima de la cabeza y se toma su tiempo, bebiéndome con la mirada. Sus ojos están oscurecidos por la pasión; su pelo, inusualmente revuelto por mis manos.

Vuelvo a arquearme contra él, rodeándolo con las piernas e intentando acercarlo.

—No hay prisa —dice David, con la voz tensa por el esfuerzo de contenerse. —Tenemos toda la noche.

—Pues luego lo hacemos más despacio —murmuro, tirando de él con exigencia. Esta vez deja de resistirse. Antes de que pueda prepararme, la cabeza de su gran polla se alinea con mi sexo y me llena más de lo que nadie me ha llenado jamás.

Suelto un jadeo ante lo bien que se siente. Es mejor de lo que jamás imaginé y me arqueo para recibirlo. Todavía me sujeta las muñecas, pero engancho los tobillos en su espalda y respondo a cada embestida.

David inunda mis sentidos: su cuerpo duro sobre el mío, su respiración áspera en mi oído, el olor a sudor y colonia en mi nariz y sus ojos verde esmeralda llenando mi visión. A medida que las olas de placer se extienden por mi cuerpo, siento que se apodera de cada parte de mí.

De pronto se queda quieto y la presión sobre mis muñecas afloja. Aprovecho la libertad para enmarcarle el rostro.

—No pares —susurro.

Se estremece al contacto y se tensa aún más. Su voz sale ronca cuando dice:

—Aguanta, o no llegaremos ni a empezar de verdad.

No le hago caso y me impulso contra él con impaciencia. Su mirada se oscurece y pierde el control casi al instante. Se hunde en mí una y otra vez, observando cómo mis ojos se nublan de placer mientras yo me alzo para encontrar sus embestidas. Siento el orgasmo formarse, pero cuando desliza una mano entre nuestros cuerpos enredados y pellizca mis pezones sensibles, me arrojo de cabeza al clímax más intenso de mi vida. Echo la cabeza hacia atrás y me escucho repetir su nombre, pero ya no suena a mí. Soy otra persona.

Soy suya.

Lo siento cuando él también se deja ir, clavándose en mí dos veces más antes de estremecerse en la liberación. Nuestras miradas colisionan y se aferran mientras su ritmo disminuye hasta detenerse. Sigo flotando en una neblina de satisfacción tan intensa que parece una droga. Mi cuerpo zumba y un leve pitido me llena los oídos.

Todo este tiempo he temido que, en cuanto nos poseyéramos, el hechizo se rompiera; que el sexo fuera correcto, pero nada del otro mundo; que, al mirarnos después, comprendiéramos que había sido una locura.

Pero no es así en absoluto. La razón y la lógica están más lejos que nunca cuando sale de mí y rodamos hasta quedarnos frente a frente sobre la almohada. Respiramos con dificultad, los cuerpos cubiertos de sudor. Me aparta un mechón de la cara con los dedos.

Quiero sonreír, pero tengo las emociones tan a flor de piel que, si lo hago, quizá se me llenen los ojos de lágrimas de lo bueno que ha sido.

—¿En qué piensas? —pregunta, percibiendo mi revuelo interior.

Pienso en muchas cosas. Dudo. Temo. Espero. Pero las aparto todas y alzo la mano para rozar sus labios.

—Pensaba que ni siquiera es medianoche.

Los ojos de David se oscurecen.

—Y dije que teníamos toda la noche. Creo que la norma era ir más despacio esta vez.

—Lo dijiste —asiento. Me acerco, me incorporo sobre un codo y lo beso desde arriba. —Ya sabes lo bien que se nos da cumplir las

normas.

Sus brazos me rodean y me hundo en él.

Quizá no tengamos futuro, pero al menos tenemos toda la noche.

CAPÍTULO 20

DAVID



Lo hemos hecho. Hemos cruzado una línea de la que no hay vuelta atrás. Pero con el cuerpo cálido de Cat pegado al mío, no logro arrepentirme. Al menos, todavía no.

El reloj de la mesilla brilla con números azul pálido. Los veo avanzar mientras ella duerme e intento averiguar qué demonios vamos a hacer después. ¿Qué nuevas normas podemos imponer? ¿Qué consecuencias pesarán lo suficiente para frenarnos? Tenemos todos los motivos para no acabar en esta situación, y aun así ninguno ha sido suficiente.

El problema es que no hay un camino claro a seguir. No puedo despedirla porque quiera acostarme con ella; me odiaría y Lily no lo entendería jamás. Pero tampoco puedo salir con una mujer que está en mi nómina. Aunque técnicamente no sea empleada de mi empresa y no haya un departamento de RR. HH. que me lo recuerde, sigue siendo intrínsecamente incorrecto.

La única decisión sensata es acabar con esto ahora, antes de que se complique más.

Me mantengo despierto toda la noche. Estoy acostumbrado a seguir adelante con poco o ningún sueño. Cuando levantaba la empresa, pasar noches en vela era lo habitual. Cuando nació Lily, era yo quien recorría los pasillos con ella de madrugada para volver a dormirla. Hacía tiempo que no veía salir el sol, pero sigue siendo una imagen familiar: los cristales se aclaran detrás de las cortinas mientras el trino de los pájaros acompaña una luz grisácea y acuosa que llena la habitación.

Cat se remueve a mi lado y, en cuanto abre los ojos, lo sé, porque se queda completamente quieta. Me giro para mirarla y la encuentro sonriendo.

—Te quedaste —susurra.

—Te dije que lo haría.

Hay una nota tensa en mi voz que borra su sonrisa. Se apoya en un codo y me mira desde arriba.

—Y has pasado toda la noche pensando en lo mala idea que fue —aventura.

—No toda la noche.

Suelta el aire en un suspiro de decepción.

—David, ya está hecho. Sé que es complicado, pero los dos somos adultos y estamos de acuerdo. ¿No podemos simplemente… disfrutarlo?

No puedo evitar soltar una risa seca.

—Cat, si crees que no lo disfruté, sigues delirando.

Vuelve a sonreír, animada por mi risa.

—Entonces, ¿no puedes dejar de calcular todas las formas en que esto podría salir mal y limitarte a pasarlo bien? —Se incorpora también; la ocurrencia le ilumina los ojos. —Hagamos nuevas normas.

Alzo las cejas con escepticismo.

—¿Quieres decir porque el primer conjunto funcionó tan bien?

—Tú creaste la laguna —me recuerda Cat, señalando con la barbilla el retorcido trozo de tela negra tirado en el suelo. —Esta vez no lo haremos. Y estas serán normas que sí podremos cumplir porque permitirán… —muerde su labio y desliza el dedo por mi pierna. El leve rasguño de su uña activa cada nervio de mi cuerpo— beneficios —remata.

Su contacto deja fuera de combate la parte de mi cerebro que quizá me habría advertido de que esto tampoco saldría bien, y me alegro. No quiero pensar más en ello. Le sujeto la mano.

—¿Beneficios?

Cat alza la vista por debajo de sus pestañas.

—Regla uno: nunca dejaremos que Lily se entere.

—Eso se da por hecho —le acaricio la mejilla y hundo los dedos en su pelo.

—Regla dos: los dos estamos de acuerdo en lo que es esto —deja que la mirada le baje de mi cara a mi pecho desnudo.

—¿Y qué es exactamente?

Cat se encoge de hombros.

—Simple atracción animal. Nada más.

No estoy seguro de que sea solo eso, pero asiento. La presiono contra las almohadas. Su pelo se despliega sobre ellas, más sedoso que las fundas.

—¿Cuál es la regla número tres?

—La regla número tres es… —tira de mí hacia abajo y le atrapo la boca en un beso, interrumpiendo lo que fuera a decir. —Espera —murmura contra mis labios. —La regla número tres es importante.

Con desgana me separo. Ya está ocurriendo, joder; no veo cómo puede ser tan importante. Pero los ojos de Cat están serios al encontrar los míos.

—La regla número tres es que aceptamos alejarnos si se complica. Tú me ayudas a conseguir otro trabajo de niñera y yo le invento una explicación a Lily.

—¿Y no está ya complicado? —pregunto. No me gusta la idea de que se marche.

—Sí, pero si nos atenemos a las reglas uno y dos, será una complicación manejable.

—Complicado, pero manejable —murmuro, acercando de nuevo la boca a la suya. —Creo que es la mejor forma de describirte.

—¿A mí? —Cat abre los ojos con fingido escándalo. —Es la descripción perfecta de *ti*.

Empieza a decir algo más, pero la interrumpo con un beso y, esta vez, no se resiste.



Tengo la mala suerte de que, justo cuando Cat y yo por fin cedemos, mi madre decida instalarse en casa. El sábado por la mañana, mientras intento desayunar frente a Cat sin dar a entender que he salido de su cama hace apenas unas horas, le pregunto a mi madre, sin rodeos, cuánto tiempo piensa quedarse.

—Oh, el tiempo que Lily me quiera —responde con cariño.

—Para siempre —sentencia Lily. Le encanta tener a una abuela dispuesta a dormir en su habitación y a colarle helado a escondidas.

—¿No has reservado vuelo de vuelta? —pregunto. No es propio de mi madre planear un viaje sin fecha de retorno; tiene una agenda social apretada y le gusta así. Cat me propina una patada suave por debajo de la mesa, interpretando la pregunta como descortés. Joder, quizá lo sea, pero me da igual. Estar con Cat sería mucho más fácil si mi madre no estuviera cerca.

Tampoco ayuda que me esté dejando la piel mientras mi empresa se prepara para la convención anual de primavera. Llevamos a todo el mundo a un *resort* en Colorado donde pasamos el día entre reuniones y lanzamientos de productos, seguidos de cenas y ocio cada noche. Es un evento que espero con ilusión cada año, pero la carga de trabajo que conlleva me obliga a pasarme el día en la oficina y quedarme allí hasta después de la cena. Hay noches en que llego tan tarde que me salto la casa y voy directo a ver a Cat.

Una noche, Cat está sentada junto a la piscina cuando entro por la puerta lateral.

—Oh —dice, alzando la mirada, las sombras azules haciendo maravillas con sus ojos, —¿así que tú puedes usar esa entrada y yo no?

—Te saco unos treinta centímetros y, como mínimo, veintisiete kilos —echo un vistazo rápido a las ventanas traseras y, al no ver a nadie, me inclino para besarla. —Así que sí, yo puedo y tú no.

Cat tira de mí para que me siente junto a ella en la tumbona y me empuja hacia atrás.

—¿Crees que eres inmune a que te secuestren?

Me río mientras mantengo su mano firme en el centro de mi pecho, como si me estuviera atrapando.

—Podría levantarme si quisiera —la advierto. Cuando arquea las cejas en desafío, lo demuestro incorporándome y atrayéndola a mi regazo, pegándola a mi pecho. Es peligroso hacerlo aquí mismo, en el jardín iluminado por el resplandor azul de la piscina, pero llevo todo el día deseando ponerle las manos encima.

Cat se retuerce en broma como si quisiera soltarse, luego se relaja y se queda quieta. Bajo mi brazo, puedo sentir su corazón latiendo con rapidez. Ambos mantenemos la vista en las ventanas traseras de la planta principal en vez de en la piscina, iluminada serenamente.

—Hoy hemos ido a nadar —murmura. —Lily estaba emocionadísima.

—Esa cría es un pez —apoyo la barbilla en su cabeza y entrelazo los dedos con los suyos distraídamente. Lamento un poco haberme perdido verla en bañador, pero el hecho de verla desnuda con regularidad mitiga la decepción. —¿Qué más?

Cat me cuenta su día —asegurándose de que sepa que la ceremonia de premios del último día de colegio es el viernes por la tarde y que, según le han dicho, Lily recibirá uno de los galardones.

—Por supuesto —digo sin sorprenderme. —Es brillante.

—He pensado que podríamos salir a celebrarlo después —ladea la cabeza hacia atrás para ver mi reacción.

Los viernes suelen estar reservados para Lily y para mí, pero me gusta la idea de que Cat también esté. Además, hará de buen amortiguador entre mi madre y yo. Francesca la aprecia de forma desmesurada.

—Hagámoslo —acepto, y ella me sonríe.

—Ahora te toca a ti. ¿Qué ha salido mal hoy?

Suelto una risita. Por mucho que me guste la convención, algo *sí* sale mal casi a diario en esta fase final de la planificación.

—Tuvimos que cambiar nuestro bloque de habitaciones. Reventó una tubería en un ala del edificio.

—Al menos pasó esta semana y no la que viene.

—Muy cierto.

—¿Qué más?

—Pamela Oscotti no viene —digo, con pesar en la voz. Pamela es mi mano derecha en la empresa y mi acompañante por defecto en estos eventos. —Han adelantado la operación de su mujer.

—Oh, no —dice Cat con auténtica pena. Nunca ha conocido a Pamela, pero sabe que cuento con ella gracias a estas charlas nocturnas en las que comparamos nuestros días.

Encojo los hombros.

—¿Qué se le va a hacer? Cuéntame más de tu día. ¿Escribiste?

Cat ha mencionado de pasada que está solicitando plaza en el programa de MFA de la George Mason University. Luego, cuando la presioné, confesó que su objetivo final no era ser niñera toda la vida. Quiere ser escritora. Sin embargo, le da vergüenza. No habla del tema a menos que yo insista, cosa que no entiendo. ¿Acaso no consiste la mitad de ser escritor publicado en autopromocionarse?

—Un poco —se acomoda hasta quedar tendida entre mis piernas, mirándome desde abajo. —Estaba distraída.

—¿Por qué? —le recorro con el dedo el borde del labio inferior.

Se arquea bajo mi caricia.

—Preguntándome cuándo llegarías a casa.

Me gusta cómo suena eso. Me gusta que Cat me espere, que piense en mí.

—Ya estoy en casa.

Abre los ojos.

—¿*Estás*? No me había dado cuenta.

—Me cuesta creerlo —me acomodo para que pueda sentir mi erección contra su cadera.

Echa la cabeza hacia atrás y capturo su boca en un beso lento y profundo.

—Vale, me di cuenta —susurra en tono burlón cuando me separo.

Sonrío automáticamente, pero me rondan dos cosas: primero, cuánto tardaré en llevarla al dormitorio; y segundo, ¿qué voy a hacer cuando Cat no esté aquí esperándome? Para algo que se supone que es solo diversión, la perspectiva de que termine resulta terriblemente desalentadora.

—Creo que me gustas demasiado —murmuro, con la voz cargada de deseo y el vértigo de lo rápido y hondo que he caído.

Cat inclina la cabeza, captando claramente la nota discordante. Pero, en lugar de preguntarme, me besa de nuevo.

Y eso pone fin, de manera efectiva, a cualquier conversación y a cualquier preocupación.

CAPÍTULO 21

CAT



La ceremonia de premios de fin de curso de Lily es más lujosa que la de mi propia universidad. Me alegro de que Francesca me haya avisado. Pienso ir con mi uniforme habitual —vaqueros y una blusa mona, —pero en cuanto la veo aparecer, descarto la idea. Luce un vestido de flores, tacones altos y un sombrero que la hace parecer invitada a una boda real. No tengo un tocado a mano, pero sí me cambio a un vestido y tacones.

—¿Estoy bien así? —le pregunto a Francesca mientras doy una vuelta frente al espejo del pasillo. —¿No es demasiado corto?

El vestido lila se ciñe a mi cintura, pero la falda midi se abre y termina justo por encima de la rodilla.

Francesca me examina con ojo crítico. Sé que, si cree que la falda es demasiado corta, me lo dirá sin reparos. Las valoraciones directas y honestas no las reserva solo para su hijo, aunque conmigo suaviza la mordacidad. Al final, sin embargo, dictamina que la falda tiene la longitud perfecta y que todavía estoy a tiempo de arreglarme las uñas.

Me las pinto a toda prisa y salimos hacia la ceremonia de premios. Si ya me parecía impresionante el colegio de Lily por fuera, por dentro lo es aún más. Es tan elegante como un museo, con techos altísimos y molduras ornamentadas, pero cada aula y pasillo está claramente pensado para niños. Es como me imagino Hogwarts si cobrara vida.

—Guau —musito sin querer. —Si tuviera que volver a primaria, vendría aquí.

—Cuarenta mil dólares al año —murmura Francesca mientras entramos en el auditorio, que parece un teatro de Broadway. —Muy distinto del colegio público al que envié a su padre.

—Aunque no le ha ido nada mal —replico.

Mientras pronuncio esas palabras, David aparece por la entrada del fondo. Es uno entre una docena de padres que cruza las puertas, pero un foco invisible parece iluminarlo, resaltando la amplitud de sus hombros bajo la chaqueta y esa figura esbelta que conozco tan bien. Más de una mujer se gira para lanzarle miradas discretas, pero él solo tiene ojos para nosotras.

Para mí.

No puedo evitar seguirlo con la mirada mientras avanza por el abarrotado pasillo y se abre paso hasta nuestro lado. Si alguien me observa, debe de ser evidente que lo que quiero es tocarlo, no limitarme a asentir con educación. Me parece absurdamente injusto que, a mi alrededor, las mujeres lo recorran de arriba abajo, prácticamente relamiéndose. Quiero acortar la distancia entre nosotros y reclamarlo como mío, pero no puedo.

Porque no lo era.

Y nunca podría serlo. No de verdad. No de la manera en que ellas podrían tenerlo, si por alguna razón él decidiera corresponder a una de esas miradas largas y prolongadas. Esas mujeres están más cerca de su edad y, lo que es más importante, no son la niñera de su hija.

Me abrasa la frustración mientras tomamos asiento. No sé cómo, pero, aunque creo que Francesca venía pegada a mí cuando avanzamos por el pasillo, él termina sentado a mi lado. Los asientos son más anchos y mullidos que los duros abatibles de mi antiguo colegio, pero, aun así, David es demasiado grande para ellos. El estrecho reposabrazos no impide que su manga roce mi piel desnuda. Sus largas piernas también invaden mi espacio hasta el punto de preguntarme si lo hace a propósito.

Lanzo una mirada furtiva y lo sorprendo devolviéndomela por el rabillo del ojo. Chispas estallan entre nosotros, tan brillantes que me sorprende que la fila de atrás no las vea. La frustración se diluye y

se convierte en expectación. ¿A quién le importan las limitaciones? ¿Esas otras mujeres? Yo lo tengo de las maneras que cuentan.

Con su codo pegado al mío, contemplo la ceremonia y me siento absurdamente sentimental. Todos los niños van monísimos: ellas con vestidos que probablemente cuestan más que el alquiler de mi antiguo piso; ellos, con trajes en miniatura; y los padres, claramente orgullosos. Sé que solo experimento una fracción de su orgullo mientras veo a Lily recoger su certificado de Alumna Sobresaliente, pero aun así se me llenan los ojos de lágrimas. En apenas unos años, esos niños se graduarán de primaria, luego de secundaria y, antes de que sus padres se den cuenta, del bachillerato.

Sollozo levemente y David se inclina hacia mí.

—Estoy casi seguro de que quien debería estar haciendo eso soy yo —murmura.

—Pues hazlo —le susurro. —¡Mírala ahí arriba!

La sonrisa de David se vuelve suave mientras obedece, aunque sus ojos permanecen secos.

—¿Te puedes creer que su…

Se calla, pero sé lo que va a decir.

—¿Que Chloe no esté aquí? —susurro. —No, yo tampoco.

David me lanza una mirada sorprendida.

—¿Cómo sabes que estoy pensando eso?

Me encojo de hombros.

—Porque yo tampoco me lo creo.

David va a decir algo más, pero de pronto se frota el costado y lanza una mirada irritada por encima del hombro. Veo el codo de Francesca retirarse de nuevo a su lado del reposabrazos.

—Terminaremos esto luego —murmura David, y tengo la sensación de que no se refiere solo a nuestra conversación.

Después de la ceremonia de premios vamos al restaurante favorito de Lily, el mismo en el que Alyssa y yo solíamos trabajar. Es raro entrar con un vestido bonito en lugar del uniforme. Más raro todavía es ir acompañada del hombre al que antes solo conocía como el papá buenorro. El camarero es uno de mis amigos, un chico llamado Jason con quien salí de forma informal justo después de la universidad. Ni siquiera llegamos a ser lo bastante serios como para

cortar: simplemente dejamos de vernos cuando alguno de los dos empezaba a salir con otra persona. Cuando me ve, me dedica una sonrisa que deja claro que ahora mismo no sale con nadie.

—Hola, Cat. ¿Dónde te has estado escondiendo?

Creo que ese matiz de coqueteo solo es evidente para mí, hasta que veo cómo David entorna los ojos al mirar a Jason.

—Tengo trabajo nuevo —le digo: —cuidar de esta estrella —señalo a Lily, que aún lleva su medalla de Alumna Sobresaliente.

Jason alza la mano para chocar los cinco y ella se la choca.

—Bien hecho, enana. ¿Te traigo un batido como recompensa?

—Sí —dice Lily.

—No —responde David a la vez.

Jason alza las cejas mirándome, como si yo fuera la árbitra.

—Eh… quizá de postre —digo.

Después de tomar nota, Jason se marcha, no sin antes lanzarme otra sonrisa cómplice que provoca un ceño fruncido en David. No pude evitar disfrutarlo un poco. Al fin y al cabo, acababa de ver a una docena de mujeres mirarlo como si fuera un cucurucho de helado en un día de calor. Era justo que supiera cómo me sentía.

—¿Conoces a ese joven? —pregunta Francesca en cuanto se aleja lo suficiente.

—Trabajaba aquí —explico. —No sé si alguna vez has trabajado en un restaurante, pero el personal suele ser amigo.

—¿Qué tan amigo? —pregunta David con fingida indiferencia.

Echo un vistazo a Lily, sin saber muy bien cómo contestar. Esa vacilación le basta a David.

Durante toda la comida, cada vez que Jason se demora más de la cuenta, siento la enemistad de David hacia él. Y lo disfruto a fondo.

Lily no se entera de nada; Jason le cae bien. Cuando David accede con lo del batido, Jason le trae uno con tanta nata montada que casi duplica la altura de la bebida. Francesca parece intuir que pasa algo, pero es imposible que sepa qué.

—Me parece que el servicio ha sido bastante bueno —comenta al levantarnos para irnos.

—Ha estado bien —responde David con sequedad.

—Cat, espera. —Jason nos alcanza antes de llegar a la salida.

—Podéis ir tirando —les digo a los otros, conteniendo la risa ante la mirada asesina de David. Se nota que no quiere seguir a Francesca y Lily, pero ¿qué excusa puede dar para quedarse?

Jason mantiene su sonrisa profesional hasta que ellos salen y, entonces, la deja caer.

—Vaya, ese tío me odia de verdad, ¿no?

—No es nada personal —le aseguro. —Tampoco era precisamente simpático cuando le atendía.

—¿Y ahora? —Jason ladea la cabeza; su pelo desordenado le cae sobre los ojos de esa manera que antes me parecía adorable. Me lo seguía pareciendo, pero ahora en un sentido fraternal. Para mí nadie podía compararse con David.

—Y ahora… —vacilo. Quiero decirle la verdad para que no piense que podemos retomar lo nuestro, pero lo de David y yo es un secreto absoluto. —Y ahora tiene que caerle bien porque, básicamente, vivo en su casa —concluyo.

—No es que lo pongas difícil —dice Jason, tanteando el terreno, mientras me toca el brazo. —Quiero decir, me resultas bastante atractiva.

Por el rabillo del ojo siento que David nos observa tras las puertas. Doy medio paso atrás y digo con neutralidad:

—Ha sido un placer volver a verte. Seguro que volveremos otro día a por otro batido.

Jason encaja bien el desaire. Lanza una mirada hacia la puerta, como si entendiera más de lo que he dicho, y luego me da un abrazo lateral con un solo brazo.

—Siéntate en mi zona cuando quieras. Te cuidaré.

Luego desaparece en dirección a la cocina y yo salgo para reunirme con los demás.

Frente al ceño de David, no puedo evitar sonreír. Ya era bastante malo que *yo* empezara a sospechar que nadie estaría jamás a su altura a mis ojos.

Él nunca podría saberlo.

CAPÍTULO 22

DAVID



Nunca he sido de los que se ponen celosos, pero algo en la forma en que ese camarero desaliñado mira a Cat me hace hervir la sangre. Está claro que entre ellos ha habido algo, aunque no alcanzo a imaginar qué demonios le ve ella. Parece uno de esos tipos que va al trabajo en patinete y toca la batería en una banda de garaje de mala muerte.

Al llegar a casa, mi madre anuncia que va a llevar a Lily a hacerse la manicura.

—Oh, vale —dice Lily, sorprendida. —Pensaba que podríamos ir a la piscina…

—Podemos ir a la piscina después —replica mi madre con firmeza. —Cat, estás invitada si quieres venir.

Rezo en silencio para que Cat rechace la invitación. No es habitual que tengamos una hora garantizada a solas en la casa. De hecho, estoy casi seguro de que nunca ha ocurrido.

—Gracias, pero tengo trabajo que hacer. Estoy solicitando plaza en un programa de *MFA* —explica.

No sé si es cierto o una excusa conveniente para no quedarse. En cuanto mi madre sale con Lily, nos quedamos Cat y yo solos. Cierro la puerta tras ellas y voy a buscarla.

No está en el salón ni en la cocina, como esperaba. Echo un vistazo fuera por si se dirige a la caseta de la piscina para hacer ese supuesto trabajo, pero no hay rastro. Subo al piso de arriba, preguntándome si habrá ido a ordenar la habitación de Lily. De ser así, tendré que recordarle que no le corresponde.

Sin embargo, la encuentro de pie en el umbral de mi habitación, sonriente y burlona.

—Hola —dice, aferrándose al picaporte como si pensara impedirme la entrada a mi propio dormitorio. Ni de coña, no con ella dentro.

—¿Quién era ese imbécil del restaurante? —pregunto mientras avanzo, obligándola a retroceder y cederme el paso. Una vez dentro, cierro la puerta. No tengo a Cat en mi habitación desde la noche en que le mostré las cajas con la mierda de Chloe que aún guardo en el armario extra. Desde entonces nos hemos limitado a la casita.

—Solo un chico con quien salía antes —responde, con un matiz juguetón que deja claro que disfruta de mis celos. Ladea la cabeza y su melena castaño-dorado se desliza sobre el hombro. —Era algo intermitente.

Deslizo las manos por sus brazos, sobre los hombros, hasta enmarcar su rostro entre mis palmas.

—Pues ahora se ha apagado para siempre.

—Recuerdo las reglas. Nadie más mientras estemos haciendo… lo que sea que estemos haciendo.

Quiero decirle que no habrá nunca nadie más, pero no tengo derecho. Algún día esto se complicará y ella seguirá adelante; entonces ya no podré opinar sobre si vuelve a quedar con ese capullo. El pensamiento arde despacio bajo mi piel: la premonición de unos celos furiosos que me devorarán. Quizá no será él, pero será alguien, y yo lo detestaré.

—Nadie más —gruño y capturo su boca en un beso duro. Ella no intenta suavizarlo; al contrario, rodea mi cuello con los brazos y me acerca. Llevo todo el día deseando tocarla y por fin puedo. Deslizo las manos bajo aquella falda insinuante, subo por sus muslos, la alzo y la empotro contra la pared con mi cuerpo.

Cat suelta un jadeo de sorpresa y se aferra a mí con más fuerza. Mi polla se aprieta contra el hueco suave entre sus piernas y, al quedar casi inmovilizada, se frota contra mí. Maldigo la tela que nos separa e impide hundirme en su interior. Los leves gemidos que suelta junto a mi oído me confirman que ya está bien húmeda. Es como si el restaurante hubiera sido una retorcida forma de

preliminar en la que me insinuaba que podía coquetear con otro delante de mí y yo hubiese jurado en silencio hacerle olvidar que existía alguien más en cuanto la tuviera a solas.

Es hora de borrar el recuerdo del camarero intermitente.

Deslizo la boca hasta su oreja, muerdo el lóbulo y bajo a su garganta. Instintivamente, sus dedos se enredan en mi pelo y ladea la cabeza. Me deleito con su piel sensible, sin preocuparme de ser cuidadoso ni de evitar las marcas. Por una vez no me importa si nos descubren; solo quiero marcarla, que cualquiera que la mire sepa que está ocupada y no puede tocarla.

Solo cuando sus dedos se cierran con fuerza en mi cabello y tiran con insistencia me detengo. Intenta llevarse las manos al cuello para comprobar su piel delicada, pero le atrapo la muñeca y la clavo contra la pared a la altura de la cabeza. Quiero que comprenda que ahora mando yo. Ella se divirtió en el restaurante; ahora me toca a mí.

Cat abre sus brillantes ojos azules y veo un destello de desafío. Sabemos que esto es tanto sexo como un desafío. Y a ella siempre le gusta plantar cara.

—No tienes que ponerte celoso —murmura, los finos tirantes de su vestido deslizándose por sus hombros. —Es lo que pasa cuando tienes veintitantos y trabajas en un restaurante: acabas saliendo con la gente de allí.

Un recordatorio de que soy mayor que ella.

Aprieto más mi agarre y la separo de la pared de un tirón. Suelta un grito y trata de aferrarse a mis hombros, pero la lanzo sobre la cama antes de que pueda. De pie ante ella, me quito la camisa y la corbata.

—Déjame enseñarte lo que pasa cuando dejas que el camarero crea que tiene una oportunidad contigo —digo en voz baja. —Quítate el vestido.

Sin apartar la mirada de la mía, Cat empuja los tirantes hasta el final, dejando al descubierto sus pechos llenos y perfectos, apenas contenidos por un sujetador tipo corsé sin tirantes. Es blanco, pero de virginal no tiene nada. Al deslizarse fuera del vestido veo que combina con una braguita de seda blanca. Mi polla pasa de rígida a

dolorosamente dura. El blanco resalta contra su piel bronceada. Con sus impecables ojos azules, su pelo castaño-dorado y esa media sonrisa, parece un ángel depravado.

Quiero arrancarle la fina tela y hundirme en ella, pero tenemos toda una hora. Voy a aprovecharla. Hago un gesto para que se acerque.

Cat repta por la cama hasta mí, los orbes dorados de sus pechos, apenas contenidos por aquella prenda blanca. Resplandece bajo la luz de la tarde que se cuela por las lamas. Se muerde el labio al desabrochar el botón de mis pantalones, y no sé si es timidez real o puro espectáculo. Me da igual. Solo pienso en meter mi polla entre sus labios carnosos y sentir el roce suave de sus dientes blancos cuando empuje la punta dentro.

Ella sabe lo que quiero, pero se lo toma con una lentitud exasperante. Me baja los pantalones y los calzoncillos, luego alza los ojos azules hechos líquido antes de envolver mi erección dolorosa con la boca. Deslizarme en su interior es el paraíso y tengo que tensar cada músculo para no empujar. Es un tormento dejarla marcar el ritmo, y empiezo a preguntarme quién está dando la lección a quién.

Mientras Cat se mueve arriba y abajo, le sujeto la cabeza con una mano y busco sus pechos con la otra. Gime cuando pellizco sus pezones, rodándolos entre pulgar e índice. Después deslizo la mano más abajo y encuentro el suave botón entre sus piernas. Al acariciarlo, me toma todavía más hondo, hasta que la punta choca con el fondo de su garganta. Cuando gime, la vibración me recorre entero. Tiemblo y me retiro, luchando contra el impulso de correrme en ese mismo instante.

—Puedes hacerlo —susurra Cat, los párpados pesados. Como siempre, ha adivinado mi pensamiento.

—En otra ocasión —digo con dificultad. —Ahora tengo otros planes para ti. Date la vuelta.

Cat se gira lentamente, apoyada en las rodillas, mirándome por encima del hombro. Pongo la mano en la curva de su espalda y empujo hasta que queda a cuatro patas delante de mí. Enrollando su melena alrededor de mi puño como si fuera una cuerda, me subo a

la cama tras ella y alineo la cabeza de mi polla con su entrada cálida y mojada.

—¿Cómo has dicho que se llamaba? —pregunto con voz sedosa, deteniéndome.

—¿Qué? —la palabra sale en un jadeo.

—El camarero con el que tenías algo intermitente —aclaro, empujando apenas, presionándola sin llenarla todavía.

—No importa.

Considero torturarla más, pero me gusta su respuesta.

—Tienes razón —respondo y la embisto con fuerza; ella jadea cuando todo mi largo la llena. —No importa. El único nombre que importa es el mío.

Cat asiente con fuerza, incapaz de articular palabras mientras la penetro hondo.

—Dilo —gruño, apretando su cabello. —Di mi nombre.

—David, *David* —lo gime una y otra vez, hasta que parece un ruego. Reduzco el ritmo, pero ella empuja más fuerte y sus jadeos se convierten en gemidos. Noto que está cerca, pero no quiero correrme todavía. Incluso después de que su cuerpo tiembla con el primer orgasmo, sigo embistiendo.

—Di que no volverás a verle —ordeno.

—¡Nunca! —la promesa sale temblorosa pero rotunda. Suelto su pelo y agarro sus caderas. Ella se empala en mi polla, acercándose a su segundo clímax, y el mío se va construyendo también. Siento la tensión en cada parte de mi cuerpo.

—Solo yo —exijo, ya sin control. Tengo que oírselo, cueste lo que cueste.

—Solo tú —jadea Cat, obediente.

La aferro con fuerza por la cintura para mantenerla estable y empiezo a taladrarla con embestidas rápidas y profundas. Los jadeos de Cat se elevan cada vez más alto. Ese sonido casi me empuja al límite, pero ella aún no ha llegado, así que meto la mano entre nuestros cuerpos y froto su clítoris mientras la atravieso.

Cat se sacude como si una corriente eléctrica la atravesara. Está tan cerca y yo no aguantaré mucho más.

—David —gime. —No puedo…

Y entonces su cuerpo se convulsiona alrededor del mío y sé que ha llegado. Con alivio, suelto el frágil control que me queda y la embisto una, dos veces más, y me voy con ella.

CAPÍTULO 23

CAT



Durante las dos primeras semanas de las vacaciones de Lily, los días se despliegan exactamente como los imaginé. Lily duerme hasta las ocho, ocho y media, lo que significa que David se queda conmigo en la casita de la piscina hasta las siete y media y se escurre justo antes de que Francesca aparezca, puntual a las siete cuarenta y cinco, para su ritual de café junto a la piscina.

La mayoría de las veces me unía a ella allí. En las semanas que llevo aquí, he llegado a verla como algo más que la madre de David o la abuela de Lily. De un modo inesperado, se ha convertido en una especie de mentora para mí. Me escucha con paciencia mientras sopeso los pros y los contras del MFA y, luego, zanja el asunto con su pragmatismo habitual: debo lanzarme de una vez y dejar de quedarme de brazos cruzados. Ojalá pudiera confiarle mi situación con David, pero por ahora es imposible. Ya me preocupa que lo sospeche. Aunque cambiase su nombre, si le confesara que me estoy enamorando de un hombre que nunca podré tener por razones que no puedo revelar, le resultaría demasiado fácil encajar las piezas.

Esta mañana, como si me leyera la mente, me sirve una taza de café y dice: —Basta de ese programa de MFA: cuéntame tu vida amorosa.

Casi me atraganté con el primer sorbo. —¿Qué vida amorosa? —logré articular.

No me habría sorprendido que dijera *la secreta que mantienes con mi hijo* y entonces tendría que morir o renunciar. Probablemente

lo primero. Para mi alivio, se limitó a decir: —Soy una mujer mayor, Catherine. Déjame vivir a través de ti.

—Tienes sesenta y cinco años.

Francesca no los aparentaba, pero detestaba los cumplidos, así que no intenté convencerla.

Frunce la nariz con delicadeza. —Exacto.

—Eso no es ser vieja precisamente. —Tomé otro sorbo de café. Deseaba cambiar de tema desesperadamente, pero no sabía si también parecería sospechoso. Francesca era demasiado perspicaz como para engañarla con una maniobra, por muy cuidadosa que fuera.

Me lanzó una mirada acerada con esos ojos verde grisáceo tan parecidos a los de su hijo y su nieta. —No son veinte…

—Seis —la corrijo.

—Veintiséis —murmura Francesca. —Yo tuve a David con veinticinco. ¿Te lo imaginas?

Desde luego que no; me cuesta imaginar a David cuando era un bebé. ¿Había nacido sabiendo anudar una corbata a la perfección?

—¿Tú quieres hijos? —insiste Francesca al ver que guardo silencio.

Me remuevo incómoda. ¿Era Francesca psíquica? ¿Sabía, de algún modo, que de pronto podía imaginarme con hijos en un futuro cercano? Antes siempre había supuesto que los tendría algún día, pero ese día se sentía nebuloso y lejano. Traté de convencerme de que no era por David. No era tan tonta como para pensar que él y yo llegaríamos a ese punto. Tenía más que ver con Lily: la adoraba tanto que podía imaginarme siendo su madre. Por eso, cuando imaginaba a ese hipotético bebé, tenía unos tormentosos ojos verde grisáceo.

—Sí —dije despacio, porque Francesca seguía esperando una respuesta. —Algún día. Si encuentro a la persona adecuada.

Gruñe con irritación, apenas un murmullo en el fondo de la garganta. —Algún día. Eso es todo lo que oigo de mi hijo cuando le pregunto cuándo va a darme más nietos.

Intento que no se me note la sorpresa. No tenía ni idea de que David se imaginara teniendo más hijos *algún día*. Parecía

perfectamente contento solo con Lily. —Solo tiene cuarenta —digo con neutralidad. —Le sobra tiempo.

—¿Y a quién le importa él? —replicó Francesca. —Mis rodillas no tienen tanto tiempo.

Sus rodillas nunca parecían molestarle cuando subía y bajaba la escalerilla de la casa del árbol de Lily o la perseguía por las escaleras. Aun así, no dije nada. Nunca tenía sentido discutir con Francesca: o ganaba ella o cambiaba de tema.

—Quizá encuentre pronto a la persona adecuada. —Intenté mantener la emoción fuera de mi voz, pero los ojos de Francesca parecían atravesarme, como si supiera que estaba ahí, oculto bajo esa fina capa de fingida indiferencia. ¿Podía darse cuenta de que la idea de que David conociera a «la persona adecuada» me hacía sentir como si me arrancaran las tripas?

Por suerte, antes de averiguar si lo notaba o no, oímos el chasquido de la puerta del patio al descorrerse sobre nuestras cabezas. Un instante después, el rostro de Lily apareció por encima de la barandilla.

—¿Piscina? —grita.

—Después de desayunar —contesté.

Ella sonrió e hizo un gesto para que subiera. Así lo hice, aunque a Lily le gustaba prepararse el desayuno. Hizo tostadas con mantequilla para las dos y luego echó virutas de colores y azúcar con canela en la suya. Yo batí unos huevos para añadir algo de proteína y acabábamos de sentarnos a comer cuando entró David.

Va vestido para el trabajo, pero aún lleva el pelo húmedo. Deseé, no por primera vez, que encontráramos más momentos a solas para poder unirme a él en su enorme ducha con dos rociadores. Me cazó la mirada y sonrió de medio lado, como si supiera en qué estaba pensando.

—Otro desayuno de campeonas, veo —comentó, echando un vistazo al plato de Lily.

—Eh, he hecho huevos. —Levanto la sartén a modo de prueba. —¿Quieres?

—No, ya voy tarde. —David revuelve el pelo de Lily y me dedica otra mirada prolongada por encima de su cabeza que me eriza de

pies a cabeza. —Disfruta de tu última semana de verano, enana.

Lily tenía la boca llena de tostada, pero no pareció sorprendida por su comentario. Yo, en cambio, me quedé petrificada.

—¿Cómo que su última semana? —exigí saber, deslizando la mitad de la ración al plato de Lily y la otra mitad al mío. —No vuelve hasta finales de agosto.

—No vuelve al *colegio* hasta finales de agosto —corrigió David. —Pero su calendario de verano empieza la semana que viene. Tiene dos clases de preparación para avanzados y luego empezará danza y el equipo de natación.

Miré a Lily para ver si lo sabía. Encogió sus pequeños hombros como si no fuera gran cosa, pero vi una sombra de decepción en sus ojos. La cría quería dormir hasta tarde, comer tostadas con virutas y chapotear en la piscina todo el verano, no asistir a clases de refuerzo y equipos. David salió de la cocina, ajeno a todo esto.

—Ahora vuelvo —le dije a Lily apresuradamente y lo seguí hasta el vestíbulo.

David alzó las cejas cuando lo acompañé hasta el porche y cerré la imponente puerta tras nosotros. Echó un vistazo a las ventanas laterales y murmuró:

—Esto no es precisamente discreto, Cat.

El timbre grave de su voz me recorre entera, casi me distrae de mi objetivo.

—No intento ser discreta —contesté en voz baja. —Quería preguntarte por el horario de verano de Lily.

Volvió a arquear las cejas, pero sus labios se endurecieron. Seguía detestando que lo cuestionara respecto a Lily.

—Es mucho, David —dije, intentando que sonara a petición y no a crítica. —Trabaja tan duro todo el año… ¿no crees que se merece relajarse en verano? Recargar pilas?

—No es una batería, Cat. —Su voz estuvo a punto de sonar a chasquido, algo que no ocurría desde que empezamos a acostarnos juntos. Me puso rígida.

—Exacto —replico, metiendo acero en mi voz. —Es una niña de siete años y son sus *vacaciones* de verano.

David echó una mirada impaciente a su Model S. Estaba demasiado ocupado para esta conversación, pero yo esperaba que eso jugara a mi favor. ¿Qué costaba aceptar que dejara una clase o un equipo?

Sus ojos aún chispean de irritación cuando vuelven a los míos.

—Creí haber dejado claro, Cat, que respecto a mi hija mando yo.

—¿Y la opinión de nadie más cuenta? —Señalé la puerta con la mano. —¿Ni siquiera la suya?

David ya tenía la boca abierta para afirmar sin rodeos que mi opinión no importaba, pero se detuvo. Miró hacia la puerta como si pudiéramos ver a Lily al fondo de la casa, terminando el desayuno.

—A Lily le gusta estar ocupada —dijo al fin. —Es como yo.

—Puede, pero también le gusta opinar sobre *cómo* se mantiene ocupada. *Como a ti*.

Visiblemente irritado, David tiró del nudo de la corbata como si le apretara. Mi corazón da un vuelco cuando muerde la palabra *«bien»*. Pensé que iba a acceder a que dejara algo, pero en vez de eso, alargó la mano hacia el pomo.

—Preguntémosle.

—¡No va a decirte que quiere dejar nada! —exclamé antes de que abriera la puerta. —Te idolatra, David.

Ya la estaba abriendo y avanzaba con paso firme hacia la cocina. Lo seguí, sabiendo perfectamente lo que iba a ocurrir.

Lily lo miró con los ojos muy abiertos, con el último bocado de tostada aún en la mano.

—¿Papá?

—Lils, ¿tienes alguna objeción a tu horario de verano? —pregunta con la misma ligereza displicente con la que un empleado del aeropuerto te preguntaría si llevas explosivos, esperando un rotundo «Oh, no, claro que no».

Y eso fue exactamente lo que obtuvo. No capta la vacilación ni la mirada que Lily me lanza antes. Solo escuchó la confirmación que esperaba y dijo:

—Genial. Nos vemos esta noche, Lils.

Esta vez ni me molesto en seguirlo por el pasillo. No tenía sentido. En su lugar, me dejé caer en la silla frente a Lily y me pinté

una sonrisa radiante. No quería que pensara que me decepcionaba que no le hubiera dicho la verdad. Lo entendía perfectamente: era muy difícil decepcionar a David.

—Bien, enana, ¿cuál es tu lista de deseos de verano? ¿Qué es algo que siempre hayas querido hacer?

Lanzó una mirada a la piscina, que relucía como una joya azul en el nido verde de su enorme jardín trasero.

—Bueno —dijo despacio, —el año pasado quería ir a Busch Gardens con Mackenzie y su madre, pero…

Lily se quedó en silencio, probablemente incapaz de recordar qué club, clase o actividad había descarrilado aquel plan.

—Estupendo, vamos —me levanté de un salto. Busch Gardens estaba a un par de horas, pero apenas eran las ocho y media y teníamos que aprovechar estos últimos días de verano sin ataduras. —Preguntémosle a Francesca si quiere venir.

Francesca, decididamente, no quiso.

—Llevo tiempo intentando planear un pequeño viaje —dijo cuando la invité. —Lo haré mientras vosotras estáis fuera.

Volví a la casita de la piscina para ponerme el bañador bajo los shorts y la camiseta. Cuando abrí de nuevo la puerta, encontré a Lily dando saltos en el escalón de entrada. Se había quitado el pijama a la velocidad del rayo e incluso llevaba una pequeña riñonera en la cintura. Estaba medio abierta y pude ver un tubo de crema solar y varios sobres de bebida con electrolitos. Una carcajada y un nudo de amor se me enredaron en la garganta. Con siete años, jamás se me habría ocurrido llevar nada más que mi Tamagotchi y quizá el libro que estuviera leyendo.

—¡Vámonos, vámonos! —canturreó, dando brincos sobre sus delgadas piernas como una rana. Le sonreí: nunca había parecido más una niña de siete años que en ese momento.

—Espera, aún no he metido mi crema solar. —Dejé la puerta entornada y volví dentro. —Y creo que ni siquiera tengo bebida con electrolitos.

—He traído suficiente para ti también —dijo Lily, metiendo otro sobre y cerrando la cremallera. Me siguió, sin dejar de saltar. Mientras yo sacaba dos botellas de agua del pequeño frigorífico, ella

daba brincos por el perímetro de la habitación. Aún buscaba una bolsa adecuada cuando, de pronto, se detuvo.

—Oye, ¿estos son los gemelos de mi padre?

El corazón se me subió a la garganta. El calor me inundó el rostro y me alegré de estar de espaldas a ella. Seguro que la culpa se me veía a leguas.

—Eh… —gané tiempo. —¿Puede? ¿Hablas de los que están en la mesa?

Componiéndome, me giré para verla coger uno.

—Sí lo son —anunció. —¿Ves? Tienen el símbolo de su empresa.

No los había observado tan de cerca cuando ayudaba a David a quitarse la camisa, pero ahora podía ver el distintivo logo de DKI grabado en la plata.

—Supongo que sí —dije, esforzándome por mantener la voz neutra. —Llevan ahí desde que me mudé.

Lily dejó caer de nuevo el pequeño cuadrado plateado sobre la mesa.

—Qué raro —comentó sin interés y volvió a brincar por la habitación.

La observo unos segundos, sacudida por un alivio vertiginoso y una persistente punzada de horror. Es como esquivar por los pelos un accidente: si salgo diez segundos antes, acabo en ese amasijo de metal retorcido y todo se arruina. Esa sensación no se disipa hasta que nos metemos en el coche y enfilo la salida del camino. Lily parloteaba sobre las atracciones a las que quería subir y las que todavía no alcanzaba la altura mínima, sin el menor rastro de sospecha en la voz.

La culpa por mentirle, unida a mi deseo de regalarle los *mejores* últimos días de verano de su vida, hace que, cuando llegamos a Busch Gardens dos horas y media más tarde, nos quedemos allí todo el día. Llamé a Francesca a las dos, cuando me di cuenta de que no saldríamos a tiempo de llegar para la cena. Podría haber llamado a David, pero sabía que Francesca sería más propensa a decirnos que no nos preocupáramos y que nos quedáramos todo lo que quisiéramos. Me sentí un poco culpable por saltármelo, pero no lo suficiente como para renunciar al parque acuático.

No nos marchamos hasta el cierre del parque. Cuando volvemos al coche, estamos agotadas, hambrientas y llenas de esa satisfacción que solo se siente tras pasar un día de verano al sol, comiendo pizza carísima y apurando bebidas con poco hielo. La punta de la nariz y las mejillas de Lily se han puesto rosadas, a pesar de que le compré un sombrero y le reapliqué la crema casi cada hora. Le sonreí mientras salíamos del aparcamiento.

—¿Ha sido todo lo que esperabas?

Asiente con entusiasmo.

—¿Podemos volver mañana con Mackenzie?

Odio decepcionarla después de un día tan bueno, pero presiento que David ya estará bastante irritado por nuestra tardanza. No me importa presionarlo, pero llevar a su hija más allá de su hora de dormir dos noches seguidas no parece buena idea.

—Quizá —murmuro, evasiva.

—Eso significa que tienes que hablar con mi padre primero, ¿verdad? —Lily pone cara de disgusto. —Crees que va a decir que no, ¿a que sí?

—Creo que le gusta poder verte por la tarde, no solo para darte las buenas noches.

Lily era muy razonable para tener siete años, pero pude ver que luchaba entre la comprensión y la decepción. Prometí en silencio hacer todo lo posible para que David aceptara.

Y tenía algunas ideas sobre cómo convencerlo.

CAPÍTULO 24

DAVID



Eran las nueve y media cuando el sistema de seguridad envió una alerta a mi móvil avisando de que alguien acababa de entrar en el camino de acceso. Estábamos en pleno verano, así que, a pesar de lo tarde, la bóveda celeste apenas se estaba oscureciendo y las estrellas salpicaban el cielo sobre las copas de los árboles. Una noche preciosa—igual que la velada que acabábamos de compartir.

Una velada estupenda para pasarla con mi hija, si alguien no se la hubiera llevado fuera todo el maldito día.

Los alcancé en la entrada, aproximándome mientras Cat seguía de espaldas, ayudando a Lily a salir de su alzador.

—¡Papá! —exclamó Lily al verme por encima de su hombro.

—Te dije que se lo preguntaría —murmuró Cat mientras se giraba, y se detuvo en seco al verme.

—¿Preguntarme qué? —respondí con tono neutro. —¿Si está bien que mi hija llegue pasada su hora de dormir?

—No —Cat se apartó un mechón tras la oreja. —No era eso.

No parecía nerviosa, exactamente, pero sí a la defensiva.

Lily nos miró a los dos. —Voy a ver a la abuela —anunció.

—Buena idea.

Cuando la puerta principal se cerró tras Lily, Cat y yo nos quedamos mirándonos en la entrada. Las lámparas a ambos lados de la puerta derramaban una luz dorada sobre ella que realzaba su pelo y su piel. Llevaba una camiseta de tirantes mínima sobre la parte superior del bañador y unos shorts vaqueros recortados que dejaban a la vista prácticamente cada centímetro de sus largas y

perfectas piernas. Me gustaba así —informal y despeinada, —aunque ahora no pudiera aprovecharme de ello. Antes tenía que dejarle claras un par de cosas.

—Le pregunté a tu madre si podía traer tarde a Lily —dijo, alzando la barbilla.

Por mucho que apreciara que la rebeldía la hiciera aún más atractiva, tenía que cortar por lo sano.

—Lo sé, lo que me hace pensar que crees que puedes pasarme por encima. —Di un paso adelante, acortando la distancia. —Pero te equivocas. Cuando se trata de Lily, la última palabra soy yo. Yo tomo las decisiones y creo que sabes perfectamente que no querría que la llevaras al otro extremo del estado y la devolvieras pasada su hora de dormir.

—Lo sé —admitió, —pero estoy intentando darle el verano perfecto en solo cuatro días.

Sus palabras arrastraban el eco de nuestra discusión de esta mañana. Ella seguía pensando que debía dejar que Lily vagueara durante las próximas seis semanas mientras sus compañeros asistían a esas clases de refuerzo y le sacaban ventaja. Quise preguntarle si había visto lo orgullosa que estaba Lily cuando recibió la medalla de Mejor Alumna, pero la verdad era que daba igual si lo había visto o no. Yo sí, y pensaba asegurarme de que Lily siempre tuviera opciones reales de conseguir esos premios.

Oscilaba entre el impulso de acariciarla y las ganas de zarandearla.

—Aprecio lo que intentas hacer, pero no puedes hacerlo saltándote mi autoridad. —Escuché el acero en mi propia voz e intenté suavizarlo. —No soy irrazonable, Cat. Quiero decirte que sí.

Ella había estado mirando obstinadamente por encima de mi hombro, pero ahora sus ojos se encontraron con los míos.

—Yo también quiero decirte que sí —murmuró.

Mi sangre hirvió y la entrepierna se me tensó. No había forma de malinterpretar lo que quería decir. Por un momento me sentí aliviado. Habíamos dejado esto atrás. La vería en la casita de la piscina esta noche, como siempre, y…

—Lily me pidió que mañana las llevase a ella y a Mackenzie de nuevo a Busch Gardens —dijo Cat, pillándome con la guardia baja. Dio un pequeño paso hacia mí, lo suficiente para que pudiera oler el cloro en su pelo y la crema solar en su piel. —¿Qué puedo hacer para convencerte de que digas que sí?

No podía tocarla porque estábamos completamente al alcance de la cámara de seguridad, a la que mi madre podía acceder desde su móvil, pero todas las terminales nerviosas y sinapsis de mi cuerpo empezaron a dispararse. Parte de mí estaba cabreado porque me pidiera algo así tan pronto; otra parte solo quería aceptar y llevármela a la casita de la piscina ahora mismo.

—Catherine —advertí.

—Lo sé, lo sé. Pero la madre de Mackenzie ya me confirmó que podía ir mañana; el resto de la semana la tiene ocupada. —Sus ojos azules se abrieron en una súplica, una táctica tan eficaz como su obstinada rebeldía.

—¿Y vas a encargarte tú sola de dos niñas de siete años? —No me gustaban las cifras.

—Yo sola lidiaba con siete niños de dos años —replicó Cat. —¿No recuerdas dónde trabajaba antes?

Lo recordaba, pero eso no significaba una mierda. Ninguno de aquellos críos era mío. Y, sinceramente, no quería decirle que no. Una idea empezó a filtrarse lentamente en mi cerebro. Me marchaba a la conferencia el jueves por la mañana y, por suerte, ya se nos estaban acabando los obstáculos que superar. Podía cogerme el día libre e ir a ese maldito parque con ellas. Me ayudaría a compensar a Lily por estar fuera el fin de semana y por haber trabajado hasta tarde estas últimas semanas.

Y si además conseguía que Cat dejara de discutir conmigo durante un rato, sería una situación en la que todos ganábamos.

—Tengo una idea —dije por fin, comprometiéndome.

Cat me escudriñó el rostro y adivinó que lo que fuera le iba a gustar. Sonrió y sentí un vuelco en las entrañas de lo mucho que me gustaba esa sonrisa. ¿Cuándo se había vuelto tan condenadamente importante para mí hacer feliz a Cat?

¿Y qué iba a hacer al respecto?

Lily no se lo podía creer. Iba a volver a Busch Gardens y yo iba con ellas.

—¡Pero odias las montañas rusas! —no paraba de repetir, como si temiera que no supiera en qué me estaba metiendo.

—No las odio. Simplemente no dejo que mi hija de siete años se suba a las grandes, aunque cumpla la altura mínima —repliqué.

—Las odia —apostilló mi madre, entregándonos botellas de agua. —Siempre las ha odiado.

Le lancé una mirada fulminante a la que ella respondió con una sonrisa despreocupada.

—Bueno, es verdad.

—¿Por qué? —preguntó Cat con inocencia. —¿Es una cuestión de control?

Entonces le dirigí una mirada a ella. Me alegró comprobar que llevaba de nuevo shorts recortados y una camiseta de tirantes fina sobre el bañador. Si iba a pasar el día rodeado de montañas rusas, que efectivamente odiaba, al menos podría concentrarme en sus largas piernas bronceadas.

Recogimos a Mackenzie al salir de la urbanización. Melissa se sorprendió al verme al volante. Miró por encima de mi hombro hacia Cat, en el asiento del copiloto, y una sombra le cruzó el rostro. No lo sabía—era imposible que lo supiera—pero sospechaba.

Cat percibió su curiosidad y la extraña tensión que se instaló entre nosotros cuando Melissa volvió a mirarme. Permaneció inusualmente callada, girándose para hablar con las niñas.

—Si hubiera sabido que ibas, también me habría apuntado como acompañante —murmuró Melissa cuando la atención de Cat estaba en otra parte.

—Decisión de última hora —contesté escuetamente. Sentí un leve pinchazo de culpa, pero siempre había sido sincero con ella. Hablaba en serio cuando le dejé claro que no buscaba nada estable. Nunca planeé introducir en la vida de Lily a otra mujer que pudiera no quedarse.

Hasta Cat.

Dominaba mis pensamientos desde que entró en nuestras vidas. Primero luchaba contra lo mucho que la deseaba; después acepté con resignación que jamás podría tenerla. Y ahora me encontraba en esa situación imposible: tenía todo lo que deseaba y ninguna forma de conservarlo.

Qué apropiado era acudir a un parque lleno de montañas rusas: así se sentía mi vida últimamente, y no me gustaba. No se trataba de las montañas rusas, sino de no tener el control. Abrocharme el arnés y dejar que me llevaran nunca había sido lo mío. Lo hice una vez con Chloe y fue un desastre. Sabía que Cat no era Chloe —para empezar, cuidaba de Lily mejor que su propia madre. Le salía de forma natural. Ya lo había visto en el restaurante incluso antes de que trabajara con nosotros. Adoraba a mi hija y el sentimiento era recíproco.

Y eso hacía aún más difícil convencerme de que lo mío con Cat no iba a descarrilar por completo.

CAPÍTULO 25

CAT



David conduce con esa concentración férrea —los ojos entornados— con la que afronta cualquier reto, como si la I-495 fuese un adversario al que debe mantener siempre un paso por detrás. Si viajáramos solos, apoyaría la mano en su hombro o en su muslo para intentar relajarlo con mi contacto. Me cuesta no inclinarme para reclamarlo y me pregunto cómo aguantaremos varias horas, uno junto al otro, sin poder cruzar esa barrera.

También me pregunto si para él es tan difícil como para mí.

¿Piensa en mí con la misma obsesión que yo siento por él? ¿Temerá este fin de semana que se acerca —el primero que pasaremos separados desde que comenzó esto que tenemos— tanto como lo temo yo? Es tan difícil de leer, salvo cuando la exasperación chisporrotea a su alrededor como un campo de fuerza o la irritación se enrosca en las sílabas de sus palabras. Sé cuándo algo le molesta y cuándo me desea, pero no logro descifrar la parte más sutil de sus pensamientos.

En el parque casi espero que mantenga sus murallas en pie, su reserva erguida como un abismo entre nosotros. Al fin y al cabo, estamos con Lily. Sin embargo, para mi sorpresa, en cuanto Lily y Mackenzie se pierden entre la gente de una atracción, él me estrecha contra su cuerpo.

—Llevo todo el día queriendo hacer eso —dice, y me regala un beso duro y breve.

—Jamás lo habría adivinado —le doy un manotazo juguetón. ——Te pones tan serio cuando conduces.

David se encoge de hombros sin negarlo. —Llevo mercancía importante en ese coche.

Le escudriño el rostro, preguntándome si solo se refiere a Lily o si yo estoy incluida en esa descripción. Nunca sé lo importante que soy para David; si estoy a la altura de lo importante que él se está volviendo para mí.

No me contesta, pero vuelve a besarme, cuidando de mantener un ojo en la salida de la atracción por si acaso. Me derrito en ese beso. Si me guío por cómo me besa, cómo me toca, no tengo dudas. Solo cuando intento averiguar qué ocurre en su cabeza empiezo a plantearme cosas.

Así que decido que, al menos hoy, no voy a intentarlo. Voy a saborear las veces que me agarra la mano, los besos que pretenden ser rápidos y se alargan, la sensación cálida y fundente que me inunda cuando sorprendo sus ojos clavados en mí. No me sale natural; mi cerebro quiere ir marcando puntos. La versión adulta del *me quiere, no me quiere.* Pero, a medida que avanza el día, todo resulta más fácil.

Y es un día tan bueno. Me alegro de no haberlo estropeado encerrándome en mi propia cabeza, trazando cuidadosas marcas en mi cuaderno mental. Hace más calor que ayer, pero como David y yo pasamos gran parte del tiempo buscando rincones sombríos donde refugiarnos mientras las niñas hacen cola y se suben a las atracciones, no me molesta. Y cuando vamos al parque acuático y David se quita la camiseta, agradezco llevar unas gafas de sol muy oscuras para poder mirarlo sin que nadie lo note.

Su torso cincelado y su atractivo oscuro no son la única razón por la que no puedo apartar los ojos de él. Es cómo se comporta con Lily. Todo lo contrario de lo que muestra al mundo: cálido en lugar de frío, efusivo en lugar de brusco, paciente donde suele ser impaciente. No es la primera vez que me pregunto cómo su ex pudo ser tan idiota. Ella tuvo el paquete completo. Tenía todo lo que yo puedo querer, y hasta hoy no sabía cuánto lo deseaba.

Pero lo deseo. Tengo que admitirlo; hay un anhelo franco y descarado en mi mirada que mis gafas oscuras ocultan. Quiero hacer algo más que tocar a David en público. Quiero reclamarlo. Quiero

que las madres del colegio de Lily sepan que pueden mirar pero no tocar, porque es mío. Quiero que él haga lo mismo conmigo.

Las dos niñas se quedan dormidas de camino a casa y me arriesgo a deslizar la mano por su brazo. Los ojos de David vuelan al retrovisor, pero cuando ve lo que yo ya sé, atrapa mi mano y la sostiene.

—Gracias por venir con nosotras —susurro, porque lo último que quiero es despertar a las niñas.

Me obsequia con una sonrisa sardónica. —Gracias por obligarme. Ha sido un buen día.

—¿Sigues odiando las montañas rusas? —bromeo.

Me aprieta los dedos. —No las odio.

—Lo sé. Solo odias perder el control.

Me lanza otra mirada aguda de reojo. —No puedo odiarlo tanto, ¿no crees?

Un calor se extiende por mí, pero murmuro con desenfado: —Venga ya, sabes que sigues mandando, incluso en la casita de la piscina.

David guarda silencio un momento y luego dice, serio: —No sé si es así.

Quiero preguntarle a qué se refiere, pero soy demasiado consciente de las niñas en el asiento trasero. Aunque tengan los ojos cerrados y la respiración suave y regular, podrían estar escuchando. En lugar de eso, me limito a aferrar su mano, saboreando la sensación de ser una pareja normal que puede ir cogida de la mano sin preocuparse de quién los vea. Conduce todo el camino con una sola mano, entrelazando sus dedos con los míos y acariciando distraído el dorso de mi mano con el pulgar. Se siente tan íntimo como estar en la cama juntos —y tan prohibido.

Cuando aparca en la entrada y debe soltarme para poner el coche en punto muerto, me siento absurdamente desposeída. La fantasía se ha terminado. Vamos a entrar y tendremos que fingir de nuevo que somos jefe y empleada por si su madre está despierta. Y lo está: aparece en el umbral mientras despertamos a las niñas y las bajamos del coche.

—¿Lo habéis pasado bien? —pregunta en cuanto entramos, un cuarteto cansado y desaliñado.

Mackenzie y Lily asienten con entusiasmo, aunque soñolientas.

—Vosotros dos, id a relajaros —ordena Francesca a David y a mí. —Yo las llevo a la cama y luego os busco.

David y yo cruzamos miradas divertidas mientras ella sube a las niñas escaleras arriba. No suele venir a buscarnos después de acostar a Lily, pero agradecemos el aviso. A veces, sin embargo, tengo la sensación de que, aunque Francesca apareciera en la puerta de la casita de la piscina y nos pillara, no se sorprendería tanto. Incluso la forma en que nos dijo que fuésemos a relajarnos sonó… como si supiera más de lo que dice.

David, sin embargo, está convencido de que no lo sabe. Lo comentamos en susurros mientras preparamos bocadillos en la cocina, intentando compensar la comida basura de todo el día.

—Mi madre no dejaría pasar una oportunidad así —insiste. ——Si lo supiera, ya me estaría dando la vara.

—A menos que no le importe —susurro. —Quiero decir, somos dos adultos y ambos consentimos.

Me recorre de arriba abajo con la mirada, deteniéndose en mi pelo enredado, mis hombros bronceados, la curva que dibuja la camiseta en mi cintura y esos shorts minúsculos que rozan mis muslos desnudos. —No sé si *consentimiento* es la palabra adecuada —dice con la voz cargada de deseo oscuro. —Nunca tuve oportunidad de resistirme.

Como siempre, cuando me mira así y dice esas cosas, me derrito por dentro. Si estuviéramos solos en la casita de la piscina, no llegaríamos ni a preparar los bocadillos. Tal como están las cosas, David los lleva a la mesa y yo le sigo, procurando sentarme enfrente en lugar de a su lado.

Cuando Francesca baja, se sienta en la cabecera y no pierde tiempo en charla trivial.

—He organizado un pequeño viaje para Lily y para mí —anuncia.

Las cejas de David se alzan. Traga su bocado de bocadillo y luego pregunta con exagerada cortesía:

—Ah, ¿sí?

—Sí —responde Francesca, igualando su tono. —Vamos a pasar un fin de semana de chicas en The Greenbrier mientras tú estás fuera. Solía hacerlo con mi madre. Nos iremos el jueves por la mañana.

Tiene la barbilla alzada con aire imperioso, preparada para enfrentarse a David. Se nota que la sorprende cuando él dice con toda parsimonia:

—Bien, siempre que esté de vuelta a tiempo para empezar su clase de preparación el lunes.

—Por supuesto —dice Francesca y enseguida encuentra un motivo para abandonar la cocina, como si temiera que David recobre el sentido y levante obstáculos. No es que ella no encuentre la forma de sortearlos.

Nuestras miradas se cruzan justo cuando escuchamos la puerta de la habitación de invitados cerrarse con un clic. Estoy pensando que es hora de escaparnos a la casita de la piscina, pero, por el brillo en los ojos de David, sé que tiene otra idea.

—¿Qué? —susurro.

—Mi madre se lleva a Lily este fin de semana —dice, enfatizándolo como si no acabara de oírlo. Extrañamente, parece creer que eso me alegraría. Supongo que me vendría bien para escribir y ponerme al día con Alyssa, pero, la verdad, preferiría tener a Lily cerca. Me distraerá de echar de menos a su padre.

—Eso significa que tienes el fin de semana libre —dice David, cargando las palabras de un significado que aún no alcanzo a comprender.

—Lo sé. Genial —murmuro, esforzándome por sonar entusiasta. No quiero que David descubra cuánto deseo que sea un fin de semana normal con él y Lily. ¿Cree que *quiero* salir por ahí a mi aire?

Estoy a punto de preguntárselo cuando dice:

—Y *eso* significa que te vienes conmigo a Colorado.

Durante un segundo pienso que he oído mal. Observo el brillo de sus ojos, la pequeña sonrisa que titila en las comisuras de su boca. No, eso es exactamente lo que ha dicho.

—No tengo billete —digo, intentando contener mi emoción. —Un billete de avión de última hora cuesta un dineral.

La sonrisa de David se ensancha. —Creo que puedo permitírmelo.

El corazón me martillea dentro del pecho. —¿Y qué voy a hacer allí? No es como si pudiera ser tu acompañante oficial.

—Puedes escribir y conocer la zona durante el día. Y por la noche… —David despliega la mano, palma arriba, sobre la mesa del comedor. Pongo la mía encima y acaricia la piel sensible de mi muñeca. No tiene que decir nada más. Se me seca la boca solo de imaginarlo. *Por la noche* podríamos estar juntos, toda la noche, sin preocuparnos de quién nos encuentre por la mañana.

De pronto, muero de ganas de que llegue el fin de semana.

CAPÍTULO 26

DAVID



El jueves vuelo a Colorado en el avión de la empresa y llego unas horas antes que Cat. Eso me da tiempo para ponerme al día con mi COO y mi CFO, repasar algunos detalles de última hora con mi asistente ejecutiva y regresar al aeropuerto de Denver a tiempo para recibirla.

Cuando la veo avanzar por el pasillo, más allá del control de seguridad, me parece distinta, aunque no sé decir por qué. Su melena castaño dorado cae suelta sobre los hombros en lugar de recogida en su habitual coleta, aunque a eso ya estoy acostumbrado. Viste sus vaqueros de siempre, una blusa ligera y unas Converse. Sus ojos azules se encienden al verme y su sonrisa abre brechas en mi armadura. ¿Entonces qué era?

No lo comprendo hasta que agarro su maleta de la cinta y me giro hacia ella. Ya no parece prohibida. La barrera jefe-empleada se desvanece y solo es una mujer preciosa con la que me alegro de poder pasar un rato a solas. No la camarera. No la niñera de Lily.

Solo mía.

—Pareces feliz —observa mientras salimos al aparcamiento. Le aprieto la mano con la mía y arrastro su maleta con la otra. Varias de las personas con las que nos cruzamos nos lanzan miradas furtivas —midiéndonos tanto a Cat como a mí, —pero, por una vez, no tengo que preocuparme de quiénes son.

—Estoy feliz.

Cat me sonríe. —Me gusta.

—Acostúmbrate. Tengo que sonreír todo el maldito fin de semana.

No puedo evitar que la irritación irónica se cuele en mi voz. Después de estos cinco días, las comisuras me duelen de tanto forzar la sonrisa hasta que casi me llega a las orejas.

En cuanto alcanzamos el coche de alquiler, guardo su maleta en el maletero y rodeo el vehículo para cerrarle la puerta.

—Caballerosidad —dice, con los ojos muy abiertos. —Me gusta.

Cat ha estado con chicos antes; ahora pienso enseñarle lo que es estar con un hombre. Y me aseguraré de que le guste tanto que no quiera volver atrás.

—No me imagino a nadie diciéndote que tienes que sonreír *a ti* —dice Cat cuando me siento en el coche, retomando mi comentario anterior.

Me encojo de hombros. —Nadie tiene que decírmelo. Sé cuál es mi papel en estos eventos de empresa. Es la única vez al año en la que cualquier empleado de DKI puede acercarse a mí, así que tengo que procurar resultarles accesible.

—No puedo imaginar que tu gesto habitual los espante —dice Cat, recorriéndome la mandíbula con los dedos, juguetona. —Ha habido veces en que parecías absolutamente amenazador cuando entrabas en el restaurante los viernes por la noche. Tuviste suerte de que Lily fuera tan mona.

Le aprieto la mano entre las mías. Una vez en el resort tendré que mantener las distancias cuando no estemos en la habitación. Necesito saciarme ahora.

—No creo que me tengas guardado en el móvil como *Padre Amenazador* —la provoco.

Cat intenta retirar la mano. Aun después de todo, el recuerdo le tiñe las mejillas de rosa. —Nunca debiste ver eso.

Me niego a soltarla. —Pero lo vi. Y ahí empezó el final.

—¿El final de qué? —tira con más fuerza.

—El final de fingir que no hay nada entre nosotros —le lanzo una mirada de reojo. —Aunque ninguno de los dos esté haciendo un buen trabajo.

Cat se rinde y se inclina sobre la consola para apoyar la cabeza en mi hombro. —Entonces me alegro de que pasara, aunque en ese momento creí morir de vergüenza.

No digo nada. Estoy más feliz de lo que puedo expresar. La idea de que nunca lleguemos a reconocer lo que hay entre nosotros late con dolor en mi pecho. Sería como no jugar tus números de siempre a la lotería y que te tocara el premio gordo.

Lástima que ese premio gordo no pueda quedármelo.

Guardamos silencio la última media hora. La ciudad, densamente poblada, da paso a un extrarradio cada vez más disperso y, después, la naturaleza sustituye a los edificios en el parabrisas. Las montañas se alzan contra el cielo azul, con sus picos dorados por el sol poniente. Quizá sea porque ella llena mis sentidos, pero me recuerdan a Cat. Ese azul comparte el tono de sus ojos. El resplandor dorado me hace pensar en su piel y en su cabello después de un día al sol.

—Esas montañas me recuerdan a ti —dice, y me asombra lo sincronizados que estamos: —imponentes e inamovibles.

—¿Inamovibles?

Siento que asiente con la cabeza contra mi hombro, pero antes de que pueda explicarse estamos entrando en el resort. Se incorpora para contemplarlo con detenimiento a través del parabrisas.

—Guau —murmura, impresionada.

Joder, hasta yo sigo impresionado a pesar de que hemos celebrado el retiro aquí varias veces a lo largo de los años. Es un edificio enorme, de piedra blanca y con una cantidad desmesurada de cristal que lo hace brillar a la luz del sol. Al atravesar su interior, es casi como estar al aire libre. El vestíbulo está sembrado de árboles y fuentes, y el techo acristalado se alza tan alto, sostenido por filamentos tan finos, que parece abierto al cielo.

Deseo poder entrar con Cat para ver su cara al contemplarlo por primera vez, pero ahora que estamos aquí tenemos que ser discretos. La dejo en la entrada del vestíbulo y aparco yo mismo en lugar de delegar en el aparcacoches. Eso le da tiempo a registrarse y enviarme un mensaje con el número de habitación. No es que lo necesite: al hacer la reserva he especificado que sea la contigua a la mía.

Me adelanto hasta la habitación para asegurarme de que todo esté perfecto.

Flores frescas en la pequeña mesa redonda de la entrada de la suite.

Champán frío en la cubitera.

Un sinfín de otros detalles cursis en los que jamás me he molestado por ninguna otra mujer, pero este es nuestro primer viaje juntos. Incluso si no podemos tener un futuro, incluso si este es el último, quiero que sea perfecto para ella.

No me pregunto por qué.

Lo sé: estoy peligrosamente cerca de enamorarme de ella y no puedo permitírmelo.

Por mucho que lo desee.

CAPÍTULO 27

CAT



Es extraño y maravilloso estar fuera con David. No podemos bajar la guardia del todo —él no quiere que ninguno de sus compañeros de trabajo nos vea juntos aquí y ate cabos cuando volvamos a casa, —pero es una docena de veces más fácil que estar de verdad en casa. Para empezar, no hay ninguna posibilidad de que Lily irrumpa en la caseta de la piscina por la mañana con la esperanza de que la meta en el agua. También está la tranquilidad de saber que la mirada aguda de Francesca no puede sorprender una mirada prolongada o un roce que intenta pasar por inadvertido.

Es casi como si pudiéramos ser quienes somos de verdad ahora que no tenemos que interpretar nuestros papeles. Como si *esto* fuera la realidad y las ataduras de jefe y empleada, padre y niñera, fueran las ilusiones. Incluso con las exigencias de la conferencia y el horario agotador que lleva, David parece más liviano. Más feliz.

—¿Sueles estar de tan buen humor en estas cosas? —le pincho la primera noche, cuando vuelve de la cena de bienvenida con una sonrisa de oreja a oreja.

—No, pero normalmente no vuelvo a la habitación del hotel y te encuentro llevando *eso*. —Se afloja el nudo de la corbata y avanza con parsimonia hasta donde estoy sentada en la cama, el portátil apoyado sobre mis piernas.

Aparto el portátil y miro mis pantaloncitos de pijama y la camiseta de tirantes. Son de satén azul con rosetones rosas. Nada especialmente sexy. —¿Estas cosas viejas? —pregunto, medio en broma.

David desliza la mano por mi mejilla y mi garganta hasta detenerse en el ribete de encaje del escote. —Esas cosas viejas.

Aunque dice que le gustan, David se deshace de ellas enseguida. En cuestión de minutos, terminan tiradas en el suelo junto a la cama y yo me encuentro debajo de él. Puedo saborear el champán caro de la cena en su lengua. Es embriagador. Todo lo relacionado con estar aquí con él lo es.

Está ocupado todo el día, pero yo ya estoy acostumbrada. Se asegura de que tenga un coche de alquiler y paso el día explorando Denver. Es fantástico. Ese día conduzco media hora hasta un glaciar y, después, una hora en la dirección opuesta para caminar por el abrasador Red Rocks Mountain Park. Y esa noche, cuando por fin termina reuniones, cenas y *networking*, lo tengo para mí el resto de la velada.

Hacemos el amor, por supuesto, pero también hablamos. Él me cuenta sus reuniones y yo le hablo de las cosas que he visto y hecho.

—Ojalá pudiera ir contigo —dice una noche mientras yacemos a oscuras, mi cabeza sobre su pecho. Los dos estamos desnudos bajo el edredón, agotados.

—Irás —le recuerdo. —Todavía tenemos mañana y parte del domingo antes de tener que volver.

Yo también estoy deseando ese tiempo juntos. Ya tengo una lista de planes. Nuestras próximas treinta y seis horas dejarán en ridículo la agenda de Lily.

Me giro hacia él; apenas distingo la silueta de su rostro en la penumbra, mucho menos su expresión. —¿Has llamado a tu madre?

Asiente. —Todos los días. Ella y Lily lo están pasando en grande.

Sonrío en la penumbra. —Me alegro. Espero que tenga un gran final de…

David me acaricia el pelo, pero en cuanto mis palabras se interrumpen, él también se detiene. Siento cómo se tensa su pecho bajo mi cabeza.

—No es el final de su verano, Cat —dice. Un hilo de fastidio atraviesa su voz, hilvanando sus palabras con puntadas cortas y tensas.

—Lo sé, lo sé. —Me muerdo el labio, deseando que el resto de mis palabras se quede dentro, pero no tengo esa contención. No cuando se trata de Lily. Pero *sí* es como el final de su verano —suelto. —Va a hacer dos clases y dos actividades. Volverá a estar demasiado *programada* como para disfrutar relajándose en la piscina e ir a Busch Gardens y…

—Dices *programada* como si fuera algo malo —replica David, incorporándose sobre las almohadas. Yo hago lo mismo y, aunque está oscuro, me subo el edredón hasta los hombros. Necesito algo de armadura para esta conversación.

—Obviamente no hay nada malo en tener un horario, pero creo que está *sobre*programada. —Intento mantener un tono neutral, sin juicios.

Pero incluso en la penumbra apagada de la habitación veo el ceño de David. Su voz es más fría que el glaciar que he visto esta mañana cuando declara: —Lo que *pienses* es irrelevante, Cat. Es mi hija.

Ya ha dicho cosas por el estilo, pero duele cada vez más.

Aprieto el edredón y rechino los dientes, intentando otra vez encontrar la contención que debería haber ejercido desde el principio. —Sabes, duele cuando dices cosas así.

Su suspiro es breve y exasperado. Tantea la lámpara y, un segundo después, la luz dorada se derrama por debajo de la pantalla y puedo ver los surcos de su frente. —Entonces no me obligues a repetirlo, Cat. Deja las decisiones sobre Lily en mis manos y no tendré que hacerlo.

Me enderezo más y ajusto el edredón bajo los brazos. —Todas las decisiones son tuyas, pero debería poder darte mi opinión. Quiero decir, me contrataste para cuidarla. Seguramente eso significa que confías en mi juicio.

—Confío en ti implícitamente con ella. Sé que la quieres. Sé que la cuidas y la mantienes a salvo. Y no me hago la ilusión de que pueda impedirte dar tu opinión. —David se inclina hacia delante, su mirada intensa. —Pero cuando te digo que ya he tomado una decisión, necesito que recules. No eres…

Mi columna ya está recta, intentando transmitir dignidad aunque esté desnuda bajo el edredón. Ahora los huesos se me envaran desde la base del cráneo hasta el coxis. Me cuesta tragar. Su frase incompleta queda suspendida en el aire y se completa sola en mi cabeza.

No eres su madre.

—Es cierto —digo con una voz terriblemente fría y distante. Deseo levantarme y poner distancia entre los dos, pero no puedo enfrentarme a estar desnuda delante de él. No ahora, cuando me siento tan vulnerable y necesito la dignidad con tanta urgencia.

Esto siempre iba a ser un problema, me recuerda una vocecita interior. *Él tiene el poder y tú solo tienes lo que él te concede*. El corazón me cruje en el pecho. Aunque he estado sosteniendo la mirada dura de David con la mía helada, tengo que apartar la vista.

No se trataba solo de Lily.

Se trataba de no sentirme su igual.

—Cat —murmura David, sujetándome del brazo como si adivinara mis ganas de huir. Su agarre es suave y su voz, sorprendentemente suplicante. —No estoy intentando ser un capullo.

Resoplo, algo que me lleva peligrosamente cerca del llanto. —Se te da de maravilla —me niego a volver a mirarlo.

Alarga la mano y me agarra el otro brazo. Poco a poco, de forma inexorable, me atrae hacia él. Arrastro el edredón conmigo y este se aplasta entre los dos, de modo que, incluso cuando acabo sentada en su regazo, sigo teniendo un colchón de separación.

David me rodea con un brazo y, con la mano libre, me sujeta la barbilla y gira mi rostro hacia el suyo.

—Me sale de forma innata —admite con sobriedad. —Pero intento ser mejor por ti, Cat, porque lo mereces. Me importas. Más de lo que debería.

Resoplo; su ternura derriba lo último de mi reserva. —¿De verdad?

—Más de lo que estoy dispuesto a reconocer ante ti —su voz se vuelve autocrítica, —o ante mí mismo.

—¿Esto no va solo de… conveniencia? —Por fin vuelvo a encontrarme con sus ojos verde oscuro.

Él bufa. —Eres la mujer más *inconveniente* que he… —se interrumpe, pero esta vez el resto de la frase no queda suspendido entre los dos. No tengo ni idea de lo que va a decir y nunca lo sabré, porque en lugar de terminar la frase, me besa.

Y, aunque el corazón me duele y la mente sigue siendo un remolino de confusión, le devuelvo el beso.

CAPÍTULO 28

DAVID



La he cagado con Cat cuando discutimos acerca de Lily. Los dos sabemos que he estado a punto de soltarle que no es la madre de Lily. Estoy decidido a compensarla, así que al día siguiente nos subimos al coche y nos lanzamos a hacer todas las cosas de su lista de *imprescindibles* que podemos.

Ha sido casi tan agotador como la propia conferencia, pero su entusiasmo es contagioso. Nunca he sido de hacer senderismo, pero afronto tanto el glaciar como el parque nacional porque ella está emocionada por enseñármelos. Al final del día vamos a una de las aguas termales por las que es famosa Denver y dejamos que el agua caliente alivie los dolores y molestias de la jornada.

—Me estoy haciendo viejo —murmuro mientras el agua caliente se cuela hasta mis músculos doloridos y me arranca un gruñido satisfecho que me recuerda a mi abuelo.

—No te preocupes, te cuidaré en tu decrépita vejez —bromea Cat, salpicándome con agua.

Me río, pero la imagen resulta demasiado tentadora. Aunque, olvídate de ser viejo: la necesito para que cuide de mí ahora. Y yo necesito cuidar de ella. No podemos regresar al hotel lo bastante rápido.

Al día siguiente, aunque no dormimos lo suficiente, atacamos el resto de su lista de *lugares imprescindibles* antes de coger nuestros vuelos de regreso esa misma tarde. Ni siquiera recuerdo con exactitud lo que hicimos, pero sí recuerdo la sensación de estar con ella. Todo el día. Sin nadie de quien escondernos. Solo nosotros dos.

Se siente demasiado natural, demasiado bien. No quiero volver a la realidad. Incluso cuando cenamos aquella noche en un restaurante a poca distancia del complejo, no soy capaz de levantar de nuevo mis defensas. Nos acariciamos, nos provocamos y nos besamos sobre la diminuta mesa para dos mientras damos buena cuenta de una botella de vino. Luego, cuando Cat me convence de que debemos liberar la mesa por cortesía con el camarero, nos trasladamos a la barra y pedimos otra botella.

Y entonces lo veo.

Isaac McMann, mi director financiero, está sentado en uno de los reservados del bar. Desde allí disfruta de una vista perfecta, a través del ventanal que separa la barra del restaurante, de la mesa en la que Cat y yo acabamos de sentarnos. Cuando nuestras miradas se cruzan, alza las cejas y esboza una sonrisa ladeada; después brinda conmigo alzando su cerveza y me entran unas ganas locas de partirle la cara.

—¿Qué pasa? —pregunta Cat, mirando alrededor. —¿Has visto a alguien que conozcas?

No me atrevo a decírselo y arruinarle la velada. No después de la otra noche. Niego con la cabeza y decido que lo hecho, hecho está. Ya no tiene sentido intentar ocultarlo. Y si Isaac me pregunta más tarde, pienso mandarlo a la mierda y decirle que se ocupe de sus asuntos.

Le doy la espalda a McMann, con la esperanza de que se largue mientras no miro. Pero cuando Cat va al baño y siento que alguien se desliza hasta el taburete que ella acaba de dejar, sé que no voy a tener tanta suerte.

Cuando me giro para fulminarlo con la mirada, Isaac se limita a sonreírme y hace un gesto con la cabeza hacia Cat.

—Ahora entiendo por qué pasas de trabajar en equipo conmigo —dice.

—Ha sido un fin de semana intenso —gruño, ignorando su referencia a Cat. —¿Qué tal han ido tus reuniones?

—Un éxito total en todos los frentes. ¿Quién es la chica?

Rechino los molares mientras intento mantener el semblante relajado. Así es McMann, joder. Lo hace todo a fondo. Si está en

modo trabajo, solo habla de trabajo. Pero si está en modo colega de copas, no hay quien lo saque del tema Cat.

—No es nadie —miento. —Sólo una mujer que conocí. Me siento como una mierda describiendo así a Cat, pero ¿qué demonios se supone que debo decir? ¿Que es la niñera de mi hija? ¿Que yo le firmo la nómina dos veces al mes y me la follo siempre que puedo? ¿Que estoy peligrosamente cerca de enamorarme de ella, pero haría cualquier cosa para evitarlo?

Aun así, McMann no se lo cree.

—Si no te importa que lo diga… —empieza, y arremete antes de que pueda responder que sí, que me importa, y que se largue. —Parece una mejora significativa respecto a Chloe.

Eso me deja helado, pero consigo responder con calma:

—Sí me importa. Estás calificando a la madre de mi hija.

McMann alza las manos.

—Lo sé, y tienes una hija estupenda.

Estoy a punto de mandarlo a la mierda, pero no puedo sacarme de la cabeza lo que acaba de decir. No es que no esté de acuerdo en que Cat sea una mejora, pero me pica la curiosidad saber qué le ha llevado a afirmarlo con solo verla. En cuanto al aspecto, tanto Cat como Chloe son hermosas.

—¿A qué te refieres con que parece una mejora respecto a Chloe? —pregunto por fin, detestando cada sílaba y arrepintiéndome al instante de la pregunta.

McMann se encoge de hombros y gira la copa de vino de Cat, como si pensara beber por el borde opuesto. Alargo la mano y la retiro de su alcance. Hay una razón por la que McMann es mi director financiero: sabe exprimir cada céntimo sin piedad, una habilidad que traslada también a su vida personal.

—Puede que me sueltes un puñetazo por decirlo —añade, haciendo un gesto al camarero para pedir su propia copa.

—Entonces encájalo como un hombre.

McMann resopla y se presiona el tabique nasal con dos dedos.

—Vale, si de verdad quieres saberlo.

Aprieto los dientes.

—Quiero.

—Chloe nunca dio la impresión de preocuparse por ti —suelta con su habitual franqueza. McMann no se andaba con rodeos. —Cada vez que la veía, parecía aburrirse como una ostra. Incluso aquella vez que Kelly y yo fuimos a casa para conocer a Lily por primera vez. Eso no se me olvidará nunca. Una casa preciosa, una *nursery* sacada de una revista, tú cambiando pañales y preparando biberones como el hombre del Renacimiento que eres, y ella simplemente le pasó a Lily a Kelly y salió a fumar un cigarrillo.

Apenas recuerdo aquellos días. Eran una neblina de agotamiento y miedo. ¿Cómo demonios íbamos a mantener con vida a aquella criatura frágil de apenas cuatro kilos? ¿En qué estábamos pensando? ¿Por qué no habíamos contratado ayuda? Sin embargo, puedo recordar una docena de escenas idénticas. Chloe siempre delegaba sus responsabilidades en alguien y se escapaba fuera a fumar.

—Suena a ella —admito por fin.

—Y esta mujer no puede quitarte las manos de encima —continúa McMann. Paga su cerveza y se desliza fuera del taburete. —Y, si no te importa que lo diga, jefe, no parece una mujer que acabes de conocer. Parece que…

—Sí me importa —lo interrumpo, y la conversación roza peligrosamente lo personal. —Aprecio tu perspectiva…

McMann se ríe.

—No, no la aprecias.

—Tienes razón, ni de coña la aprecio. Es sólo una mujer. No significa nada más que conveniencia, así que no pierdas el tiempo diciéndome lo que piensas.

Mi voz se eleva con la irritación. Solo quiero que McMann se largue de una vez. Ha hecho estallar la burbuja de anonimato en la que Cat y yo creíamos vivir. Me recuerda que hay un mundo exterior esperándonos, a un simple vuelo de distancia. Que, en ese momento, sólo estamos robándole tiempo a la realidad, sosteniendo una ilusión de normalidad, y nos han pillado con las manos en la masa.

Estoy cabreado por ello. McMann alza la mano libre, palma al frente, en señal de rendición.

—Lo siento, jefe. Te veo en la oficina.

Se da la vuelta y lo veo sobresaltarse. Se pone rígido y da un paso hacia un lado en lugar de volver por donde vino. Me desconcierta, pero sólo un segundo.

Entonces veo por qué se ha sobresaltado.

Cat está allí mismo, mirándome fijamente.

Y no hay manera en el infierno de que no me haya oído decirle a McMann que ella es sólo una mujer que no significa nada.

CAPÍTULO 29

CAT



He tenido razón todo el tiempo.

Soy conveniente.

No soy especial.

No soy irresistible.

Conveniente.

La palabra me atormenta durante los días siguientes; sus sílabas retumban en mi cerebro, estridentes dentro de la niebla que me envuelve. Apenas recuerdo girarme sobre los talones y desaparecer entre el bullicioso centro comercial antes de que David pueda alcanzarme. El trayecto en Uber de vuelta al resort es una mancha borrosa. Los contornos de la noche que paso en el aeropuerto, esperando mi vuelo a casa, están algo más definidos, pero enseguida mi memoria vuelve a desvanecerse.

No es hasta que me planto en la casa de la piscina, mirando a través de la puerta abierta hacia el dormitorio donde David y yo hemos pasado tantas noches enredados, cuando los pensamientos me inundan. No porque estuviéramos enamorándonos, como yo creía. No porque él me deseara más que a cualquier mujer que hubiera conocido, como decía.

Porque soy conveniente.

La humillación y el dolor me punzan con fuerza a través del entumecimiento que me envuelve como una manta gruesa y asfixiante. Antes de pensármelo dos veces, ya estoy de rodillas, sacando mis maletas de debajo de la cama. Las abro de golpe sobre la alfombra y, sin orden ni concierto, vuelco dentro el contenido de los cajones. Descuelgo todas las perchas del armario, dejándolo

pelado como un hueso, y arrojo esa montaña de ropa dentro de las dos maletas. Luego metí a empujones mangas, perneras y copas de sujetador y las cerré a presión.

Arrastro la primera hasta la puerta y vuelvo por la segunda cuando caigo en la cuenta de que no tengo cómo llevarme las maletas. El Subaru azul aparcado en la entrada pertenece a David. David, que podía llegar a casa en cualquier momento. Ya va a enfadarse lo suficiente por mi fuga; no pienso incomodarlo aún más llevándome su coche.

Llamo a Alyssa.

—¡Está viva! —exclama al descolgar.

—Necesito que vengas a por mí —mi voz está tensa por el peso de la maleta y de las últimas veinticuatro horas. —Por favor, Alyssa. Ahora.

—Cat, ¿qué pasa? —cambia al instante a un tono preocupado.

Intento contestar, pero las lágrimas se me agolpan en la garganta, impidiendo que salga sonido. Trago convulsivamente.

Alyssa debe de oírlo, porque dice: —No importa, voy para allá.

Son dieciocho minutos en coche desde el piso de Reston hasta la mansión de David en Great Falls. Me quedo en la entrada, con las maletas a cada lado y los nervios corriéndome bajo la piel como arañas. Cada vez que oigo un coche acercarse por la carretera, entrecierro los ojos entre los árboles para asegurarme de que no es el de David. No sabía qué haría si lo era. Quizá echar a correr hacia ese bosque que tanto le preocupaba.

Por suerte, no tengo que averiguarlo. Es el Honda Civic de Alyssa el que gira a toda velocidad por la entrada; oigo chirriar los neumáticos. Puso el coche en punto muerto y saltó para coger una de mis maletas. Era como si supiera, sin que se lo dijera, que el tiempo apremiaba.

—¿Queda algo en la casa de la piscina? —preguntó, lanzando las maletas al maletero y empujándolas hasta el fondo para hacer sitio.

Pensé en mi champú y acondicionador en el baño. Mi segundo bañador favorito colgado en la barra de la cortina, secándose.

—Nada que me importe.

—Genial, larguémonos de aquí.

Alyssa toma la curva de la entrada como si estuviera en el Gran Premio y, en cuestión de segundos, volvemos a la carretera. No pasa mucho antes de que nos unamos al atasco anónimo que es la Ruta 7. Pero, por una vez, no me molestaban los coches pegados parachoques con parachoques ni las obras interminables. Me siento segura. No había manera de que David nos encontrara allí.

No es que fuese a molestarse.

Mi cuerpo se relaja y se tensa al mismo tiempo. Es un alivio estar lejos. Duele saber que no se tomará la molestia de ir tras de mí. Tal vez, si me hubiera alcanzado antes de irme, habría intentado hacerme entrar en razón. Habría sido más fácil que contratar a alguien nuevo.

Más conveniente.

Giré la cabeza hacia la ventanilla, agradecida de que todo el mundo alrededor mirara al frente o a sus teléfonos. Nadie podía ver las lágrimas que empezaban a deslizarse por mis mejillas. Alyssa, sin embargo, sí sabía que estaban ahí. Intentaba ser silenciosa, pero oyó el leve quiebro de mi respiración y alargó la mano para apretarme los dedos con fuerza.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó en voz baja.

Negué con la cabeza, aún de espaldas a ella.

—Todavía no.

Tardamos apenas veinticinco minutos en llegar a Reston. Me sorprende, con un desapego casi clínico, darme cuenta de que esta es la primera vez que visito la casa de Parker. Estaba bien. Un piso de gama media en un rascacielos con vistas al centro. Uno de los pocos que tenía balcón. Salgo al balcón en cuanto entramos y me hundo en una de las dos sillas. Desde allí podía ver la red de carreteras extendiéndose, serpenteando alrededor del centro, ramificándose. Todas cargadas de coches. Ninguno de ellos era el de David.

Alyssa aparece con una botella de vino y dos copas que no teníamos cuando compartíamos piso. Parecen cristal auténtico, el tipo de copa que incluirías en una lista de boda. Llenó mi copa hasta el borde, como hacíamos en la universidad. Entonces comprábamos

el vino por garrafas y lo bebíamos en copas de plástico. Sentí un latigazo de dolor al recordar lo sencilla que era la vida entonces.

—Ponte al día y cuéntame tu vida —dije con el nudo todavía en la garganta. Aún no estaba preparada para hablar, pero tampoco quería quedarme sentada en aquel silencio pesado.

Alyssa accede. No había visto a nadie de nuestra antigua pandilla desde la noche fatídica en que salimos todos juntos, la misma en que besé a David por primera vez. Ella y Parker iban bien. Tenían cenas mensuales con sus padres. El juez y la doctora preferían los sitios de moda en DC. Ella había visto a la vicepresidenta en uno de ellos. Todos iban a ir a Martha's Vineyard dentro de unas semanas.

—¿Crees que será tan divertido como aquella vez que fuimos todos a Cancún? —logro bromear.

Alyssa hace girar el líquido rojo en la copa y observa el denso flujo de tráfico que se incorpora a la autopista de peaje.

—No —dice al fin, y en su voz no hay ni rastro de risa.

Por primera vez algo me alcanza a través de la niebla de miseria que me envuelve desde que oí a David describirme como conveniente. Observo con más atención a mi mejor amiga. Tiene la cara pálida y tirante, y algo en sus ojos me remite a aquella vez que nos quedamos atrapadas en un ascensor, en la universidad. Sufrió un ataque de pánico silencioso que le dejó la mirada vidriosa y horrorizada. Incluso después de que nos rescataran, aquella expresión permaneció en sus ojos.

Estaba allí ahora.

—¿Estás bien, Lys? —pregunto, dejando mi copa y apoyando la mano en su brazo.

Se percibe un matiz de irritación en su voz cuando contesta:

—Estoy bien.

No me ofendí. Estaba preocupada. Para Alyssa, la irritación equivalía a la voz temblorosa de cualquiera. Odiaba tanto no estar bien que se enfadaba antes de asustarse. Lo más fácil sería retirarme y esperar a que lo asimilase. Lo más rápido era hacerla estallar. Cuanto antes explotara, antes pasaría las fases de la negación.

Normalmente me habría retirado. Pero justo ahora no me preocupaba su genio. El desamor me había anestesiado.

—Estar bien no es estar feliz —dije, pinchando al oso.

Una tormenta se formó en su cara.

—Sea lo que sea lo tuyo, tampoco es felicidad —señala.

Asentí, dispuesta a concederle el punto.

—No, estoy hecha polvo —admití sin rodeos. —Siento como si me hubieran pisoteado el corazón. Lo han despedazado. Es horrible.

Alyssa me fulmina con la mirada. Odiaba que yo no tuviera problemas en admitir mis emociones. De jóvenes lo había tachado de autocomplacencia. Tal vez aún lo pensara. No lo sé, y tampoco me importa. No era como ella y David: no tenía la opción de embotellar mis sentimientos. El dolor y el duelo fermentarían, corroerían la botella y se colarían en mi sangre.

Veo a Alyssa debatirse entre enfadarse conmigo y ejercer de mejor amiga. Tal y como sabía que ocurriría, la mejor amiga ganó.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al fin.

Respiro hondo y, con otra copa de vino, le cuento todo. Terminando, claro, por donde había terminado: cuando oí a David decirle a aquel hombre que yo no significaba nada para él.

Alyssa frunce los labios.

—Ese gilipollas.

Entonces, para mi sorpresa, otra voz irrumpe.

—¿Ves, Lys? Al menos yo te reconozco delante de mis amigos.

Nos giramos al unísono y vemos a Parker apoyado en el marco de la puerta corredera. Luce media sonrisa, como si esperara que ella se riera. En su lugar, Alyssa le lanzó la mirada más fría que le había visto jamás.

—Qué suerte la mía —espeta.

Aunque mi irritación se había disparado por la intromisión de Parker, no pude evitar sentir un poco de lástima por él. No *pretendía* ser un imbécil. Simplemente era uno de esos desafortunados a quienes les salía natural. En su cabeza, aquello había sido divertidísimo.

—En fin —dice, cambiando de rumbo. —Creo que esta conversación requiere más vino. Voy a abrir otra botella.

En cuanto se retira a la cocina, Alyssa corre la puerta corredera.

—Lo siento —dice, aunque su voz transmite más hostilidad que disculpa. —Es idiota.

Si lo hubiera dicho con un poco de cariño, no habría comentado nada. Pero algo en la forma en que actuaba con él me recordó a cómo David describía a Chloe. Para ella, él había sido conveniente. Guapo. Rico. Había marcado las casillas, igual que Parker marcaba las de Alyssa. Y ninguno de los dos se molestó en añadir amor a la lista. No había sido justo para David.

—Lys, ¿estás enamorada de Parker?

Me lanzó una mirada cortante, sobresaltada, como si la hubiera pillado haciendo algo malo.

—Claro —respondió a la defensiva. —Quiero decir, no de esa manera cursi y desesperada en que tú estabas enamorada de tu jefe, pero sí. Le quiero.

Su discurso empieza apasionado y se apaga casi con desgana. Sí, le quiero.

—¿No te gustaría querer a alguien de forma cursi y desesperada? —pregunté sin ofenderme. Tenía verdadera curiosidad. No podía imaginar amar de otra manera.

Alyssa apartó la vista.

—Eso no parece irte muy bien a ti.

—No has contestado.

Se encogió de hombros, negándose a mirarme.

—No lo sé. A veces me aburro con Parker, vale, pero con él nunca tengo que preocuparme. No hay riesgo.

—Eso es… —trago la palabra «una mierda» y la sustituyo por— seguro.

—Sí —dijo Alyssa casi con desafío. —Lo es. Y es bueno que esté jugando sobre seguro o ahora estarías bebiendo vino en el balcón de un desconocido, a punto de ser detenida.

A pesar de todo, no pude evitar reír. Se le escapó una media sonrisa a ella también, y supe que lo peor de la tensión había pasado. Y quizá lo peor del dolor también. David estaba clavado en mi corazón como una espina enorme que no podía arrancar, pero ahora veía que podía ser peor. Podría no haberle dejado entrar en mi

corazón en absoluto. Podría estar en el lugar de Alyssa, a salvo en una relación que me aburre, diciendo sin convicción *sí, le quiero*.

Yo le había querido *de verdad*, aunque no lo hubiera admitido hasta ahora.

Y eso valía el dolor.

CAPÍTULO 30

DAVID



La he perdido.

Me maldigo a cada paso mientras recorro el centro comercial de arriba abajo, buscando un destello de su pelo castaño dorado, un fogonazo de sus ojos azules, pero no aparece por ninguna parte. Y no solo no la encuentro: pierdo un tiempo precioso buscándola. Cuando regreso al resort, ya se ha ido. La puerta que conectaba nuestras habitaciones está cerrada y echada con llave desde su lado, y cuando convenzo a la dirección para que me abra la habitación, ya no está.

El gerente aparta educadamente la mirada mientras suelto una sarta de blasfemias, abro de golpe las puertas del armario como si fuera a encontrarla escondida, miro debajo de la cama como si pudiera caber en los cinco centímetros entre el volante y el somier. Se ha marchado deprisa. Hay unas sandalias olvidadas bajo el escritorio. Hay un tubo de rímel en la pequeña repisa del baño.

No me molesto en hacer mi maleta—pagaré al hotel para que lo haga. En lugar de eso voy directo al aeropuerto, pero, aunque busco por todas partes, no la encuentro. Ahora, horas más tarde, por fin estoy de vuelta en el norte de Virginia y la adrenalina sigue bombeando tan rápido como cuando la vi de pie detrás de Jason.

Por primera vez le guardo rencor a DKI por las exigencias que me impone. Si no fuera el CEO, si este no hubiera sido uno de los fines de semana más importantes para la maldita empresa, no habría esperado. Ahora podría estar en cualquier sitio, pero aún mantengo la esperanza, desesperada y dolorosa, de encontrarla donde pertenece.

Conmigo.

Ver el Subaru todavía aparcado en la entrada reaviva esa esperanza. No se ha ido—quizá esté haciendo las maletas ahora mismo y yo he llegado a tiempo. O quizá ni siquiera esté empaquetando, porque, aunque ahora mismo me odie, adora a Lily. Y si se queda, eso significa que la recuperaré. Le diré que se acabó toda esta mierda de secretismo. Quiero contárselo a Lily, a mi madre, a quien quiera escucharme: Cat no es solo conveniente.

Que estoy enamorado de ella.

La revelación me arrolla como un camión de cemento en la segunda vuelta al centro comercial, y es tan poco bienvenida como inevitable, pero es la verdad. La amo, y voy a averiguar cómo hacer que funcione a la luz del día. Nada de secretos, nada de mentiras, nada de jodida casa de la piscina. Si la pillo en mitad de la mudanza, mejor que mejor. Es hora de que se instale en la casa principal. En mi dormitorio. ¿Lo odia? ¿Piensa que parece una cárcel espartana? Bien—lo haremos nuestro. Sacaré la mierda de Chloe a la acera y Cat podrá tener el otro armario.

Lo que sea, con tal de que se quede.

Estoy tan seguro de que así va a ser que, cuando empujo la puerta de la casa de la piscina, su nombre ya se forma en mis labios. Ver la casa de la piscina despojada de ella, igual que la habitación del hotel, es un puñetazo en el estómago que cala mucho más hondo que el golpe de la habitación vacía. Esto es definitivo.

La recorro con el mismo aturdimiento con que inspeccioné la habitación del hotel. Se ha marchado del mismo modo: deprisa, pero sin dejarlo todo impecable. Ahí sigue su champú, en el baño. Y aquella es su manta de cuadros, doblada sobre el respaldo del sofá. Abro el lavavajillas y encuentro su taza favorita, la que se llevó de la cafetería donde trabajó cuando iba al instituto. Lo recojo todo, sin estar del todo seguro de qué demonios estoy haciendo, y entro en la casa principal.

Tengo suerte de que mi madre y mi hija no estén, porque no podría haberme explicado. No tengo excusa para llevar el champú de Cat a mi baño ni para extender su manta a los pies de mi cama.

Y desde luego no puedo explicar por qué estoy sentado al borde de esa cama, sobre esa manta, mirando esa maldita taza de café.

Ella se ha ido, pero yo sigo representando la fantasía que he tejido de camino aquí. Como si al colocar cada pieza en su sitio, ella fuese a materializarse en la escena. Intento recordar si hice lo mismo cuando se fue Chloe, pero no lo recuerdo. Sinceramente, creo que no. No creo que me importara. Estaba cabreado por Lily, pero su fuga no se me vino encima como una ola.

No estaba enamorado de Chloe.

La diferencia es dolorosamente, brutalmente clara. No la amaba y me daba igual que se fuera, y, joder, quizá por eso *se* fue. No porque me oyera fanfarronear en un bar, sino porque *sabía*, aunque yo no lo supiera.

Y ahora he perdido a Cat, la otra cara de la moneda. Sé que la amo, pero ella ya no me dará la oportunidad de decirlo. Ha oído todo lo que necesitaba oír y ahora está tan desaparecida como Chloe.

Aprieto la taza con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. El odio a mí mismo me asfixia. ¿Qué coño me pasa? Esto no es propio de mí. No acepto la derrota sentado. No me encojo bajo una manta de chenilla morada que todavía huele a su perfume y la dejo alejarse cada vez más. No levanté DKI hasta convertirla en una empresa multimillonaria dejando que unos cuantos contratiempos me sacaran del juego.

Voy a encontrar a Cat esta noche.

Pero primero tengo que lidiar con mi madre, que acaba de aparcar en la entrada.

Quizá pudiera despachar a Francesca con una excusa seca sobre que tengo que ir a la oficina, pero ni de coña puedo hacerle eso a Lily. Está en casa para comer entre sus clases de refuerzo y se emociona tanto al ver mi coche en la entrada que se pone a dar saltitos. La observo desde la ventana; parte de mi entumecimiento se derrite cuando el corazón se me calienta con la escena.

Las recibo en el vestíbulo, procurando evitar la mirada afilada de mi madre.

—¿Dónde está Cat? —pregunta con perspicacia, mirando alrededor. —Sé que tenía esta semana libre, pero pensaba que la veríamos por aquí.

—No lo sé. —Cojo a Lily en brazos y la hago girar, luego la llevo a la cocina para empezar a preparar la comida. —Seguro que vuelve pronto —grito por encima del hombro. Intento sonar despreocupado, pero incluso yo percibo el latigazo de determinación en mi voz.

Mi madre me sigue por el pasillo, observándome de cerca mientras preparo sándwiches para los tres y le quito la corteza al de Lily.

—¿No has sabido nada de ella?

—Como tú misma dijiste, tenía la semana libre.

—Apuesto a que ha ido a ver a su familia —dice Lily alegremente, ajena a las extrañas corrientes que recorren la habitación. —¿Cuándo vuelve?

—Muy pronto —respondo, decidiendo que no es una mentira. Pienso mover cielo y tierra para que así sea—esta noche, si es posible.

Terminamos de comer y Lily sube corriendo a cambiarse de mochila para su próxima clase. Recojo los platos y espero que el sonido del agua corriendo mantenga a mi madre a raya. No hay suerte. Se pone justo a mi lado, como si fuera a ofrecerse a secar, pero cuando intento pasarle un plato me muestra sus uñas recién hechas.

—¿La has cagado? —pregunta con un tono lo bastante alto para que cualquiera pegado a ella la oiga sobre el ruido del agua.

—¿Cagarla? —finjo ignorancia. —La conferencia salió genial.

Emite un chasquido de disgusto que, juro, percibo más por el instinto filial que por el oído.

—David Jonathan King, sabes de qué hablo. ¿La has cagado con Catherine?

No hay forma de malinterpretar su intención. Lo sabe. Cierro el grifo y la miro. Espero ver juicio, consternación, quizá incluso un

toque de divertida ironía en su expresión. Para mi sorpresa, no veo nada de eso. Y eso me sacude lo suficiente para ser sincero sin planearlo.

—Puede.

Francesca hace una mueca, que en ella apenas se traduce en un leve fruncir de cejas. Niega con la cabeza.

—David, eres mi hijo y te quiero…

Ese parece un buen momento para terminar la conversación. Me seco las manos deprisa y me dirijo al pasillo.

—Francesca, eres mi madre y yo también te quiero. Dile a Lily que volveré a la hora de cenar.

—Si no encuentras la manera de arreglar esto, te desheredo. —me advierte, siguiéndome por el pasillo.

Me saca una breve carcajada. Mi madre ha hecho una fortuna en bienes raíces. No es ninguna pobrecita. Pero la fortuna que yo he amontonado hace que cualquier herencia sea innecesaria, y ella lo sabe.

—Lo digo en serio —amenaza. —Se lo dejaré todo a Davy y dejaré instrucciones estrictas para que viva el resto de su vida bajo *tu* cuidado personal.

—Vas a sobrevivirme a mí y a ese perro —digo, besándole la mejilla. —Ahora métete en tus propios asuntos, mamá.

Al principio bromeaba a medias, pero ahora me sujeta del brazo.

—David, hablo en serio —dice, mirándome fijamente. —Tienes que arreglar esto con Catherine. Ella te quiere y creo que tú la quieres a ella.

Me quedo inmóvil ante sus palabras.

—¿Y lo apruebas?

Francesca pone los ojos en blanco, esos ojos gris verdosos.

—Por supuesto que no. Ella es *demasiado* buena para ti. Trabajas demasiado y tu gusto en todo es discutible, pero… —aprieta los labios y su expresión se vuelve seria. —Lo siento, David. Es una costumbre. Sí, lo apruebo. Os merecéis el uno al otro, y lo digo en el mejor sentido.

Nadie se sorprende más que yo de lo mucho que importa su aprobación.

—Gracias, mamá —digo con cierta rudeza.

Suelta mi brazo y se alisa el pelo, como si un mechón se atreviera a salirse de sitio.

—Oh, basta ya de tanta cursilería —dice, recuperando su tono habitual. —Ve a recuperar a Catherine. ¿Necesitas mi anillo de diamantes?

Casi me atraganto.

—No, mamá. Creo que empezaré convenciéndola de que se mude. El diamante se lo pediré más adelante.

Lo digo medio en broma, medio en serio. Mientras subo al coche y pongo rumbo al restaurante donde solía trabajar, visualizo el anillo de diamantes que mi madre guarda en la caja fuerte del fondo de su armario. El anillo que perteneció a mi abuela, irónicamente regalo de su segundo marido. Mi madre no lo ofreció cuando le dije que iba a pedirle matrimonio a Chloe.

Ni se me ocurrió pedirlo.

Me asalta una imagen cristalina: yo deslizándole el anillo en el dedo a Catherine, tan vívida que casi parece un recuerdo. Sus ojos azules, abiertos de sorpresa, llenos de lágrimas. Parpadeo y la imagen se disipa, pero sé que ha estado ahí. Tan real como el anillo en la caja fuerte.

Espoleado, piso el acelerador y llego al restaurante favorito de Lily en tiempo récord. Al entrar, espero verla en la barra. No trabajando detrás, sino sentada, contándole a su mejor amiga lo que ha pasado. Pero el bar está vacío y no reconozco a la camarera que está detrás, apoyada en la vitrina, aburrida.

—Hola —saludo con voz seca, avanzando entre las mesas vacías. —¿Conoce a una mujer llamada Catherine Bowen?

Sobresaltada, se endereza de golpe.

—Eh, no, pero soy nueva aquí. Tal vez alguien en la parte de atrás pueda ayudarle.

Miro alrededor con impaciencia.

—¿Y a una mujer llamada Alyssa? —busco su apellido, pero no me viene. —Fue camarera aquí —añado.

La chica tras la barra, que no parece tener edad para beber alcohol, mucho menos para mezclarlo y servirlo, se muestra inquieta

ante mi intensidad.

—I… Iré a preguntar a alguien en la cocina. —Sale de detrás de la barra y desaparece por la puerta, mirándome por encima del hombro con una mezcla de interés y preocupación.

Apoyo las manos en la barra de madera brillante y aprieto los dientes. Este es mi gran movimiento—si no encuentro a alguien aquí que me ayude, no sé qué demonios haré después. Mantener lo nuestro en secreto implica que no conozco a sus amigos ni a su familia. No tengo a dónde acudir si.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta a mi espalda una voz sardónica y divertida.

Me giro y veo a Jason—el camarero con el que Cat salió casualmente. Algo intermitente, dijo ella. La última vez que lo vi quise partirle la cara por engreído. Ahora, en cambio, me dan ganas de abrazar al capullo. Si alguien puede ayudarme, es él.

—Busco a…

—A Cat, sí, ya lo sé. —Se palmea la nuca y me mira de arriba abajo, fijándose especialmente en mis zapatos italianos y mi reloj caro. Se le tuerce el labio. —¿Para qué?

Lo último que quiero es abrirme en canal ante este veinteañero desaliñado, que claramente no está por la labor de ayudarme, pero no hay otra manera.

—Porque la cagué con ella y tengo que recuperarla.

El arqueo de sus cejas me confirma que lo he sorprendido. Vuelve a evaluarme y esta vez parece captar que tengo los ojos inyectados y el pelo revuelto de tanto pasarme las manos por frustración.

—Mira, Cat es muy buena amiga mía. No voy a decirte dónde está así sin más. Lo dice sin rodeos, pero sin mala educación. Intuyo que le importa un comino cabrearme o complacerme, y lo respeto a mi pesar.

—De acuerdo —rectifico. —Creo que ha bloqueado mi número. ¿Puedes decirle que estoy aquí? —señalo la barra. —Me quedaré hasta el cierre.

—No cerramos hasta las dos de la mañana, tío —dice el camarero. —¿De verdad vas a quedarte ahí sentado doce horas?

—Si es lo que hace falta —respondo con tono sombrío.

—Sé que tendrás un millón de pavos o lo que sea, pero si la has cagado con Cat, ella tiene un millón de opciones.

—Créeme, lo sé. —Le doy un asentimiento de gratitud y busco sitio al fondo de la barra.

La camarera me observa con preocupación.

—¿Quiere algo de beber?

Saco cien dólares y se los deslizo.

—No. Solo quiero sentarme aquí.

Al principio pone cara de espanto, palmeando el billete como si fuera dinero manchado de sangre y lanzándome miradas incómodas desde el otro extremo de la barra. Por suerte, tengo el portátil en el coche y, en cuanto lo abro delante de mí, ella parece relajarse.

Yo no puedo. Cada vez que la campanilla sobre la puerta tintinea anunciando un cliente, me vuelvo lleno de esperanza. Cada vez, no es ella.

Pero no me voy.

Si existe siquiera una posibilidad infinitesimal de que Cat aparezca, me encontrará aquí.

Esperando.

CAPÍTULO 31

CAT



No puedo creerlo cuando recibo el mensaje de Jason. *«El "papá buenorro" está en el bar esperándote».*

Se lo enseño a Alyssa, que abre mucho los ojos y se tapa la boca.

—¿Vas a ir?

Niego con la cabeza, rotunda.

—Ni de broma.

Entra otro mensaje de Jason. *Dice que va a quedarse hasta que cerremos. Está asustando a Jacqui.*

—¿Quién es Jacqui? —pregunta Alyssa, leyendo por encima de mi hombro.

Me encojo de hombros. Esa es la última pregunta que me preocupa. Tengo como un millón más dando vueltas por la cabeza. ¿Qué demonios estoy haciendo? ¿En qué estoy pensando?

—Es por Lily —decido. —Me quiere. Seguro que… No puedo terminar la frase. La idea de que Lily encuentre la casa de la piscina vacía, de que se dé cuenta de que me he ido sin decirle ni una palabra, es demasiado dolorosa. Trago el nudo que se me forma en la garganta.

—Debo avisarle de que, al menos, voy a despedirme de ella. Le diré que me han aceptado en el programa de *MFA*.

—Deberías despedirte de la cría —coincide Alyssa. —Tú también la quieres.

¿Quieres que me lo cargue?

Me quedo mirando ese último texto, sintiendo que me parte en dos. Mi orgullo quiere decirle a Jason que sí, que se deshaga de él.

Mi corazón no me lo permite. Miro a Alyssa, impotente, esperando que ella me diga qué hacer.

Para mi sorpresa, es Parker quien se levanta de la mesa y regresa con un bloc y un boli. Algo entre una risa y un sollozo se me queda atascado en la garganta mientras lo veo trazar una línea en medio de la hoja y escribir, en la parte superior, dos encabezados: *Pros* y *Cons*. Es tan Parker que, por primera vez, no me provoca desdén.

—Bien —dice con aire oficial. —¿Qué arriesgas si hablas con él? ¿Cuáles son las posibles consecuencias negativas?

—Eh… mi orgullo —respondo de inmediato. —Básicamente le ha dicho a su amigo que soy prescindible.

—*Convenient* no es *exactamente* lo mismo que prescindible —murmura Alyssa y alza las manos en señal de rendición ante mi mirada fulminante. —Pero sigue siendo muy, muy feo.

Parker escribe *Pride* en grandes letras de imprenta al inicio de la columna de los Contra.

—¿Qué más?

Alyssa y yo nos miramos. Tiene que haber más, pero ¿qué?

—Podría mandarle una notificación —sugiere ella. —Por… incumplimiento de sus obligaciones o algo así.

—Por no haberle dado dos semanas de preaviso antes de dejar de fo… —Parker se corta a sí mismo antes de que tengamos que hacerlo nosotras. —Perdón —añade, bajando de nuevo el boli al papel.

Escribe *Legal Action* debajo de *Pride*.

Nos concede otro minuto para añadir algo más y después desliza el boli hacia la otra columna.

—¿Cuáles son los posibles resultados positivos?

—Podría tener la última palabra —dice Alyssa antes de que pueda responder. —Hacer que *él* se sienta tan fatal como la hizo sentir a ella.

Parker le lanza una mirada fugaz, tan sorprendido como yo por el tono vengativo que se le ha colado en la voz. En lo alto de la página duda un segundo y después escribe *Closure*.

—Es una buena forma de decirlo —murmuro.

—¿Qué más?

Parker me mira, expectante, el boli listo para apuntar lo siguiente. Pero no se me ocurre nada. ¿Qué de bueno puede salir de ver a David otra vez, aparte de cerrar este capítulo? Arrancará la costra que protege mi corazón y me dejará sangrando de nuevo desde el principio.

—No hay nada más —admito, desanimada.

Nos quedamos mirando la lista raquítica: dos motivos para no ver a David y uno a favor.

—Según esto, no deberías ir —dice Parker con innecesaria obviedad. Arranca la hoja del bloc y me la ofrece como si fuera un decreto oficial.

Alyssa estudia mi cara con atención. Aunque intenta parecer impasible, estoy segura de que ve cómo me tiembla la garganta y cómo las comisuras de mis labios se curvan hacia abajo, doloridas, en un esfuerzo por no llorar.

—Espera —dice de repente. —Aún no hemos hecho la pregunta más importante. ¿*Quieres* ir, Cat?

—¿Esa es la pregunta más importante? —se extraña Parker mientras se levanta y coloca el bloc de notas de nuevo en la nevera, donde cuelga a la espera de una lista normal, tipo *compras*, garabateada sobre sus líneas azules y amarillas.

—Creo que sí —responde Alyssa con brusquedad, todavía clavando la mirada en mi perfil. Puedo sentir cómo me atraviesa la piel y el cráneo, intentando leer los pensamientos que se persiguen en mi cerebro revuelto. Pero no hay pensamientos que leer. Solo emociones.

—Sí —susurro al fin. —La palabra me sale rota, en dos sílabas.

—Entonces deberías ir —dictamina Alyssa mientras alarga la mano por encima de la mesa y me quita la lista de entre los dedos flojos. Coge el boli que Parker ha dejado y añade, en la columna de Pros: *she wants to*.

—Ya está, ahora está equilibrado. No hay una decisión correcta o incorrecta, Cat, así que haz lo que quieras.

Vacilo unos segundos, todavía dividida entre la cabeza y el corazón, entre mi orgullo herido y el doloroso exceso de amor que

llevo dentro. Despacio, me pongo en pie. Luego vuelvo a sentarme.

—No tengo coche.

—Madre mía —murmura Alyssa, poniendo los ojos en blanco. —Puedes coger el mío.

El ruido que hace al hurgar en su bolso para buscar las llaves casi tapa la advertencia de Parker:

—Lys, no está en tu seguro…

—Toma —dice Alyssa como si él no hubiera hablado. Separa la llave de casa del llavero y me la lanza.

La atrapo y miro a Parker justo a tiempo de verle poner los ojos en blanco y darse la vuelta.

—¿Me acompañas? —le pido a ella.

—Claro —Alyssa recoge su llave de casa y se calza las sandalias.

Una vez dentro del ascensor, a salvo y sin posibilidad de que huya a zancadas, digo:

—Lys, lo primero es darte las gracias por ser mi mejor amiga, por no juzgarme jamás por esta situación y por ayudarme a decidir qué hacer.

Entrecierra los ojos, suspicaz.

—¿Y lo segundo, Cat?

—Tienes que dejarle. No es justo para ninguno de los dos.

Abre la boca, pero me apresuro antes de que inevitablemente me mande a ocuparme de mis propios asuntos o señale que no estoy precisamente en posición de dar consejos sentimentales.

—No le quieres. No de la forma en que *se supone* que debes querer.

—¿Y quién dice que hay una forma en la que *se supone* que hay que querer? —suelta Alyssa. —Además, no es como si él me quisiera a mí de la manera en que se supone que hay que querer a alguien.

—Exacto. No deberías vivir con alguien de quien piensas que se preocupa más por su cartera de acciones que por ti.

Es un pecado capital de la amistad sacar a relucir confesiones borrachas, pero siento que esto es lo bastante importante para saltarme las reglas.

Alyssa me lanza una mirada que mataría a una paloma en pleno vuelo.

—Eso fue hace mucho, Cat. Estaba borracha. Parker y yo hacemos buena pareja.

—Lo sé, lo sé. Si hicieras una lista de pros y contras, los pros ganarían siempre —me muerdo el labio inferior. —Pero, Lys, para que la lista sirva, tendrías que hacerte la pregunta más importante.

—¿Por qué estoy aceptando consejos de mi mejor amiga chiflada, que además está con el corazón roto y sin casa? —replica, aporreando el botón *P* como si así pudiera hacer que el ascensor baje más deprisa.

—No. ¿*Quieres* estar con él? Dejando a un lado la cartera de acciones, el buen piso y la casa de vacaciones en *Martha's Vineyard*.

Abre la boca para replicar, pero antes de que pueda, el ascensor se detiene con un ding. Miro para comprobar si estamos en el garaje, pero solo estamos en la planta 7. Alguien va a subir.

La mujer que entra capta la tensión al instante. Alza las cejas cuando ve a Alyssa en un lado de la cabina, silenciosa y sublevada, y a mí en el otro, conteniendo las ganas de disculparme. Sujeto con fuerza las llaves por si Alyssa cambia de idea sobre prestarme el coche. El resto del trayecto transcurre, afortunadamente, sin interrupciones.

—Que tengan buen día —dice la mujer con cautela al salir del ascensor.

Me arriesgo a mirar la cara de Alyssa, preguntándome qué haré si decide que, después de todo, no puedo llevarme su coche. Para mi sorpresa, me está mirando, y no con ganas de estrangularme.

—Puede que no sea perfecto —dice con rigidez, —pero es… es seguro.

—El amor no es seguro —susurro. —Pero, Lys, merece la pena.

—¿De verdad lo crees, incluso después de todo lo que has pasado?

No hay sarcasmo en su voz; pregunta como quien de verdad busca una respuesta.

No necesito una lista de pros y contras: el amor, sin duda, compensa el dolor.

Y el hecho de que me dirija al restaurante pese a todo lo demuestra.

CAPÍTULO 32

DAVID



Tras una hora, me instalo en un reservado desde el que puedo vigilar la puerta en lugar de encogerme cada vez que se abre. La camarera —Jacqui, así se llama— parece aliviada. No la culpo. Con cada hora que pasa, un torno invisible me retuerce las tripas. Jason debe de haber contado al resto del personal lo que ocurre, porque todos encuentran una excusa para cruzar la barra y lanzarme miradas de soslayo. De pronto, mi plan de quedarme aquí hasta el cierre se parece más a una inmolación que a un gesto romántico.

Jason se acerca una vez para decirme: —Le he dicho que estás aquí. Ha leído los mensajes, pero no ha respondido.

—Gracias —alzo la vista del informe que en realidad no estoy leyendo y lo pillo observándome con el ceño fruncido.

Se frota la perilla desaliñada como si sopesara decir algo y empieza a girarse, claramente habiendo cambiado de idea.

—¿Qué? —pregunto.

Se detiene y vuelve sobre sus pasos de mala gana. —Mira, tío. No quiero que parezca que voy de hermano mayor de Cat ni de padre ni nada por el estilo, pero siento que tengo que decir algo.

Espero.

—Cat es muy buena persona. Si vosotros dos tuvisteis… algo… no creas que sea de esas chicas que lo hacen todo el tiempo, ¿vale? Si se preocupaba por ti, eso era algo muy serio.

Me tomo un momento para digerirlo, pero Jason interpreta mi silencio como que no lo he entendido.

Suelta el aire y un rubor le sube por el cuello. —Es así: yo quería liarme con Cat, ¿vale? Salimos, nos lo pasamos bien, pero quizá yo sentía más por ella de lo que ella sentía por mí, ¿sabes? Ella es de esas chicas con las que te casas, si puedes, porque lo tiene todo.

Observo a Jason, sorprendido de apreciar su extraño discurso inconexo. Está exponiendo el cuello para explicarme que no debo jugar con alguien tan especial como Cat, por si acaso no lo sé. Intenta protegerla, y eso hace que ya no pueda verlo como un niñato pelagatos.

—Lo sé —murmuro. —No te preocupes, eso es precisamente lo que intento hacer.

—Bien, genial —parece enormemente aliviado de haber zanjado la conversación; asiente con la cabeza y se marcha hacia la cocina.

Pasa otra hora. El bar se llena de gente que sale del trabajo. Los veo entrar en tropel. Solo yo permanezco aquí, en un reservado en el que caben holgadamente seis personas. El nivel de ruido sube: conversaciones, vasos golpeando la madera y cubiertos tintineando contra los platos. Dejo de oír la campanilla cada vez que entra alguien.

Y entonces, de pronto, Cat aparece delante de mí.

La miro unos segundos, preguntándome si de verdad está allí o si mi cerebro está superponiendo su imagen a la escena. Pero no: es ella. Está preciosa y cansada, desafiante y triste. Se desliza en el asiento frente al mío y es como si una burbuja descendiera a nuestro alrededor. En un instante, el resto del bar se difumina y el ruido se apaga.

—Gracias por venir —digo, sorprendido al descubrir que me cuesta encontrar palabras. Parecía tan sencillo cuando tracé el plan: si Cat aparecía, las palabras también lo harían. La disculpa, la explicación, la verdad…, todo estaría allí.

Pero no lo está.

Cat asiente con los labios apretados. —No es por ti —aclara. —Es por Lily. No debería haberme marchado sin despedirme.

—Ella no lo sabe; cree que sigues de vacaciones —aparto el portátil a un lado de la mesa, fuera de nuestro alcance. —Cat…

Sacude la cabeza con un gesto brusco, impaciente. —No. Primero hablo yo.

—Pero yo…

—No. Cat entorna sus ojos azules como el océano. —Ya he oído lo que tenías que decir, David. Créeme, escuché cada palabra. Ahora te toca a ti escucharme.

Odio el dolor que se enciende en su rostro. Una explicación inarticulada y desesperada se me agolpa en la lengua, pero me la trago. Tiene razón. Es mi turno de escuchar. Me preparo para que me despelleje de cien formas distintas. Me lo merezco.

Cat toma aire hondo. —Te quiero.

Mis ojos se clavan en los suyos. Es lo último que esperaba oír y me ensancha el pecho de alegría. Pero la expresión de su rostro lo desinfla de inmediato. Parece lúgubre y agotada al decirlo, como si fuera una carga pesada que lleva demasiado tiempo soportando y quisiera soltar de una vez.

—Pero se me pasará —remata con voz lúgubre y resuelta.

—Cat, yo…

Su mirada es un par de dagas. —David, por favor. Tienes que dejarme terminar.

Las palabras me arden en la garganta, calientes como brasas. Muero de ganas de interrumpirla, pero me obligo a tragármelas.

Satisfecha de que voy a permanecer callado, su mirada se suaviza un poco. —También quiero a Lily, y no es justo esfumarse sin más. Le prometí a la señora Barnes que cuidaría de ella, y eso es lo que voy a hacer si aceptas el plan que he preparado.

Acepto cualquier cosa con tal de que eso signifique que vuelve, pero no me arriesgo a abrir la boca para decírselo. Con ella se me escaparían todas las demás palabras.

Cat saca de su bolso un bloc de notas amarillo, de esos que llevan un imán detrás para pegarse a la nevera. —Primero: ya no viviré en tu casa ni en tu propiedad. Mi horario será de ocho a seis. Lo escribe en la primera línea. —Si te parece bien, necesito seguir usando el coche hasta que pueda comprarme uno.

Alza la vista hacia mí en busca de respuesta.

—Puedes quedarte con el coche y…

—Genial, así será más fácil —Cat lo apunta. —Obviamente vamos a necesitar nuevas normas, y esta vez hay que cumplirlas. Nada de tocarnos, ni de hacer alusiones al pasado, ni de conversar sobre nada que no sea Lily.

Durante un minuto, lo único que oigo es el rasgueo de su bolígrafo sobre el papel. Por fin, Cat vuelve a alzar la vista sin llegar a mirarme del todo. —¿Tenemos un trato?

Alzo las cejas, pidiendo permiso para hablar.

Cat deja el bolígrafo y exhala, visiblemente tensa. —Adelante.

—Necesito que me mires primero.

Con el ceño fruncido, me mira. Por su expresión sé que tiene todas las defensas alzadas. Cada puerta, cada muro, cada barrera se advierte en la firmeza de su barbilla, en la línea recta de sus labios y en el entrecerrar de sus ojos. Está decidida a no dejarme entrar de nuevo, diga lo que diga.

Pero me ha dicho que me quiere, y eso significa que hay una forma de atravesar su guardia.

Me inclino sobre la mesa instintivamente. El corazón me late deprisa. Extender la mano hacia la de Cat se siente como aquella vez en que me lo jugué todo al firmar el préstamo que dio origen a DKI. Puede llevarme a todo, o arruinarme. DKI me ha dado mi fortuna, pero si esta apuesta no sale bien, ¿de qué valdrá el dinero?

Cat retira las manos antes de que pueda tocarlas. —Limítate a decirme si tenemos trato o no —espeta.

Inhalo hondo y dejo las mías, palma abajo, sobre la mesa, a medio camino entre los dos. —No. No tenemos trato.

Los ojos de Cat se agrandan. Está tan segura de que aceptaré que no entiendo por qué demonios piensa que firmaría algo que me prohíba tocarla o hablar con ella de verdad. A menos que esté convencida de que lo que le dije a McMann en el bar es la verdad.

«No significaba nada».

«Solo era conveniente».

Una parte de mí pensaba que, en algún nivel, ella sabría que estaba soltando una sarta de mierda, pero ahora me doy cuenta de que no. Se lo ha creído.

Eso me da un punto de partida.

—Cat, lo que oíste en el bar… —niego con la cabeza, enfermo de repugnancia. —No debería haberlo dicho. Ni una sola palabra era verdad. Solo quería que McMann se largara de una puta vez.

Emite un sonido que no sé descifrar, pero la expresión de su rostro no augura nada bueno.

Continúo. —Las últimas veinticuatro horas han sido un infierno. Desde ese instante no he pensado en otra cosa que en encontrarte. Necesito decirte cuánto lo siento de que lo oyeras. Si pudiera repetirlo todo…

—¿Lo habrías dicho más bajo? —interrumpe Cat con acero frío en la voz.

—¡No lo habría dicho en absoluto!

Ella ladea la cabeza; su cabello castaño dorado resbala por un hombro y sus ojos azules se estrechan, escépticos. —¿Y qué habrías dicho?

Respiro hondo y presiono las yemas de los dedos contra la superficie fría y barnizada que nos separa. Ahí está: el momento de firmar el contrato que sellará mi destino, de un modo u otro.

—No es lo que le habría dicho a McMann —respondo en voz baja. —Es lo que debería haberte dicho a *ti*, pero no lo hice porque fui un cobarde.

Su cabeza sigue ladeada, pero algo en su expresión cambia, se congela. Tengo la sensación de que contiene el aliento, esperando.

Me inclino para agarrar su mano y, esta vez, no la retira. Permanece laxa entre las mías, pero está ahí.

—Debería haberte dicho que te quiero, Cat. Porque te quiero.

CAPÍTULO 33

CAT



Escucho sus palabras, pero, en lugar de calar hasta el fondo de mi corazón y suturar las heridas que sus otras frases han abierto, se quedan en la superficie. Son una compresa fría sobre una frente ardiente: alivian, pero no curan. Quiero creerlas con todas mis fuerzas, pero simplemente no puedo. El tejido cicatricial es demasiado grueso.

David puede leer el escepticismo en mi rostro. Me aprieta la mano con más fuerza, inclinándose hacia delante, casi suplicante.

—Lo digo en serio, Cat. No sé cuándo empezó, pero lo supe cuando fuimos a Busch Gardens, y debería habértelo dicho entonces, pero fui un cobarde.

—No paras de repetirlo —mi voz suena extraña incluso para mí: fría, distante, casi desinteresada. —¿De qué tenías tanto miedo?

Se encoge de hombros.

—De mi pasado con Chloe. De cómo vería la gente desde fuera una relación contigo. De cómo podría afectar a Lily. Cualquiera de esas cosas. Todas. Pero, sobre todo, de ti.

—¿De mí? *¿Por qué?* —Es lo más sorprendente que podría haberme dicho. Las otras razones puedo imaginármelas, pero resulta ilógico que David pueda temerme *a mí*. Él es el intimidante, con su dinero, su poder y el hecho de que sabe lo irresistible que resulta para las mujeres.

—Porque si admito que estoy enamorado de ti y tú me dejas, como hizo Chloe, eso… —la mandíbula de David se tensa mientras busca la palabra adecuada— …dolería. Y puede que haya pasado toda mi vida en relaciones que no podían hacerme daño.

—¿De hacerte daño? —aclaro.

Él asiente con un breve movimiento de cabeza.

Pienso en Alyssa y Parker y en la dispar colección de motivos que los mantiene unidos, ninguno de los cuales es el amor.

—¿Incluso Chloe?

—Sobre todo Chloe. Me importó que dejara a Lily, no a mí.

Por primera vez siento cierta compasión por la ex de David. Lo único peor que perderlo sería creer que lo tengo cuando, en realidad, no lo tengo. Llevar su anillo, tener un hijo suyo, dormir en su cama y, aun así, no poseer su corazón. Se me eriza la piel solo de pensarlo. Qué forma tan lenta y terrible de volver loca a una persona.

—Lo sé —dice David, leyendo mi expresión. —Fui un imbécil al casarme con ella y tener un hijo. Creí que lo que le ofrecía era suficiente. Ahora veo por qué no lo era.

—¿Qué ha cambiado? —pregunto casi en un susurro.

—Me enamoré de ti. Me di cuenta de lo que faltaba entre las demás mujeres y yo. Nunca las quise. *Ellas* eran las convenientes, Cat. Tú no, porque sé que, pase lo que pase, puedes herirme.

Sin darme cuenta, giro la mano hasta enlazarla con la de David. Me quedo mirando nuestros dedos entrelazados mientras sus palabras dan vueltas en mi cabeza, destilándose hasta lo esencial.

Me enamoré de ti.

El entumecimiento que ha estado protegiendo mi corazón por fin se desvanece y me inunda una combinación vertiginosa de esperanza y miedo. Estaba enamorado de mí. Pero ¿sería suficiente para superar lo demás?

—¿Y los otros motivos para no estar juntos? —pregunto, temblorosa. —Lily. La percepción de los demás.

—Ya me importa una mierda lo que opinen los demás —dice David con fiereza, inclinándose sobre la mesa. —Ahora que sé lo que se siente al perderte, lo único que me importa es lo que *tú* pienses de mí.

Me muerdo el labio inferior, luchando contra el escozor que me empaña la vista.

—Sigue estando Lily.

—Estoy pensando en ella. Sé que te quiere y que también podría perderte si meto la pata.

—No me perderá —lo miro a los ojos, aunque temo que vea las lágrimas que se me están formando. —Te he dicho que no abandonaría a Lily, incluso si hubieras querido decir cada palabra que soltaste en el bar.

—Te creo. Y es otra razón por la que estoy enamorado de ti.

Lo dice con tanta sencillez, tan naturalmente. Inspiro hondo, temblorosa, y cierro los ojos, incapaz de soportar la intensidad que irradia.

—Cat —dice David en voz baja. —Sé que he dicho muchas gilipolleces en los bares, pero lo que digo ahora es la verdad. Te quiero. Quiero recuperarte. ¿Crees que hay alguna posibilidad…?

—Sí.

Sus dedos se cierran con más fuerza alrededor de los míos. Casi puedo sentir su mirada atravesar mis párpados cerrados, esperando a que continúe. Tomo aire de nuevo, los abro y vuelvo a mirarlo. Ahora *sé* que ve las lágrimas formándose, pero no me molesto en esconderlas.

—Sí —repito, esta vez con más firmeza. —Pero, David…

Se levanta antes de que pueda terminar la frase y me saca del reservado de un tirón. Ni siquiera tengo los pies asentados cuando ya me está besando. Un beso largo y duro que subraya cada una de sus palabras.

Me derrito en él, y el alivio de volver a tener su boca sobre la mía es abrumador. No me he permitido procesar lo frío y terrible que sería recuperarme de dejar de amarlo, de no volver a besarlo jamás. Se siente como oxígeno después de contener la respiración, como agua tras caminar por el desierto.

Pero no podemos limitarnos a besarnos y hacer las paces.

Apoyo las manos en su pecho y lo empujo un paso atrás.

—David… no podemos volver a las viejas costumbres. Ya hemos comprobado que a largo plazo no funciona.

—De acuerdo. Vente a vivir conmigo —me atrae de nuevo para otro beso. Sus palabras dan vueltas en mi cabeza, mareantes,

dificultando recordar *por qué* no podemos simplemente besarnos y arreglarlo.

Me vuelven en fragmentos.

Las mentiras.

El ir a escondidas.

La sensación desesperanzada de que, fuera adonde fuera esto, el destino me rompería el corazón.

Lo empujo otra vez.

—Necesitamos reglas, David —señalo el bloc. —Un plan. Un *acuerdo*.

Los ojos de David brillan febrilmente, encendidos de deseo, diversión e impaciencia. Agarra el bloc antes de que pueda alcanzarlo y lo lanza lejos. Golpea el borde del reservado y se desliza hasta desaparecer bajo la mesa. Luego me sujeta del brazo antes de que pueda ir a por él, consciente de que estoy presa de una especie de manía: un deseo insensato de poner *orden* en este amor caótico y arrollador. Algo así no puede quedar suelto. Tiene que haber reglas, tiene que haber…

—Te quiero, Cat —repite, y esta vez las palabras penetran más hondo que nunca; se hunden en mi corazón, en mis huesos, fortaleciéndome. —Acepto hacer todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz. ¿Aceptas hacer lo mismo?

Asiento, incapaz de hacer otra cosa.

—Entonces, ¿qué más hace falta?

Busco en mi interior, intentando convertir en palabras los miedos que se desplazan, pero no puedo. Se evaporan antes de que logre darles forma.

—Esta vez confiemos —insiste David. —Hagamos una sola regla: ir a por todas y comprometernos a no romperla.

Vuelvo a asentir. Las lágrimas resbalan por mis mejillas, pero las comisuras de mi boca se elevan mientras una alegría salvaje empieza a extenderse en mí, expulsando los últimos restos de dolor y miedo. Le tiendo la mano, absurdamente formal.

—¿Sellamos el trato con un apretón? —logro decir entre las lágrimas que crecen y la risa que me burbujea en el pecho.

David niega con la cabeza, una sonrisa ladeada asomando en sus labios.

—Sellémoslo con un beso —me toma el rostro entre las manos y aparta las lágrimas con los pulgares. —¿Trato hecho?

—Trato hecho —susurro, y entonces su boca desciende sobre la mía y sé que hemos sellado algo más que un acuerdo.

Hemos sellado nuestro destino.

EPÍLOGO

DAVID - UN AÑO DESPUÉS



Entreno en la terraza, a una distancia prudente de las salpicaduras que Cat y Lily provocan mientras nadan de un lado a otro de la piscina. Escucho sus carcajadas al terminar cada carrera, cada vez más jadeantes, y sé que pronto las veré sentadas en el borde, con la melena empapada secándose al sol, lanzándome miradas furtivas con la esperanza de que les lleve algo de beber.

Sonrío y acelero el ritmo. Llevamos tres semanas del primer verano de Lily sin obligaciones y me pregunto por qué demonios he malgastado los anteriores. Ninguna clase de refuerzo escolar ni campamento deportivo supera esto. Tener cerca a las dos personas que más quiero en el mundo —con las frecuentes apariciones estelares de sus mejores amigas, Alyssa y Mackenzie— hace que el verano me parezca casi unas vacaciones, aunque haya trabajado la mayor parte del tiempo. Eso cambiará la semana siguiente, cuando vayamos a Hawái para nuestras primeras vacaciones familiares oficiales.

También pienso hacer oficiales otras cosas en Hawái.

Estoy a punto de acabar el último correo que tengo que enviar cuando suena el móvil. Mi primer impulso es ignorarlo —mi nueva norma en la empresa es no estar disponible entre las cinco de la tarde y las nueve de la mañana a menos que el edificio esté ardiendo, —pero entonces veo la cara de mi madre en la pantalla.

Contesto, intrigado por si esta vez piensa avisarme de cuándo vendrá de visita. En Nochebuena simplemente se presentó, cargada con Davy, el perro, y una cantidad absurda de regalos para Lily.

—Hola, mamá.

—David, quería preguntarte algo —su voz suena nítida, casi profesional. —Cuando vaya de visita en julio…

—¿Vienes en julio? —la interrumpo mientras abro el calendario de *Outlook*. —Estaremos en Hawái hasta el diecisiete de julio.

—Sí, en julio —dice, como si le importara un bledo que quizá no estemos en territorio continental durante su visita. —Ahora escucha, voy a empezar a hacer la maleta dentro de poco. ¿Hay algo que quieras que lleve?

—¿Así que quieres repasar conmigo tu lista de equipaje, pero no las fechas de tu viaje? —pregunto, desconcertado.

Francesca suelta un resoplido de fastidio, como si yo estuviera siendo deliberadamente obtuso.

—Sí, David, estaba pensando si crees que debería llevarme la bata rosa o la morada —dice con sarcasmo.

No soy capaz de visualizar ninguna de las dos. Miro hacia mi pequeña familia, esperando que ya estén sentadas en el borde de la piscina para tener una excusa para colgar. No hay suerte.

—Cualquiera de las dos está bien, mamá. Mira, tengo que…

—¡No hablo de mi lista de equipaje! —estalla. —Quiero decir si hay *algo* que quieras que lleve.

Oigo a Davy ladrar de fondo. Si me hubiera pedido una lista de cosas que no quería que trajera, habría sido fácil. Ese perro estaría en lo más alto.

Entonces, de pronto, caigo en lo que de verdad me está preguntando.

—¿Estás hablando del anillo de compromiso de la abuela? —pregunto, intrigado. Sin perder de vista las dos siluetas que surcan el agua, me levanto y entro en casa.

—¡Sí! —dice, exasperada. —¡Por supuesto!

Me paso la mano por la cabeza, pensativo. He planeado llevar a Cat a la mejor joyería de Honolulú para escoger un anillo; no lleva muchas joyas y, dado que creo que llevará esa pieza los próximos setenta años, quiero asegurarme de que elija la adecuada. Pero cuanto más lo pienso, más perfecto me parece un diamante de talla esmeralda engastado en una sencilla banda de oro para Cat.

—Quiero el anillo —digo despacio. —Pero lo necesito antes del 17 de julio.



Hawái es un paraíso exuberante y tropical con un sinfín de lugares hermosos y románticos donde pedir matrimonio. Podría hacerlo en la playa al atardecer. Podría hacerlo en el Parque Nacional de los Volcanes, en esa noche estrellada que hace que parezca que estamos en otro planeta. Quizá debería hacerlo en Mooula Falls, la cascada de setenta y cinco metros del valle de Halawa.

Pero no puedo esperar tanto.

La primera noche que pasamos allí, sentados en nuestro balcón, con Lily dormida en su habitación, cubro el bulto que forma la caja del anillo en mi bolsillo. Cat me sonríe somnolienta desde su mecedora de ratán. Ya lleva sus pantalones cortos de satén y el camisón ligero, aunque apenas son las nueve. Estamos agotados por el viaje y el cambio horario.

—Este sitio es increíble —dice en voz baja, apoyando los pies en el borde de mi silla hasta que sus dedos rozan mi muslo.

Veo la invitación en sus ojos y, normalmente, la aceptaría al instante. Pero esta vez pospongo el momento de sentarla en mi regazo y llevarla de vuelta al dormitorio.

Tengo algo que hacer antes.

Le pedí matrimonio a Chloe durante una cena en Washington. Todo estaba orquestado de antemano. El restaurante estaba al tanto de la sorpresa. El anillo salió con el postre. Ella lo examinó durante un minuto entero, sin captar el meollo de la propuesta. Los demás comensales aplaudieron con entusiasmo cuando dijo que sí, de todas formas. El gerente sacó una botella de su mejor champán y todos celebramos. Había sido bonito y vacío, como nuestra relación. Me sentí más satisfecho que feliz. Había marcado la casilla.

Ahora me sorprende descubrir que estoy nervioso.

—Ven aquí —digo en voz baja, abriendo los brazos.

Cat alza una ceja y sonríe. Creía saber a qué conducía aquello, pero no tenía ni idea. Se desliza sobre mi regazo y rodea mi cuello con los brazos.

—Hola —susurra contra mis labios.

—Catherine Bowen —me ladeo lo justo para extraer la caja del anillo del bolsillo y la mantengo a un lado, fuera de su vista, —tengo una pregunta para ti.

—David King, sabes que la respuesta siempre es sí —apoya su frente en la mía y trata de presionar sus labios contra los míos. Esta vez arquea ambas cejas cuando la aparto.

Dejo la caja sobre el borde de la silla, oculta tras mi muslo, y subo la mano para delinear el contorno de sus labios. Deslizo el pulgar por su mejilla aterciopelada y siento el roce sedoso de su pelo en el dorso de mi mano.

—Sé que este otoño vas a estar ocupada con la vuelta del máster, pero me preguntaba si tendrás tiempo para una cosa más.

Entrecierra los ojos y desplaza su peso de mis muslos a mis rodillas, con espacio para cruzarse de brazos.

—David, quedamos en aligerar la agenda de Lily este año. Ya viste lo bien que le fue cuando tuvo más tiempo libre el año pasado.

—No se trata de Lily —recorro con el dedo la larga columna de su garganta, por encima del relieve de la clavícula, hasta la generosa curva de sus pechos suaves. —Me preguntaba… —deslizo la mano por el contorno de sus costillas, resbalando hasta la curva de su cintura.

Sus ojos se encienden de nuevo y se inclina hacia mí. Cierro de nuevo los dedos en torno a la caja y la abro con el pulgar.

—…si te casarías conmigo —termino, alzándola a la altura de su vista.

Los ojos de Cat se abren como platos y un estremecimiento le recorre todo el cuerpo. Su mirada, atónita, está tan fija en la mía que aún no ha visto el anillo.

—¿Casarme contigo? —exhala, con destellos acumulándose en sus ojos. —¿Quieres decir, no sé, algún día? ¿O te refieres…?

—Me refiero a pronto —asiento hacia el anillo. —No me importa dónde ni cómo lo hagamos. Solo quiero casarme contigo, Cat.

Cat sigue mi mirada y otro sobresalto le recorre el cuerpo. Se tapa la boca con una mano y se aferra a mi hombro con la otra, como si no pudiera mantenerse erguida sin mi apoyo.

—Dios mío —dice detrás de la mano. —Es precioso, David.

Con cuidado de no moverla, saco el anillo.

—Te quiero, Cat —digo, notando el temblor en mi voz. —Nunca he querido a una mujer como te quiero a ti. Me encanta cómo te ríes. Me encanta cómo luchas. Me encanta cómo te preocupas. Y, sobre todo, me encanta cómo nos quieres a Lily y a mí. ¿Te casarás conmigo y completarás oficialmente nuestra familia?

Baja la mano temblorosa, con los dedos abiertos. La sujeto con cuidado y deslizo el anillo hasta su dedo anular, donde brilla a la luz de la luna como una estrella caída. Mientras Cat lo contempla en silencio, le tomo la barbilla y vuelvo a orientar su mirada hacia la mía.

—Tienes que decir sí o no —le recuerdo con voz ronca. Es una locura, pero incluso con el anillo puesto necesito oírla.

—Sí —dice Cat con vehemencia, echando los brazos a mi cuello y besándome con fuerza. —Sí, sí, sí.

La rodeo con los brazos, y una oleada de alegría y alivio me invade. La parte analítica de mi cerebro, esa que nunca puedo apagar del todo, toma nota: así es como se supone que te sientes cuando le pides matrimonio a una mujer. Como si te hubieran electrocutado y hubieras ganado la lotería al mismo tiempo.

—El anillo era de mi abuela —digo, apartándome un poco. —Si no te gusta…

—Me encanta —responde con la misma pasión. Luego se detiene. —Espera, ¿de su primer matrimonio o del segundo?

—El segundo. El que duró hasta que murió.

—Ah, perfecto. —Cat vuelve a besarme. —Esa es la herencia que quiero recibir.

Mientras nuestros labios se separan y nuestras lenguas se entrelazan, pienso vagamente que quizá deberíamos despertar a Lily

y darle la buena noticia. Pero cambio de idea. Se lo diremos por la mañana.

Esta noche es solo para Cat y para mí.

Esta noche… y todas las noches del resto de nuestra vida.

Fin

VIDAS CRUZADAS (VISTA PREVIA)



CAPÍTULO 1

WES



Se me puso mala cara por la cantidad de correos electrónicos que había en mi bandeja de entrada. Dios. Siempre pasaba lo mismo, y siempre parecía pillarme por sorpresa: tómate una sola tarde libre que al día siguiente tienes ya dos mil correos electrónicos por revisar. Y eso que era en una empresa relativamente pequeña. No podía imaginarme lo que sería si trabajara para alguna de esas grandes empresas de la gran ciudad.

Aunque daba por sentado que, si trabajara para una de esas empresas, dudo mucho que pudiera darme el lujo de tomarme tan siquiera media hora libre; y no digamos ya medio día.

Antes de ponerme a responder mis correos electrónicos, alguien llamó a la puerta. Alcé la vista para ver allí de pie a mi asistente Beth. Tenía una carpeta en la mano y una expresión de descontento en el rostro. "La chica nueva está en el vestíbulo", me informó en un tono entrecortado. Levanté una ceja cuando se acercó y me arrojó la carpeta sobre mi escritorio, cruzándose de brazos.

Contuve un suspiro. Quedaba claro que a Beth no le gustaba el nuevo fichaje. Tampoco es que fuera asunto suyo. Quiero decir, de acuerdo, probablemente le preocuparía que, como mi asistente que era, le pudiera asignar alguna tarea que la nueva empleada no pudiera hacer al principio. Sin embargo, ya debería saber que esa no era la forma en la que yo dirigía la empresa. Además, era inapropiado que ella hiciese tan obvio el hecho de que no le gusta la nueva chica, más que nada, porque apenas la conocía.

Estuve a punto de llamarle la atención a Beth, pero sabía que eso no iría bien. El caso era que ella solía ser la asistente del dueño de la empresa y yo la heredé desde que George se jubiló. No era precisamente la persona que yo habría elegido como asistente, simplemente debido a su personalidad. Pero, a fin de cuentas, sabía lo que hacía, y era leal a la empresa. Eso significaba mucho.

A pesar de esto, se tomaba libertades que normalmente yo no permitiría. Había ciertos comportamientos que quería cortar de raíz, antes de que fuera demasiado tarde. Aun así, ahora podría no ser el mejor momento, con la nueva empleada esperando en el vestíbulo.

"¿Cuál es tu impresión de ella?" Le pregunté a Beth, amablemente. Tal vez si ella hablaba de ello, y yo fuera capaz de quitarle cualquier ridículo prejuicio que tuviera, se tomaría con más calma lo de la nueva chica. Eso era, probablemente, lo único bueno que podía hacer por ahora.

Beth puso los ojos en blanco, confirmando, aún más, mi impresión de que había algo en la chica nueva que no aprobaba. "Es de la clase de ejecutivas de la gran ciudad, que claramente piensa que es demasiado buena como para estar aquí, en una provincia", dijo con desdén.

Traté de no gesticular, sabiendo que eso solo le daría a Beth más razones para ponerse en contra de la nueva chica. No, no quería validar su impresión, si podía evitarlo. Incluso sin tener demasiado tiempo como para tratar con alguien que pensaba que era demasiado buena para este lugar.

Además, no habría terminado como director ejecutivo de la empresa más grande de mi ciudad natal si no estuviera condenadamente orgulloso de ser de aquí. Podríamos ser una pequeña ciudad en Nebraska, ignorada por la mayor parte del resto del mundo, pero nos habíamos hecho un nombre en el mundo empresarial. Sin mencionar que la gente aquí era agradable y que la vida discurría a un ritmo con el que me sentía cómodo. No lo cambiaría por ningún otro lugar.

Así que no, no me gustaba especialmente la idea de que alguien viniera aquí y pensara que hacía mejor las cosas. Aunque eso no se lo mencioné a Beth. En lugar de ello, en un tono igual de suave,

dije: "Estoy seguro de que con el tiempo encontrará la manera de adaptarse".

El rostro de Beth se ensombreció, y podía asegurar que, si volvía a abrir la boca, sería para decir algo aún más cruel sobre la nueva empleada. En ese momento, sentí que ya había oído suficiente. "Eres más que bienvenida a expresar tu opinión, especialmente de una forma general", dije con severidad; "pero no toleraré las malas formas o la falta de profesionalidad en esta empresa".

La boca de Beth se apretó en una delgada línea, pero asintió. "Está bien" dijo, con frialdad.

"Por favor, haz que pase", le dije, volviéndome hacia el archivo que había arrojado, sin miramientos, sobre mi escritorio. Todavía no había tenido oportunidad de mirarme la información sobre la nueva gerente de innovación que había contratado George justo antes de que me entregara las riendas de la empresa. Las cosas habían sido bastante agitadas durante el período de transición y, de todos modos, confiaba en que George hubiera elegido a alguien adecuado para el puesto.

Había trabajado para esta empresa desde que me gradué en la escuela de negocios, y eso era suficiente para saber que George sabía lo que hacía. No es que él y yo hubiéramos estado siempre de acuerdo, al menos no especialmente en lo que respecta al personal, pero él habría contratado a alguien que fuera, como mínimo, competente.

Abrí el archivo y vi el nombre que estaba en negrita en la parte superior del currículum. Me quedé boquiabierto.

Rian James. No puede ser.

Seguramente debía tratarse de otra persona. Pero, vamos a ver, ¿cuántas chicas se llamaban Rian? Y con el mismo apellido también... Imposible. Ella no volvería a Nebraska. ¿O sí?

Alcé la mirada hacia la puerta, que se estaba abriendo de nuevo. Beth entró con una falsa sonrisa en su rostro. Sin embargo, mis ojos se deslizaron más allá de ella, hacia la mujer que la seguía. No quedaba ninguna duda: era exactamente la misma Rian James que recordaba.

La misma Rian James que fue mi pesadilla en la escuela de negocios. La misma Rian James de la que me medio enamoré, hasta que me arrebató las prácticas de empresa con las que yo soñaba.

Nuestros ojos se cruzaron, y sentí una ráfaga de electricidad atravesándome. Estaba incluso más guapa de lo que lo estaba siete años atrás. Y estaba claro que ella también me reconoció. Una emoción ilegible cruzó su rostro, pero rápidamente controló su expresión. Lo que me dejó preguntándome que es lo que estaría pensando ella. Nada que yo pudiera preguntar.

"Wes, te presento a Rian James. Rian, Wes, el CEO de GBC", dijo Beth. Lo suficiente como para que no saltara a la vista el hecho de que ya nos conocíamos. Oh sí, nos conocíamos *muy* bien. Mi mente regresó a aquella noche, con su piel sedosa, debajo de mí, tumbada sobre las sábanas. Tuve que hacer un esfuerzo increíble para alejar esas imágenes y poder concentrarme en el momento actual.

Por suerte, Beth no parecía querer quedarse. Salió de la oficina, dejándome a solas con Rian. Sin que estuviera seguro de si eso era bueno o no.

"Rian", dije, preguntándome si mi voz le sonaba a ella tan ahogada como me sonó a mí. "Verte de nuevo es una... inesperada sorpresa".

Rian puso cara de contrariada. "Pensé que me iba a reunir con George Austin", dijo.

"George me ha pasado, hace poco, las riendas de la empresa tras jubilarse parcialmente", le informé. "Seré tu supervisor directo".

Una mirada de pánico asomó en los ojos de Rian, y rápidamente desvió la mirada. No pude evitar sentirme inquieto. ¿Era normal esa reacción? No lograba entender por qué estaba asustada. Decepcionada, tal vez. Preocupada, quizá. ¿Pero, aterrada?

Cuando íbamos a la universidad, ambos éramos alumnos destacados en nuestra clase de la escuela de negocios. Parecía que estábamos enfrentados en cada uno de nuestros proyectos, compitiendo por las mejores prácticas y oportunidades en los programas de posgrado. Todo llegó al límite al final de nuestro periodo en la universidad, con el proyecto de fin de carrera. Según nuestra asesora, mi proyecto era el más pulido de los dos, pero, aun

así, de alguna manera, ella logró arrebatarme las prácticas de empresa de mis sueños.

¿Y lo que más me fastidió de todo? El enterarme de que había conseguido esas prácticas cuando ya se había ido a la ciudad, a Nueva York. Después de que me rompiera el corazón.

Una noche, esa noche, fue todo lo que tuvimos juntos, pero todavía estaba grabada en mi cerebro. La podía recordar mejor que cualquier otro recuerdo que tuviera. Cada detalle, cada sentimiento y cada sabor, permanecieron en mi cabeza.

No obstante, intenté no pensar en eso. No en ese preciso instante. Tenía que mantenerme tranquilo y ser profesional. Ahora era su jefe y las relaciones con los empleados estaban estrictamente prohibidas. Ella estaba completamente fuera de mi alcance.

De todos modos, eso era algo bueno. Aún no la había perdonado por desaparecer de la forma en que lo había hecho, y no estaba seguro de querer hacerlo. Incluso de haber sido posible, sabía que era mejor no empezar nada con ella por ahora.

Para intentar distraerme, hojeé su currículum, leyendo con interés los distintos puestos en los que había trabajado estos años, desde la última vez que la vi. Tuve que admitir que era bastante impresionante. Se había abierto camino en la misma empresa en la que había tenido las prácticas, hasta llegar a un puesto similar al que estaría asumiendo aquí. George definitivamente tuvo buenas razones para contratarla.

"¿Por qué te fuiste?" pregunté mirándola.

Rian suspiró y se encogió de hombros. "Ya sabes cómo va eso", dijo. “Fusión corporativa, reducción de plantilla. Yo fui parte de los recortes".

Asentí. "Ya, bien", murmuré mirando de nuevo a su currículum. Eso tenía mucho sentido, pero no explicaba por qué había regresado a Nebraska. Había muchas otras empresas allí en Nueva York, y estaba claro que no deseaba quedarse aquí más tiempo del necesario.

Eso, en sí mismo, me hizo estar receloso de aceptar seguir adelante con su proceso de formación. ¿Y si hacemos todo el esfuerzo de incorporarla en su puesto y, más tarde, va y renuncia?

No lo sabría a menos que le preguntara. Levanté la mirada hacia ella. "Si no te importa que te pregunte, "¿qué diablos estás haciendo aquí?" Las palabras me salieron un poco más fuerte de lo que pretendía, pero esperaba que se diera cuenta de que esto no era un juego para mí. Quería una respuesta sería de ella. De hecho, su empleo aquí dependía de ello.

George podría haberla contratado, pero si de algo estaba seguro como CEO, era de que no iba a perder el tiempo. Si ella no planeaba quedarse, yo no iba a hacer el esfuerzo de entrenarla.

Rian apartó la mirada por un momento, pero cuando volvió a mirarme, había suficiente desafío en sus ojos como para darme cuenta de que no me estaba mintiendo. "Me cansé de la vida en la gran ciudad, supongo", dijo.

Quería creerla. A decir verdad, sabía lo inteligente que era y no quería dejarla fuera de aquí antes incluso de que realmente hubiera empezado. No obstante, también hubo algo en la forma en que lo dijo que sonó un poco hueco a mis oídos. No, definitivamente había algo más.

Tenía que decidir si estaba dispuesto a arriesgarme con ella. Si estaba dispuesto a fiarme de ella. Nunca quise tener que volver a fiarme de ella, jamás.

Sin embargo, después de todo, tenía que aceptar el hecho de que George la había contratado. Además, la necesitábamos y, por mucho que no quisiera perder el tiempo entrenando a alguien que solo fuera a estar allí por un período corto, también sabía que, en este momento, no tenía tiempo para ponerme a entrevistar a otros candidatos para el puesto.

Comencé a repasar con ella los protocolos de la empresa, y luego la llevé a recorrer la oficina. Y ahí, mientras caminábamos, tuve que hacer un esfuerzo para no fijarme en su culo; en la forma en que se balanceaba en esa sexy falda lápiz que llevaba puesta. Dios.

Probablemente, no podría hacer nada con respecto a la atracción. A fin de cuentas, tampoco quería. No podía negar el hecho de que estaba muy bien. Lo cierto es que iba a ser difícil mantener mi mente en el trabajo, con ella dando vueltas por el edificio.

Pero ¿qué más podía hacer? Estaba claro que no podría despedirla ahora, o ella diría que lo había hecho por algún tipo de acoso sexual. No estaba seguro de cuáles eran las normas al respecto, ya que me había acostado con ella mucho antes de convertirme en su jefe, pero sabía que las cosas irían mejor si encontrara algún fallo en el modo en que trabajaba, antes de despedirla.

Tuve que dejar de pensar en su culo, su piel sedosa, y en todo lo demás. Tenía que centrarme en el trabajo y mantener las cosas dentro de lo estrictamente profesional. De repente, vi esto como lo más difícil a lo que habría de enfrentarme aquí, y eso que me había enfrentado con muchas cosas en mi camino, para llegar a convertirme en el director ejecutivo de la empresa.

CAPÍTULO 2

RIAN



Noté que le estaba mirando fijamente, aunque no podía evitarlo. Nunca había esperado volver a ver a Wes Brown tras la universidad. Quiero decir, había una parte de mí que, por supuesto, se había preguntado en qué andaría metido. Había pensado varias veces en buscarle por internet y, tal vez, volver a conectar. Solamente para ver qué estaba haciendo con su vida. Sin embargo, finalmente, decidía no hacerlo.

No es que no me importara. Sin embargo, sus asuntos nada tenían que ver, definitivamente, conmigo y, en cualquier caso, tenía ya suficiente con lo mío como para traer más problemas a mi vida.

Ahora, sin embargo, estaba cabreada conmigo misma. De haber sabido que trabajaba aquí, nunca habría solicitado el puesto. Nunca hubiera considerado esta empresa como una posibilidad. Descubrir que era mi nuevo jefe me dejó totalmente aterrada.

Había venido a Nebraska buscando un nuevo comienzo. Estos últimos años acabé reducida a la nada en mi trabajo; simplemente para acabar siendo apartada, sin consideración alguna, cuando la empresa se fusionó con otra más grande. Había regresado a Nebraska porque todavía tenía algunos amigos aquí, de mis días en la universidad, pero pensaba que Wes se habría ido. Ni siquiera se me había ocurrido que él pudiera estar trabajando en algún lugar de la ciudad y que pudiera volver a cruzarme con él.

Después de todo, él había deseado esas prácticas en Nueva York tanto como yo. Eso era parte del motivo por el que, al final, no le había dicho que las había conseguido. Había tenido miedo de tenerle que admitir que no solo le estaba dejando atrás, sino que también lo

estaba haciendo al coger el puesto que él deseaba más que nada en el mundo.

Si hubiera sabido que él iba a ser mi jefe, no habría habido motivo alguno en el mundo que me hubiera traído de vuelta aquí. Incluso siendo el alquiler de mi nueva casa adosada una fracción de lo que estaba pagando en la gran ciudad, por lo que era, prácticamente, un armario. Incluso teniendo la suerte de no tener que empezar aquí desde abajo, para volver a ascender. E incluso pagándome en este nuevo puesto lo suficiente como para vivir bien.

Por mucho que hubiera querido seguir en Nueva York, me había cansado un poco del ciclo interminable de ir y venir, arriba y abajo. Ahora era una persona diferente a la que había sido cuando me fui hacia la gran ciudad.

Y, ante todo, ya no vivía únicamente para mí.

Volver a Nebraska me daba la oportunidad de estar un poco más con mi hija, de criarla en un ambiente que, esperaba, fuera mucho más seguro, más tranquilo y, en general, mejor para ella. Había dedicado mucho tiempo a planear mi mudanza, investigando diferentes colegios y diferentes oportunidades para Ronny. Estaba segura de que esto sería bueno para nosotras, a pesar de que había una parte de mí que todavía se sentía terrible por apartar a mi hija de seis años de todos sus amigos.

Por supuesto, cuando me mudé aquí, nunca imaginé que terminaría trabajando para el padre de Ronny. El padre de Ronny, que ni siquiera sabía de la existencia de su hija.

Siete años atrás, me había parecido bastante obvio mantener a Wes fuera de las cosas. Se encontraba a medio país de distancia y, de todos modos, nunca habíamos llegado a tener una relación. Fue tan solo cosa de una noche, la culminación de años de competencia, que condujo a una aventura intensamente apasionada.

Pero, eso era todo lo que había sido: cosa de una noche. No iba a empantanar su vida, haciéndole saber que había tenido una criatura. Sabía que podía manejar las cosas por mi cuenta y, de todos modos, no estaba segura de que Wes y yo fuéramos capaces de dejar de lado nuestras diferencias el tiempo suficiente como para

criar a una hija juntos. Mejor me encargaba de las cosas por mi cuenta.

Solo que ese plan se había basado en la idea de que nunca volvería a verle. Ahora que estaba aquí, frente a mí, no podía evitar preguntarme si había cometido un enorme error al no decírselo nunca.

Por mucho que odiara admitirlo, no era solo el remordimiento lo que me hacía desear el habérselo dicho. También era el hecho de que fuera tan jodidamente atractivo. Demonios, estaba más bueno ahora que cuando íbamos a la universidad. ¿Cómo era eso posible? Tal vez tenía algo que ver con esa confianza con la que se desenvolvía, con el claro poder que ejercía en la empresa. O, tal vez, tenía que ver más con el hecho de que su ropa estaba claramente hecha a medida y su cabello más corto de lo que solía llevarlo. Ese aspecto desordenado, a estilo 'chico de playa', ya había desaparecido hacía mucho tiempo.

Fuera lo que fuera, le deseaba, y pronto, y no podía evitar preguntarme qué habría sido de haber sido sincera con él, sobre Ronny, nada más descubrir que estaba embarazada. ¿Habríamos construido algún tipo de relación, más allá de los rollos de una noche? ¿Dónde estaríamos ahora?

Aunque sabía muy bien lo que habría pasado. Ambos éramos excesivamente jóvenes, en aquel entonces. Habríamos pasado los primeros años tirándonos a degüello, el uno sobre el otro, por todo; seguros de que ambos sabíamos qué era lo mejor respecto a cómo criar a nuestra hija. Nos hubiéramos vuelto locos el uno al otro y habríamos terminado aún más separados de lo que estábamos ahora.

O tal vez no. Con este secreto entre nosotros, el que pudiéramos estar aún más separados era difícil de creer.

De todos modos, ahora ya no había nada que pudiera hacer para cambiar las cosas. Sabía que no podía tolerar que me despidieran de este trabajo; después de, no solo haber desarraigado a Ronny de Nueva York, sino también porque ya había hecho el depósito inicial de un adosado. Eso significaba que no debía hacer nada que

arruinara las cosas con mi nuevo jefe. Y eso significaba también que este secreto tenía que permanecer así, en secreto.

Traté de no sentirme demasiado nerviosa mientras Wes me guiaba por la oficina. Sabía que nadie conocía nada sobre mí y que nunca habían conocido a Ronny; no obstante, una parte de mi temía que alguno de ellos, de algún modo, me reconociera delante de Wes, según me iba presentando. Como era de esperar, eso no sucedió, y fue un alivio cuando Wes, al final, me dejo en la privacidad de mi propia oficina.

La vista desde aquí era muy diferente a la que estaba acostumbrada; campos de maíz en lugar de rascacielos, aunque tenía que admitir que era cómoda y elegante. Mejor de lo que esperaba.

"Te daré un poco de tiempo para que te acomodes" dijo Wes y, por su tono de voz sonaba como si estuviera tan incómodo como yo por toda esta situación, pero haciendo todo lo posible por seguir siendo profesional. En fin. Yo hubiera hecho lo mismo.

"Hay una reunión de todo el personal en un par de horas a la que me gustaría que asistieras".

"Claro" dije, dirigiéndome hacia la silla y dejándome caer en ella, dándole un pequeño giro. Cuando miré de nuevo a Wes, él me estaba mirando. Pareció dar una pequeña sacudida, y luego retrocedió rápidamente hacia la puerta.

Suspiré profundamente cuando la puerta se cerró detrás de él. Froté mis dedos contra mis sienes, sintiendo ya un pequeño dolor de cabeza. Pero ¿qué podía hacer yo? ¿Encontrar otro trabajo? Quizá debería. Aunque Wes y yo hacíamos esfuerzos por mantener las cosas en lo estrictamente profesional, tenía la sensación de que trabajar para él acabaría mal, a la fuerza. Pero sabía que no había ningún otro lugar en la ciudad donde pudiera encontrar un puesto similar.

Si no hubiera hecho ya el pago del adosado podría haber considerado seriamente el irme a otra parte y listo. Pero, tal como estaba, y con Ronny a cuestas, dejar esta ciudad no era una opción. Trabajar en otro tipo de trabajo tampoco era opción para mí. Eso

significaba que, como quiera que fuese, tenía que hacer que esto funcionara. Por nuestro bien.

Sin embargo, no pude evitar pensar en la universidad. Fue como si nos hubiéramos estado poniendo de los nervios todo el tiempo. Nos habíamos enfrentado por casi todas las oportunidades que la escuela de negocios ofrecía, desde prácticas hasta becas, y más. De alguna forma, todo eso culminó en aquella noche juntos, una noche que nunca podría olvidar.

Habíamos estado en una fiesta, en casa, celebrando el final de los exámenes. Fue el mismo día en que me enteré de que había obtenido esas prácticas en Nueva York. Me había tomado unas copas y estaba bailando con un chico bastante guapo, que me había sugerido que fuéramos a un lugar más privado, para charlar.

Todavía sentía escalofríos al pensar en esa noche. No sabía cómo había podido llegar a hacer tan mal las cosas. ¿Había llegado a ser tan ingenua como para pensar que él realmente solo quería hablar? Por supuesto que no era solo eso lo que quería...

Empujé el pecho del tipo, tratando de alejarle de mí, pero su boca todavía estaba presionada contra la mía y su cuerpo me empujaba contra la pared del garaje. Estábamos totalmente solos allí, en la oscuridad. Todavía podía escuchar la música de la fiesta, la risa, pero sonaba extrañamente apagada, como si de alguna manera estuviéramos bajo el agua.

Oí claramente el desgarro de mi vestido, cuando el chico tiró de él, dejando al descubierto mi sujetador de encaje negro. Casi tan fuerte como los latidos de mi corazón y los sonidos de alarma sonando en mi cabeza.

No obstante, eso fue lo más lejos que pudo llegar el tipo. En ese instante, un par de recias manos se lo llevaron de un tirón. Wes Brown estaba allí, mirando con cara de mala hostia al otro. "¿Qué cojones crees que estás haciendo?" le soltó.

Por un segundo, pensé que se iban a pelear. Sin embargo, cuando Wes avanzó un paso, cerniéndose imponente sobre el otro tipo, era obvio quién iba a salir peor parado. El otro chico se largó. Me dejé caer contra la pared, luchando contra las lágrimas.

Wes Brown. Joder. De entre todas las personas posibles, nunca pensé que me alegraría de verlo. Sin embargo, era innegable… esta noche, me había salvado.

Me estremecí de frío y, de repente, caí en la cuenta de que mi vestido estaba roto. Me encorvé, tratando de ocultar lo evidente. Wes ya se estaba quitando la chaqueta. Me la tendió. Dudé por un momento, mirando su rostro, sin saber qué hacer. Él, cortésmente estaba mirando hacia otro lado, cuando la mayoría de los chicos se habrían regodeado; habrían puesto la vista en mis pechos, mientras tuvieran la oportunidad.

Sin decir palabra, acepté la chaqueta, con su tela vaquera cálida y suave, en mis manos. Me la abroché completamente, cubriendo todo rastro de lo que había sucedido. Crucé los brazos sobre mi pecho. Wes tosió levemente, incómodo, como si no supiera qué decir.

"¿Puedo invitarte a una cerveza?" pregunté, sin querer hablar sobre lo que acababa de suceder y, lo que pudo o no haber visto. Wes arqueó una ceja, señalando hacia el ruido de la fiesta. "Allí no," dije rápidamente. "Hay un lugar a la vuelta de la esquina. Mulligan's".

Wes se rio. "Claro", dijo asintiendo. "Donde tú digas".

Caminamos silenciosamente hacia el pub. No estaba lejos, pero me pareció una eternidad el llegar allí. Ninguno de los dos era capaz de pensar en alguna forma de romper el hielo.

Sin embargo, mientras nos sentábamos allí con nuestras cervezas, comenzamos poco a poco a abrirnos el uno con el otro. Descubrí que no era el monstruo que pensaba que era. De hecho, visto con buenos ojos, era bastante encantador. Una cerveza se convirtió en tres, y lo siguiente que oímos fue el aviso de que iban a cerrar la barra.

"Déjame acompañarte de regreso a casa", dijo en lo que salimos a la calle.

Lo miré un buen rato, indecisa. El tiempo que estuvimos allí me las había apañado para olvidarme de lo sucedido en la fiesta, pero ahora todo volvió rápidamente a mí. ¿Estaba planteándose Wes el dar algún paso conmigo?

¿Quería que Wes diera algún paso conmigo?

Antes de que pudiera retractarse en su oferta, asentí. "Claro", dije, girando mis pies en dirección a casa. Wes me siguió. De nuevo, nos mantuvimos callados durante el paseo, pero este silencio fue mucho más agradable que el anterior.

Llegando ya a mi puerta, me volví hacia él, luchando por encontrar las palabras para poder agradecerle lo de esta noche. Cuando le miré, me quedé sin aliento. Allí, bajo la luz de la farola, tuve que admitir que era guapo. Era algo que tenía claro desde hacía ya un tiempo, pero era una atracción que había enterrado detrás de nuestra rivalidad.

Pero ya no existía rivalidad tras la cual poder esconderse. Y, sin darme cuenta, nos estábamos besando.

Pude sentir lo sorprendido que estaba, pero luego envolvió sus brazos alrededor de mi cintura y me acercó más a él, haciendo más profundo el beso. La electricidad me atravesó, haciéndome gemir. Sentía mis rodillas débiles. ¿Alguna vez me habían besado así antes?

No, definitivamente no lo habían hecho.

Me mordió, jugando con mi labio inferior, para luego calmar el dolor con su lengua. Mi cuerpo hormigueaba de placer, y poco podía hacer para evitar arrancarle la ropa ahí mismo.

Me aparté. "Mi compañera de habitación ya se ha mudado", le comenté a Wes.

Me miraba fijamente y pude notar emociones encontradas en sus ojos. Aparté la mirada, con amargura. Oh, entonces parecía que no estaba interesado. Vale, pues muy bien.

Pero Wes tomó mi mejilla en la palma de su mano, volviendo mi mirada hacia él. "¿Estás segura?" preguntó en voz baja, encontrándose sus amables ojos con los míos. Si hubiera sido cualquier otra persona, podría haber puesto mala cara y alejarle. Sin embargo, sabía que él estaba pensando en lo que había sucedido, antes, esta misma noche. Cuando había entrado por la esquina del garaje y me había salvado. Solo quería asegurarse de que me encontrara bien.

Algo cálido revoloteó en mi pecho. Sin embargo, me negué a prestarle mucha atención. Este era Wes Brown y, aunque no hubiera

nada ya por lo que competir, eso tampoco significaba que fuéramos a ser amigos así de repente. Esto se trataba solo de sexo.

Y me apetecía.

Lo empujé hacia mí para darle otro beso, este más vicioso y abrasador, mostrándole lo segura que estaba. Mientras nuestras lenguas luchaban por dominarse, no pude evitar sonreír contra sus labios. Tal vez había algo más por lo que competir.

Y deseaba eso. Más de lo que se pudiera decir con palabras.

Consiguelo aqui

¡POR FAVOR NO OLVIDES DEJAR UN COMENTARIO!



Muchas gracias por leer mi novela.
Como nueva autora independiente, significa mucho para mí recibir comentarios de mis lectores. Si pudieras tomarte el tiempo de dejar una opinión cuando termines de leer, te lo agradecería mucho. Leer los correos electrónicos y las críticas sobre mi historia de parte de ustedes significa todo para mí.
Gracias de nuevo.

SOBRE LA AUTORA



Annie J. Rose es una autora de romance contemporáneo a quien le encanta dar vida a todas tus fantasías. Escribe ardientes historias de romance con finales felices.

Nació y creció en Nueva Zelanda, y a menudo pasa la mayor parte de su tiempo escribiendo historias en su balcón. Es farmacéutica de día, escritora de indecencias por la noche.

Para cualquier pregunta o inquietud, por favor contáctame en: spanish@anniejrose.com

Suscríbete a mi boletín de noticias AQUÍ